

Imágenes de un imperio

Estados Unidos y las formas
de representación de América Latina

Ricardo D. Salvatore

e *Editorial Sudamericana*

Imágenes de un imperio

Estados Unidos y las formas
de representación de América Latina

Ricardo D. Salvatore

325.32
S15:
51

(solo pas)

Imágenes de un imperio

nr 2009-01-21

Estados Unidos y las formas
de representación de América Latina

Blaa

Editorial Sudamericana

11

Salvatore, Ricardo

Imágenes de un imperio : Estados Unidos y las formas de representación
de América latina - 1ª ed. - Buenos Aires : Sudamericana, 2006.
192 p. : il. ; 23x16 cm. (Ensayo)

ISBN 950-07-2720-X

1. Ensayo Argentino. I. Título
CDD A864

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia
o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.*

© 2006, Editorial Sudamericana S.A.®
Humberto 1 531, Buenos Aires.

www.edsudamericana.com.ar

ISBN 10: 950-07-2720-X
ISBN 13: 978-950-07-2720-4

A1175956

Agradecimientos



Quisiera agradecer a Gilbert M. Joseph, profesor de historia de América Latina en la Universidad de Yale, por haberme estimulado a poner por escrito mis ideas sobre imperialismo, representación y conocimiento. Los participantes del Coloquio de Yale "Rethinking the Postcolonial Encounter" (octubre de 1995) me ayudaron a situar en perspectiva histórica y a matizar las hipótesis centrales de este libro. A los bibliotecarios y archivistas de las universidades de Pittsburgh, Duke, Harvard, Yale y Nueva México (así como a sus colegas de las sociedades históricas de Pennsylvania y Massachusetts) debo mucho de la riqueza de fuentes que este trabajo refleja. George Yúdice fue un lector excepcional, que con sus comentarios ayudó a mejorar este manuscrito. Las conversaciones y correspondencia con Andrea Giunta, Walter Mignolo, Jorge Francisco Lier-nur, Ileana Rodríguez, Lauren Derby, Catherine LeGrand, Carlos Altamirano, Jane Desmond, Sonia Torres, Seth Fein y Thomas Klubock enriquecieron mis argumentos con comentarios, referencias bibliográficas y sanas críticas. Otros colegas hicieron posible estancias de investigación en los Estados Unidos: entre ellos Linda Hall, Gustavo De Marco y Grant Farred. A mis colegas en la Universidad Torcuato Di Tella (Karina Galperín, Guillermo Ranea, Fernando Rocchi, Andrés Reggiani, Darío Roldán, Enrique Peruzzotti, Klaus Gallo, José María Ghio, entre otros) les agradezco su continuo apoyo mientras escribía este manuscrito. Laura Posadas preparó buena parte de las ilustraciones. A todos ellos va mi sincero agradecimiento.

Introducción



En realidad, puede decirse que la mayoría de los exploradores modernos no descubrieron nada, pues en las regiones que se disponían a explorar ya vivía gente. Sin embargo, fueron los primeros en poner esos lugares en la órbita de nuestro conocimiento colectivo. Fueron los primeros en traernos muestras de la flora y la fauna de esas remotas comarcas. Y gracias a ellos nos enteramos por primera vez de la existencia de desconocidas bandas de cazadores que habían vivido al margen de la sociedad en general durante incontables eras.¹

Hace algunos años, evaluando la influencia de Edward Saïd en la corriente de estudios poscoloniales (un campo de estudios generalmente asociado con el análisis del discurso colonial, el imaginario imperial, las narrativas de nación y las supervivencias de las relaciones coloniales en el presente), Robert J. C. Young se quejaba de la poca atención dedicada por los estudiosos a algo que fue central al argumento del libro *Orientalism* (1979): la colusión o complicidad entre el conocimiento occidental académico y la historia e ideología del colonialismo europeo.² Esta queja es doblemente válida (porque el descuido es aún más manifiesto) si uno se sitúa en un territorio imperial diferente: la vasta red de influencias e intervenciones del Im-

perio Informal Norteamericano en América del Sur. En este terreno, salvo honrosas excepciones, la importancia de las estructuras del conocimiento en la conformación de relaciones de dependencia (cultural, económica, política y hasta social) ha sido generalmente eludida.³ Tanto los antiguos estudios del imperialismo como su renovación bajo la forma de estudios de la dependencia continuaron enraizadas en conceptualizaciones esquemáticas, rígidas y limitadas acerca de lo que constituye la dominación/hegemonía colonial o neocolonial.⁴ Focalizando sus relatos, explicaciones y denuncias *sobre algunas formas* de la dependencia o dominación imperialista (la intervención militar, la dominación financiera, la presión continua de la diplomacia norteamericana y, menos frecuentemente, la acción corrosiva de los medios de comunicación de masas norteamericanos), nuestros ensayistas, historiadores y políticos han relegado a un rincón muy marginal la responsabilidad del conocimiento regional (*Latin American Studies*) en la articulación de nuevas y cambiantes formas de dominación/hegemonía imperial.

Con razón, entonces, se quejaba Michael Taussig en un discurso pronunciado en 1989, de que los historiadores y antropólogos, demasiado preocupados por la búsqueda de verdades y perspectivas subalternas en América Latina, habían pasado por alto algo que era central para comprender el dominio norteamericano/occidental sobre la región: la importancia de los centros de saber y de la cultura (como la *Smithsonian Institution* o el Museo Peabody) en la construcción de aquellas relaciones de dominio y hegemonía.⁵ Resultaba obvio para Taussig que la ritual conmemoración y admiración que despertaban las ruinas de Machu Picchu en la cultura norteamericana tenía que ver con la necesidad de afirmar, una y otra vez, lo que había sido un acto de posesión imperial. El "descubrimiento" de Hiram Bingham en 1911 había sido un acto de "aprovechamiento del conocimiento local, como antesala a su desaparición, al ser incorporado a una narración universalista para construir América, una narración en que las ruinas tendrían no sólo significación, sino también magnificencia" (Taussig 1995, p. 59). Si esto era así, la acumulación de conocimientos sobre la antigüedad de Sud-América, en lugar de "liberar" a los pueblos indígenas del legado colonial, sólo ayudaba a consolidar relaciones cada vez más sutiles de dominación hemisférica. Era necesario entonces

cambiar el énfasis de la indagación; buscar respuestas en los centros de construcción de saberes, indagar en el corazón del imperio: la *Smithsonian*, Harvard, Yale, Chicago, Berkeley, Texas y numerosos otros lugares "sagrados" del saber que fueron cómplices de la construcción e "invención" (en el sentido de O'Gorman) de América Latina.⁶

Este estudio trata de examinar la cuestión del Imperio Informal Norteamericano en Sud-América informado por las mismas preocupaciones e inquietudes que subyacen en las críticas de Young y de Taussig. Este largo ensayo, excusa para un libro, no es más que un estudio preliminar de la compleja interacción entre imperio, conocimiento y representaciones aplicado a las relaciones entre los Estados Unidos y América del Sur durante el apogeo del Panamericanismo (1890-1945). No quiero proponer que el imperio estadounidense en la región fue sólo o principalmente un "imperio del conocimiento". Esto sería desatinado y bastante inapropiado. Sin embargo, sí pretendo reposicionar el examen de la cuestión imperial dentro del territorio de las instituciones del conocimiento y sus producciones impresas (imágenes y textos), destacando las complicidades que existieron entre las corporaciones de negocios norteamericanas y el proyecto de "redescubrir" Sud-América en las primeras décadas del siglo XX. Es decir, desplazar el campo visual de la indagación hacia las universidades, las disciplinas, los "descubrimientos" y la construcción de un campo especializado de conocimiento regional. Es allí donde se pueden encontrar algunas respuestas nuevas a los viejos interrogantes planteados por los críticos del imperialismo y la dependencia.

Podrá argumentarse que, al soslayar el estudio de la violencia y la coerción imperial de sus lugares más conspicuos (las actividades intimidatorias de la Marina norteamericana, las repetidas ocupaciones a países del Caribe y Centroamérica, las intervenciones de cónsules y embajadores en favor de empresas norteamericanas, etc.), estoy conspirando contra un entendimiento más totalizador y comprensivo del Imperio Informal Norteamericano y proponiendo una versión "blanda" de historia de las relaciones hemisféricas en este período. No es ésa mi intención. Las actividades de representar y de conocer que atraen mi atención y que son el objeto privilegiado de este estudio no están exentas de violencia. Y si el estudio no se detiene en

las intervenciones norteamericanas en el Caribe es porque me intereso más bien por la construcción discursiva de Sud-América. También, si el "antiamericanismo" o "antiimperialismo" no aparece más que como preocupación de algunos productores de discurso sobre la región, es porque creo que el tema en sí merece un análisis separado y que, en realidad, es posible distinguir, al menos con propósitos analíticos, las múltiples intervenciones textuales del Imperio Informal de su recepción (resistencia, hibridación, cooptación, conversión) en Sud-América.

Al menos dos razones me impulsan a reexaminar la cuestión del "imperialismo" estadounidense en América del Sur durante las primeras décadas del siglo XX. Ante todo, mi insatisfacción con el metarrelato existente acerca del expansionismo norteamericano (construido por neomarxistas, teóricos de la dependencia y nacionalistas), que lo presenta como un derrame, del centro a la periferia, de mercancías, capital, tecnología y fuerza militar, con el objetivo de reproducir las relaciones de dominación y extraer plusvalía.⁷ Reduccionista, economicista y olvidadizo de la cultura, este metarrelato no es lo suficientemente incluyente para abarcar la totalidad de la experiencia norteamericana en la región, y mucho menos para explicar la diversidad de situaciones proclamadas e inscriptas bajo el nombre de "América". Al hacer hincapié en las dimensiones económica, política y militar de esa experiencia, esta interpretación deja a un lado (y por lo tanto no explica) muchas otras intervenciones que fueron parte integrante del proyecto del Imperio Informal. Entre ellas: los intentos de colonización espiritual encabezados por las sociedades misioneras, los relatos de viajeros y exploradores científicos, las actividades de instituciones filantrópicas y educativas, las visitas y los artículos de periodistas, la organización de ferias y museos, la circulación de libros, panfletos e imágenes, etc. ¿Qué razón hay para excluir de una investigación histórica sobre la formación del proyecto expansionista norteamericano las exploraciones científicas financiadas por la Universidad de Yale, las estrategias de distribución de la *American Bible Society* o las muestras latinoamericanas de la Exposición Colombina de Chicago?

Más importante aún, el metarrelato tradicional acerca de la formación de un Imperio Informal Norteamericano pasa por alto la naturaleza representacional del proceso que describe y

narra. Toda la experiencia estadounidense en América del Sur —las múltiples prácticas de involucramiento entre norteamericanos y sudamericanos— se concibió, organizó y ejecutó a través de representaciones, y sus argumentos y resultados se evaluaron por medio de esos mismos instrumentos. Hasta cierto punto, el mismo Imperio Informal fue una representación colectiva: un conjunto de representaciones sobre prácticas y razones de la presencia, una forma de ejercicio del gobierno imaginada y puesta en circulación a través de representaciones, la construcción textual del *hinterland* y sus formas de intervención, y las prácticas productoras de esas representaciones.⁸ Una multiplicidad de prácticas representacionales contribuyeron a constituir la naturaleza, las posibilidades y los límites del proyecto expansionista estadounidense en la región y, por ese motivo, formaron parte de éste. Ni epifenómicas ni superestructurales, esas prácticas dieron sustancia y justificación racional al imperio informal.

Una segunda motivación de mi interés en reexaminar la cuestión del "imperialismo" (mi manera de repensar el encuentro poscolonial) es la dificultad para conceptualizar la naturaleza de esas "otras intervenciones" y su posición y relevancia en la historia de las relaciones entre las Américas del Norte y del Sur. Aludo aquí a la tendencia a asignar actividades o intervenciones a ciertos campos (económico, cultural, social, político) y, de ese modo, evitar toda la reflexión sobre la constitución de éstos, sus límites y alcances. Una vez aceptada la idea de que el objeto de investigación sólo nos es accesible a través de representaciones, las polaridades cognitivas que dieron marco a la narración de la experiencia norteamericana en el exterior, los sistemas clasificatorios que atribuyeron diferentes aspectos de esa experiencia a distintas ramas de la historia y las disciplinas e instituciones que crearon esos campos como entidades separables se convierten en una parte ineludible de la indagación. Si esto es así, nuestro reexamen de la formación del Imperio Informal Norteamericano debe comenzar por reconsiderar la naturaleza de esas "otras intervenciones" en relación con las categorizadas como económicas, políticas o científicas. ¿Es tan fácil separar estas actividades o intervenciones, como se estimó tradicionalmente? ¿La índole de esas experiencias es lo suficientemente transparente para justificar nuestras clasificaciones (in-

tervenciones económicas, diplomáticas, científicas y culturales) y divisiones disciplinarias (historia económica y empresarial, historia de las relaciones internacionales e historia de la ciencia)? Creo que no, pues comerciantes, filántropos, educadores, misioneros y diplomáticos compartían la característica de ser productores, lectores, intérpretes y traductores de los textos que constituyeron el territorio del imperio. Por otra parte, sus prácticas y textos no parecen ajustarse a una categoría única. Por ejemplo, el sentido y el alcance mismos de lo que constituyó la empresa comercial en el extranjero se formularon a menudo en términos religiosos, científicos y políticos. En los textos del imperio, los campos se negociaban constantemente y los límites disciplinarios eran objeto de cuestionamientos recurrentes.

Cuando renunciamos a las fáciles tentaciones de poner todas las intervenciones de los norteamericanos en América del Sur bajo el paraguas de una teoría conspirativa, la lógica del capital u otros reduccionismos del mismo tipo, la desconexión e incomparabilidad aparentes de esas prácticas se presentan como un problema adicional. De manera intuitiva, nos inclinamos a concebir esas intervenciones como parte de un orden totalizador (capitalismo corporativo, Fordismo, tardocapitalismo, cultura de consumo, etc.). Por otro lado, somos conscientes de la multiplicidad de representaciones que supuestamente corresponden a ese orden y conocemos sus fracturas, limitaciones y desafíos. Aunque propiciaban una ampliación de los poderes norteamericanos en el extranjero, misioneros evangelistas, científicos y diplomáticos tenían una agenda y un argumento diferentes del Imperio Informal. Una y otra vez debemos preguntarnos: ¿hay un denominador común en todas esas intervenciones? Si lo hay, ¿cuál es su naturaleza? Y esto nos vuelve a llevar a la cuestión de la dimensión representacional del imperio, pues la existencia y resonancia de un orden totalizador, cualquiera sea la forma de conceptualizarlo (sueños de poder, regímenes de prácticas, sistema de ejercicio del gobierno, estética dominante, estructura económico-política, alianza entre clases sociales, etc.), deben someterse a prueba en el terreno de la representación.

En este trabajo examino una serie de representaciones del encuentro entre norteamericanos y sudamericanos durante la construcción de un imperio estadounidense informal en la región. En vez de proponer un modelo o explicación específica de

la génesis del imperio, mi objetivo es cartografiar el terreno a grandes rasgos, como si se tratara del inicio de un proyecto de investigación más amplio. Mi búsqueda avanza en diferentes direcciones: en procura de conceptos o herramientas analíticas que me ayuden a visualizar el tema, en la descripción de la diversidad de intervenciones que constituyen el "imperio informal", en el establecimiento de conexiones entre ellas, en la interpretación de los relatos de distintos mediadores culturales, en la búsqueda de elementos de continuidad y cambio. Aunque exploratorio, este estudio alerta sobre la naturaleza representacional del encuentro poscolonial y se concentra especialmente en la construcción de América del Sur como un campo de la intervención norteamericana. En segundo lugar, destaca la relevancia de ciertas herramientas conceptuales para la investigación, entre ellas la noción de máquinas representacionales como un modo de organizar nuestra reconstrucción de los fenómenos analizados. Por último, trata de establecer (aunque no de explicar) el papel central de un imaginario determinado en la legitimación del proyecto expansionista, algo que denomino la empresa del conocimiento.

Como soy consciente de los riesgos implícitos en este tipo de trabajo, permítaseme minimizarlos postulando, desde el inicio, los objetivos que guían la investigación (que son también los criterios en función de los cuales será preciso evaluar sus logros).⁹ El libro será razonablemente exitoso si puedo: a) definir y describir la maquinaria representacional que organizó la diversidad de intervenciones, narraciones y descripciones de América del Sur hechas por los norteamericanos; b) sugerir una periodización del encuentro poscolonial que tome en cuenta los cambios en la máquina representacional (en particular, el desarrollo de nuevas tecnologías de observación y exhibición asociadas al surgimiento del capitalismo corporativo y la cultura de consumo de masas); c) evaluar la naturaleza de las iniciativas o los proyectos (negocios, religión, filantropía, museos, ciencia) que produjeron las enunciaciones y los argumentos constituyentes del imperio informal, con especial atención a la relación entre los negocios y el conocimiento, y d) proponer la existencia de un conjunto común de discursos que ordenan esas experiencias y representaciones.

NOTAS

¹ J. Perkins, American Museum of Natural History, 1981, citado por Clive Gamble, "Archeology, history and the uttermost ends of earth – Tasmania, Tierra del Fuego and the Cape", *Antiquity*, 66(252), septiembre de 1992, p. 714.

² Robert J. C. Young, "Hybridism and the Ethnicity of the English", en K. Ansell-Pearson, B. Parry y J. Squires, eds. *Cultural Readings of Imperialism* (1997), pp. 127-150.

³ Entre estas excepciones merecen mencionarse: Marcos Cueto, ed., *Missionaries of Science. The Rockefeller Foundation & Latin America* (Bloomington: Indiana University Press, 1994); Paul W. Drake, *The Money Doctor in the Andes. The Kemmerer Missions, 1923-1933* (Durham: Duke University Press, 1989), y Mark T. Berger, *Under Northern Eyes: Latin American Studies and U.S. Hegemony in the Americas 1898-1990* (Bloomington: Indiana University Press, 1995). Miradas críticas a la "colonización arqueológica y antropológica" de América Central pueden encontrarse en Quetzil E. Castañeda, *In the Museum of Maya Culture* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996) y David E. Whisnant, *Rascally Signs in Sacred Places* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1995). Similares críticas al discurso histórico como apoyatura del imperio pueden verse en Michel-Rolph Trouillot, *Silencing the Past. Power and the Production of History* (Boston: Beacon Press, 1995) y Louis A. Pérez, *The War of 1898. The United States & Cuba in History and Historiography* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1998).

⁴ Una crítica similar puede encontrarse en Gilbert M. Joseph, "Close Encounters: Towards a New Cultural History of U.S.-Latin American Relations", en G. Joseph, C. LeGrand y R. Salvatore, eds., *Close Encounters of Empire* (1998), pp. 3-46.

⁵ Michael Taussig, "Violencia y resistencia en las Américas: El legado de la Conquista" en M. Taussig. *Un gigante en convulsiones* (Barcelona: Gedisa Editorial, 1995), pp. 56-75.

⁶ Tal vez provocativamente, Taussig invitaba a no dedicar tanto esfuerzo a los estudios sobre los pueblos oprimidos y sus resistencias. Creo que no, que sigue siendo necesario el componente de la mirada subalterna para comprender más completamente las relaciones neocoloniales o imperiales.

⁷ Tradicionalmente (según las teorías del imperialismo, la dependencia y los sistemas mundiales), el proyecto expansionista norteamericano que alcanzó pleno desarrollo al final de la Primera Guerra Mundial se ha descrito en términos de un modelo conocido: fuerzas centrípetas originadas en una economía industrial en proceso de maduración —impulsadas por la búsqueda de materias primas, mercados y campos de inversión en el extranjero— se extendieron cada vez más hacia zonas menos desarrolladas y transformaron sus economías, sociedades y culturas con el fin de incorporarlas al *hinterland* o la órbita de la economía industrial. Las presiones económicas internas, la configuración política de los "intereses nacionales" norteamericanos —en estrecha asociación con los intereses de las corporaciones— o, simplemente, la voluntad de dominar, determinaron, según este metarrelato, las intervenciones militares, políticas y diplomáticas de los Estados Unidos en el exterior.

Sólo de manera complementaria se produjo la exportación de un compuesto cultural, el llamado "modo de vida norteamericano", destinado a sujetos poco inclinados a recibirlo.

⁸ En Roger Chartier, "El mundo como representación", *Historia Social*, 10, primavera-verano de 1991, pp. 163-175, originalmente publicado en *Annales*, 6, noviembre-diciembre de 1989, se encontrará un análisis del término "representación" en sus numerosas connotaciones. El artículo también puede consultarse en *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural* (Barcelona: Gedisa, 1992).

⁹ Quien intente reconceptualizar el proyecto expansionista estadounidense deberá ser consciente de los riesgos de reificar diversos sueños imperiales en una estructura o maquinaria, de concentrarse en un solo aspecto del encuentro a expensas de la resistencia, la adaptación y la determinación mutua, y de homogeneizar la naturaleza de un campo cuya energía procede de su propia diversidad. Los beneficios de la empresa, espero, compensarán con creces esos riesgos.

Capítulo 1

Imperio y representaciones



De acuerdo con Jean y John Comaroff, el colonialismo británico en Sudáfrica fue una maquinaria compleja que comprendía al menos tres modelos, cada uno de ellos con sus enunciadores y argumentos: el Estado que controlaba y exploraba el territorio, los colonos blancos que imponían su coerción a los aborígenes y las misiones religiosas encargadas de civilizar y proteger a estos últimos.¹ Cada uno de estos tres *colonialismos rivales* hacía hincapié en un aspecto del impulso imperial: el Estado destacaba los aspectos políticos y legales de la dominación británica (incluyendo la protección de los aborígenes), los colonos reforzaban los fundamentos raciales de la coerción socioeconómica y los misioneros promovían el *ethos* y las prácticas de la Europa burguesa.² Lejos de ser una estructura monolítica e inalterable, el colonialismo era una tensión constante de instituciones, valores, imágenes y prácticas. Más visiblemente, era una guerra de razones: los misioneros denunciaban la esclavitud establecida por los Bóers y predicaban la autosuperación (*self-improvement*), los administradores británicos apelaban a la retórica del gobierno indirecto y los colonos insistían en su "derecho" a imponerse por la fuerza a la mano de obra negra.

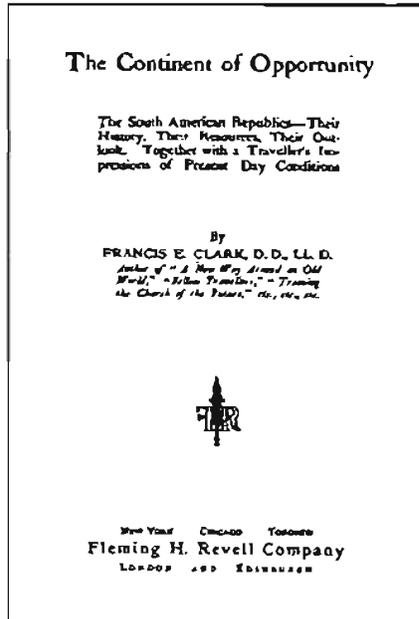
De manera similar, podríamos concebir el Imperio Informal Norteamericano, construido aproximadamente en el período 1890-1945, como una maquinaria que diseminaba variados argumentos y razones de dominio, contaba con numerosos mediadores o agentes y necesitaba de diversos tipos de representaciones, por momentos contradictorias. Como en el caso británico, había sociedades misioneras, colonos agrícolas y re-



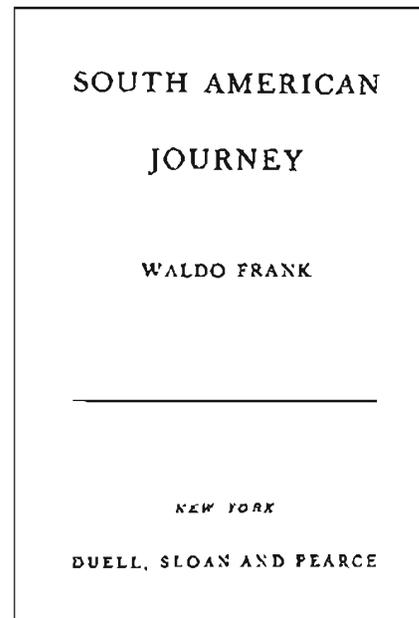
Ruta de viaje de los "motoristas" norteamericanos Pleiss y Lanks (1942).
 Fuente: H.C. Lanks, *By Pan American Highway through South America* (1942),
 contratapa.

presentantes gubernamentales; pero además había muchos otros embajadores de la cultura estadounidense en América del Sur: educadores, reformadores sociales, científicos, expertos, empresarios, organizadores sindicales, periodistas, viajeros-escribtores, oficiales de la Marina y el Ejército, etc. Es de presumir que sus argumentos fuesen diferentes, como lo era su modo de ver, contar y más adelante difundir sus encuentros con los sudamericanos.³ Las visiones de América del Sur expresadas por los misioneros evangelistas interesados en la propagación del evangelio social eran diferentes, sin duda, de las construidas por el Departamento de Estado, deseoso de una mayor cooperación para las conferencias panamericanas. La perspectiva de los granjeros del medio-oeste que se establecieron en Bolivia durante ese período seguramente difirió de aquella recogida por agentes comerciales y de publicidad interesados en evaluar el potencial de mercado de las "nuevas repúblicas". Las diferencias radicaban no sólo en sus argumentos sino también en los términos de su compromiso con (o distancia de) el país anfitrión y su pueblo y el modo de articular las angustias, inquietudes y los problemas sociales y políticos que enfrentaban sus comunidades de origen.⁴ No obstante, todos esos actores compartían algunos supuestos subyacentes sobre las posibilidades y limitaciones de la región y el papel de los Estados Unidos, que será necesario investigar. El proyecto del Imperio Informal Norteamericano, como el del colonialismo británico, no era un sistema monolítico y sin ambigüedades sino un terreno disputado donde el Otro (América del Sur) y la Misión (el rol de los Estados Unidos) se construían de manera simultánea y desde perspectivas diferentes.

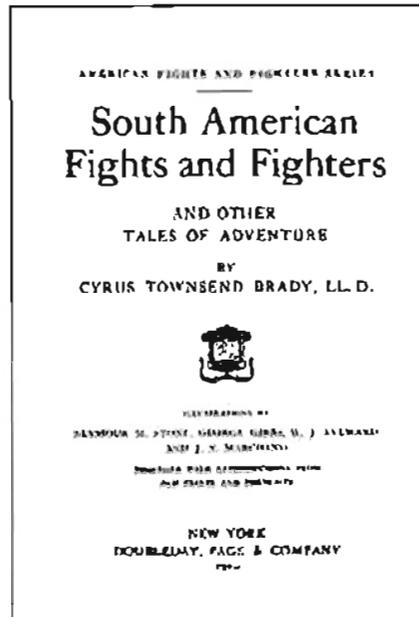
A fin de entender tanto las tensiones como la coherencia del argumento norteamericano y la ambición imperial, es menester concebirlas como una empresa colectiva que englobaba numerosas intervenciones. Las teorías del imperialismo y la dependencia nos han acostumbrado a pensar el imperialismo, la dominación o la hegemonía de los Estados Unidos, en términos de algunas de esas intervenciones: los brazos económico, diplomático y militar del imperio.⁵ Es preciso, además, incorporar al análisis a otros mediadores culturales, porque sus textos dejaron una importante y perdurable huella en el metarrelato del expansionismo norteamericano. Así como un ejército de fotó-



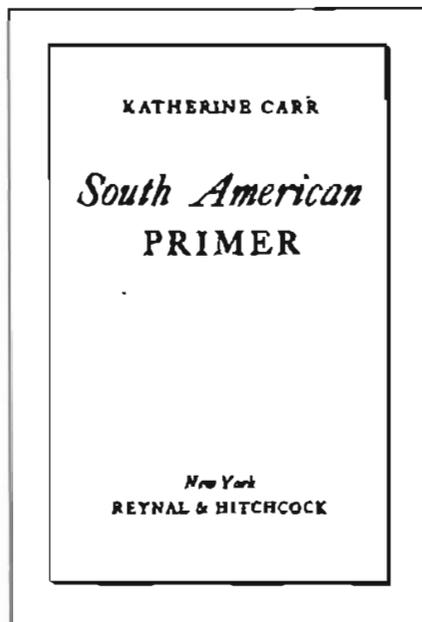
The Continent of Opportunity por Francis Clark (1907).



South American Journey por Waldo Frank (1934).



South American Fights and Fighters por
Cyrus Townsend Brady (1910).



South American Primer por Katherine
Carr (1939)

grafos, directores de museos, topógrafos, agentes ferroviarios, periodistas, exploradores científicos y artistas de variedades contribuyeron a construir la idea del Oeste que alimentó el impulso de la gran migración transcontinental,⁶ la construcción de América del Sur como un territorio para la proyección del capital, la experiencia práctica, los sueños y el poder norteamericanos requirió una vasta colección de representaciones, la canalización de energías masivas hacia la producción de imágenes y textos.

Una empresa colectiva, una masa de representaciones, un campo construido de intervenciones, visiones rivales y superpuestas del imperio, multiplicidad de encuentros y mediadores culturales... De manera bastante casual, he aludido a términos y conceptos que necesitan un mayor esclarecimiento. En primer lugar, es preciso aclarar la naturaleza de la construcción, las intervenciones y el imperio a los que me refiero. La noción de un imperio informal (asimilable hasta cierto punto al concepto de relaciones neocoloniales o dependencia) diferenciado de la anexión territorial y el gobierno colonial directo exige pocas explicaciones. Se refiere aquél, de manera muy general, al proyecto de dominación económica y cultural ejercida por una potencia central sobre una región periférica sin la necesidad de anexión de territorios ni intervención gubernamental directa.⁷ Por su parte, la noción de un campo construido de intervenciones textuales requiere cierta discusión adicional.⁸ Estudiosos y críticos poscoloniales (críticos) han utilizado el concepto de *colonialismo discursivo* para destacar el hecho de que la dominación y hegemonía coloniales se mantuvieron por medios discursivos mucho después de la desaparición de las "armas, el engaño y las enfermedades" del imperio.⁹ La expresión refiere a una serie de operaciones discursivas destinadas a interpelar e incorporar a los sujetos coloniales a sistemas de representación controlados y producidos por el colonizador: modos de representación que no se esfumaron con la descolonización.¹⁰ La construcción de una alteridad subalterna en los términos de la cultura dominante, y la constitución de un campo de conocimiento y enunciación sobre esos subalternos se incluyen entre las numerosas connotaciones de este concepto.¹¹

Los especialistas han señalado los aportes hechos por novelas, leyes, gramáticas, mapas y otros textos a la construcción del

Imperio Británico como un ideal de ejercicio del gobierno y como un repertorio de razones para regir sobre sus colonias. Esos textos también constituían a los sujetos coloniales como dependientes, tecnológicamente atrasados, inferiores en un plano moral, e incapaces de establecer un gobierno autónomo y alcanzar el desarrollo económico. De manera análoga, podemos concebir la construcción de un imperio informal como una serie de operaciones discursivas, actos de interpelación o estrategias de un aparato representacional que constituía sujetos, reflexionaba sobre la nación e interrogaba el proyecto expansionista. En época más reciente, Homi Bhabha nos ha hecho prestar atención a la naturaleza ambivalente del argumento imperial británico.¹² En la India, el aparato científico, educativo y literario británico produjo, normalizó y reguló a los sujetos coloniales, pero lo hizo de una manera que impulsaba y al mismo tiempo rechazaba la pertenencia colonial al "derecho", la "civilización" y el "progreso".¹³

Reinterpretaciones recientes de la formación del imperialismo norteamericano han hecho hincapié en la noción de imperialismo como proyecto cultural. Un conjunto de tecnologías culturales dio marco a la construcción del "mundo exterior" como un terreno conquistable por la ciencia, la tecnología y el capital estadounidenses, a la vez que disciplinas emergentes como la geografía, la botánica y la antropología asignaban un carácter cultural al proyecto expansionista.¹⁴ El imperio norteamericano, una nueva forma de ejercicio global del gobierno, se imaginó a través de una diversidad de prácticas culturales: legislación, fallos judiciales, tratados indios, espectáculos sobre el salvaje oeste, ciencia ficción, ferias mundiales y museos de historia natural. De esas prácticas surgió la impresión de que una nueva era estaba emergiendo: la frontera occidental había sido alcanzada y por lo tanto era preciso trasladar esa noción al extranjero, la población mundial podía clasificarse en una escala ascendente de razas y la tecnología norteamericana, tras dominar la naturaleza, era la marca de la superioridad del país. Más o menos en la época de la Exposición Panamá-Pacífico (1915), la construcción de "América" (Estados Unidos) se fundió en el sueño de un imperio global fundado en la superioridad tecnológica, militar y racial.

El lugar específico de América del Sur en el nuevo imperio imaginado no ha sido objeto de suficientes exploraciones.

Tal como intentaré mostrar, la construcción de un campo de intervención al sur de Panamá se efectuó de acuerdo con reglas diferentes de las aplicadas a América Central y el Caribe. En América del Sur —donde la invasión militar, la anexión territorial y el gobierno colonial directo no eran alternativas viables— los “imperativos de la razón y la conquista” debían reemplazarse por los argumentos del conocimiento, la persuasión y los mercados. Aproximadamente entre 1904 y 1919, cuando el Panamericanismo transformó el significado de la doctrina Monroe en una ideología de cooperación mutua entre los Estados americanos, numerosos argumentos se aliaron para dar respaldo ideológico a una nueva forma de relaciones entre los Estados Unidos y las repúblicas hispanoamericanas. Los productores textuales presentaban la región como el ámbito de inversiones potencialmente lucrativas de capitales norteamericanos, un mercado creciente para sus bienes y servicios, un receptáculo para el excedente moral de sus reformadores, un territorio para la colonización misionera y un campo de investigación para una diversidad de disciplinas. En esos momentos la persuasión y la conveniencia mutua empezaron a jugar como importantes instrumentos de gobierno para el imperio informal, y América del Sur se convirtió en un “continente de oportunidades” y también una tierra de “ciudades perdidas” y “antiguas glorias”, una síntesis contradictoria de futuras oportunidades comerciales y atraso actual.

La forma de recepción de estos constructos del imperio informal en Estados Unidos dependía de manera crucial de la circulación de los textos que representaban el encuentro poscolonial. Para incorporar la sucesión indiferenciada de eventos locales, individuales y concretos del encuentro a un relato más amplio que otorgue sentido a significantes como nación, imperio, raza y masculinidad —nos dice Stephen Greenblatt—, cada cultura trabaja con (y dentro de) ciertas *tecnologías de representación*.¹⁵ Mediante estos términos englobamos una colección de dispositivos (que van desde la imprenta hasta las exposiciones etnológicas, desde la fotografía hasta las ferias mundiales) cuya función más importante es la circulación de representaciones.¹⁶ Las tecnologías representacionales son los vehículos a través de los cuales se producen y propagan los enunciados sobre otras culturas. En millares de momentos de apropiación y metamor-

fosis, enunciaciones, imágenes y actuaciones producidas en un contexto de poder determinado (la situación colonial) llegan a un público diferente (las sociedades de Euro-América) para alimentar las inquietudes culturales prevalecientes sobre uno mismo y el otro, el sistema social, el papel de la ciencia, la legitimidad del gobierno, etc. Greenblatt denomina "circulación mimética" a este movimiento y al uso de la maquinaria representacional: el itinerario seguido por un texto en particular mientras circula entre culturas, y el proceso de resignificación que se produce cuando una práctica cultural dada se re-presenta a través de un nuevo medio.¹⁷

En sus múltiples intervenciones, el Imperio Informal Norteamericano generó una variedad de representaciones de América del Sur que, en su circulación por numerosos medios (relatos de viajes, mapas, exposiciones en museos, gacetillas comerciales, publicidad inmigratoria, manuales para misioneros en el extranjero, revistas populares, artículos periodísticos, piezas teatrales, etc.), llegaron a enormes audiencias en América del Norte.¹⁸ A través de un proceso de simplificación, adjetivación, atribución, alegoría y despliegue, en los Estados Unidos América del Sur se puso al alcance del público en general, del lector culto, del académico y del experto. La aprehensión del término por parte de estas audiencias dependió del mapeo cognitivo por medio del cual se apreció e interpretó la diferencia. En la formación de ese mapeo cognitivo intervinieron, entre otras influencias, las inquietudes, los prejuicios y las ambigüedades de la cultura de origen. Dicho mapeo o marco de recepción definía las preguntas que debían responderse sobre América del Sur y el modo de organizar y utilizar la nueva información obtenida en viajes e investigaciones. Y, tal vez más importante, dicho marco definía la naturaleza del proyecto expansionista norteamericano, pues al subalternizar y diferenciar a los "sudamericanos" se contribuía a construir el sistema de argumentos que autorizaba la presencia y producción cultural de los estadounidenses en el extranjero.¹⁹

¿Cómo se organizaban estas visiones rivales o superpuestas del imperio informal? ¿Qué argumentos comunes las conectaban y movilizaban? ¿Qué tensiones albergaba el proyecto expansionista? ¿Cómo conceptualizar el orden o régimen que regulaba las representaciones norteamericanas sobre Sud-América?

Para responder a esta última pregunta, puede ser de utilidad recurrir al concepto de *máquina representacional* de Stephen Greenblatt. Una máquina representacional es un conjunto de mecanismos o aparatos productores y difusores de representaciones que constituyen las diferencias que separan dos formaciones culturales o nacionales. En este contexto, el término máquina expresa una idea doble: la noción de que las representaciones se transforman al circular de un punto a otro; y el supuesto de que un sistema general de reglas gobierna la producción y circulación de textos. Distintos proyectos (ciencia, negocios, diplomacia, filantropía, religión) se aúnan en una construcción común de la diferencia (el otro) y del imperio (la misión), como si las diferentes partes de la aventura expansionista estuvieran conectadas por un autómatas central, movidas por una fuente común de energía y lubricadas por los mismos fluidos. El adjetivo "representacional" hace hincapié en la naturaleza de los insumos y productos de este singular proceso de producción: en esa máquina no circulan sino textos, imágenes y actuaciones. El sistema mismo podría visualizarse como una cadena de nodos o puntos de producción, cada uno de los cuales contiene una combinación de tecnologías, prácticas y formas representacionales.

Uno podría pensar la presencia norteamericana en América del Sur como un conjunto de prácticas representacionales (prácticas inseparables hasta cierto punto de las tecnologías de observación y reproducción): observar, registrar, narrar, fotografiar, cartografiar, imprimir, clasificar, exhibir, etc. Estas prácticas son productivas en la medida que transforman visiones, impresiones, supuestos y prejuicios (las materias primas) en un conjunto de argumentos e imágenes comunicables acerca del subcontinente y, paralelamente, acerca de la misión de los Estados Unidos en Sud-América (los productos). Aunque fueron muy diversas las intervenciones de agentes norteamericanos en la región y variadas sus producciones textuales, mi inclinación es a pensar que una cantidad limitada de argumentos o discursos ordenaron el despliegue simultáneo de las pretensiones imperiales.

Sintéticamente, se podrían describir los componentes, instalación y funcionamiento de la máquina representacional del Imperio Informal Norteamericano de la siguiente forma: una se-

rie de visitas a América del Sur encabezadas por viajeros comerciales, turistas, exploradores científicos, periodistas, misioneros, buscadores de petróleo, diplomáticos y artistas produjo una masa de representaciones con la ayuda de ciertas tecnologías de representación y en determinado contexto institucional. Aunque motivadas por diferentes expectativas y objetivos, las distintas intervenciones obedecían a inquietudes culturales comunes y expresaban sus fundamentos dentro de un campo discursivo común. Todas ellas trataban de evaluar y delimitar la naturaleza y las posibilidades del capital y la civilización norteamericanos en el extranjero. Y, si mi presunción es acertada, todas alegaban la necesidad de expandir el caudal de conocimientos disponibles para legitimar la presencia de los Estados Unidos en la región.

Para facilitar el análisis, podemos dividir esta compleja maquinaria representacional en sectores o departamentos, cada uno de ellos a cargo de una macrofunción específica.

Uno de los departamentos de este vasto proceso de producción y circulación de representaciones estaba destinado a construir la naturaleza del proyecto expansionista, es decir, proporcionar a los visitantes norteamericanos a América del Sur una interpretación coherente de lo que hacían "allá abajo". Entre los principios organizadores centrales de los relatos y visiones de los estadounidenses en la región se contaba la empresa del conocimiento, el objetivo común de poner el subcontinente dentro de la órbita del conocimiento colectivo norteamericano. Como un "loop" en un programa cibernético, diferentes productores textuales reproducían sin cesar un argumento similar: un "vacío de conocimiento" era el pretexto y la motivación para describir la región, sus pueblos, su geografía, sus recursos naturales, su lenguaje. El continente al sur de Panamá —o algunos de sus aspectos o elementos constitutivos— seguía siendo una *terra incognita*, un espacio vacío que debía llenarse de conocimiento.

La existencia de un vacío de conocimiento justificaba la necesidad de comprometer recursos para una exploración más exhaustiva de la región. La escasez de las informaciones existentes, la falta de adecuación de las representaciones previas o el surgimiento de un nuevo campo de interés generaban una necesidad recurrente de redescubrir América del Sur.²⁰ En la retó-

rica del imperio informal había siempre estratos o nichos de realidad sudamericana insuficientemente entendidos o conocidos. Nuevas investigaciones o la difusión del conocimiento existente autorizaban la presencia de exploradores, coleccionistas, fotógrafos, estadísticos y agentes comerciales. A su vez, estas investigaciones naturalizaban la inclusión de América del Sur en la esfera de las preocupaciones y los intereses norteamericanos.

Otro principio organizador vinculaba la expansión del conocimiento a la expansión de los negocios y las inversiones en la región. Con el surgimiento del capitalismo corporativo la cooperación entre la ciencia y los negocios se hizo más estrecha. La ciencia proporcionaba no sólo los principios para organizar la producción sino también los instrumentos para la búsqueda de materias primas, la medición del esfuerzo humano, así como los materiales para la exposición y venta de los productos. Los norteamericanos en el exterior llevaron esa conexión al terreno de la representación. En la apreciación de que los empresarios debían procurarse etnografías de las repúblicas sudamericanas, en el argumento de que las misiones científicas servían de ayuda para la navegación y el comercio, o en la asistencia brindada por la *Rockefeller Foundation* al desarrollo de la investigación médica en la región, la conexión entre *negocios y conocimiento* parecía central para la constitución imaginaria del imperio informal. Por esa razón, la inversión de capital, trabajo, experiencia técnica y gestión estadounidenses en América del Sur no debería separarse de las prácticas de recolección de muestras para los museos norteamericanos, de la difusión de técnicas educativas o de la realización de prospecciones geológicas en la región. Todos estos aspectos formaban parte de la "empresa del conocimiento".

Un segundo departamento del proceso de producción se encargaba de traducir las observaciones en construcciones y categorías que trataban de poner a América del Sur y a su gente dentro de la órbita del conocimiento norteamericano y atribuir significado a esas observaciones. Prácticas observacionales como mirar, bosquejar, pintar, fotografiar, inspeccionar, etc., informaban las representaciones de "Sud-América". Asociadas a esas prácticas había otras orientadas hacia la inscripción, el montaje y la reproducción de las observaciones: informes, recolección de pruebas y taxidermia. En los textos mismos que na-

rraban el encuentro neocolonial, exponían los resultados estadísticos o presentaban una colección de fotografías o artefactos, los autores establecían la pertinencia de sus observaciones y relatos para un determinado departamento del conocimiento. Los textos que producían generaban estereotipos, simplificaciones y falsificaciones de las repúblicas del Sur, pero también reivindicaciones de la validez, veracidad y relevancia de observaciones anteriores. Entre las representaciones visuales y textuales siempre había una tensión asociada a los imperativos de la empresa del conocimiento: los informes debían ser lo suficientemente precisos para coincidir con la "evidencia" presentada en los anaques de museos, en las muestras fotográficas, o a través de las estadísticas y las ilustraciones.

Para comprender la vastedad y complejidad de este segundo departamento de la maquinaria representacional conviene dividirla en diferentes proyectos. Así, podemos hablar del proyecto "museístico"; el esfuerzo por acumular enormes colecciones de especímenes de América del Sur y exhibirlos en forma inmovilizada (muerta) para beneficio de los espectadores norteamericanos. Podemos concebir un proyecto "geográfico estadístico" conformado por una serie de acciones destinadas a medir, cartografiar y tabular el subcontinente en un conjunto de representaciones impresas sintéticas. Podemos distinguir un proyecto "etnológico etnográfico", que reunía a viajeros, arqueólogos, antropólogos y lingüistas en la tarea de clasificar las razas y grupos étnicos de la región y describir los hábitos y costumbres de sus habitantes. Por extensión, podemos postular la existencia de un proyecto "misionero", un proyecto "educacional", un "proyecto jurídico penal", etc. Esta forma de describir este componente de la empresa del conocimiento privilegia la relación entre textualidades y disciplinas. Supone que ciertos tipos de representaciones (mapas, catálogos, manuales estadísticos, gramáticas, libros, etc.) están más relacionados con algunas disciplinas que con otras.

Una disposición alternativa consiste en dividir la empresa del conocimiento —sus múltiples prácticas— en una cantidad limitada de funciones complementarias: informar, recolectar, cartografiar, elaborar imágenes, etc., como si las disciplinas y profesiones, en su obsesión por recoger informaciones y mostrar los resultados, sólo reprodujeran principios y procedimientos

comunes de la ciencia. Este ordenamiento o forma de presentación privilegia, en cambio, la relación entre formas y prácticas representacionales, retornando a la noción original de empresa del conocimiento. El trabajo de los exploradores científicos a mediados del siglo XIX había regulado la práctica de la observación, así como la forma de presentar sus resultados. El recurso a la observación directa —la autoridad del testigo presencial— y el registro sistemático de todos los episodios en diarios constituían un proceder difundido entre observadores científicos y autores de relatos de viajes. Con la consolidación del imperio informal en la era del capitalismo corporativo y el consumo de masas, la redacción de informes también se convirtió en territorio de periodistas y fotógrafos. Su trabajo, posible gracias a la difusión de nuevas tecnologías de observación y reproducción, acercó las "realidades" de América del Sur a la órbita de los lectores norteamericanos.

Otra función de la maquinaria representacional fue la de poner en circulación los textos contenidos en las diferentes representaciones, con el fin de llegar a audiencias cada vez más numerosas. Aquí debemos destacar la direccionalidad de esa circulación: de sur a norte. En los Estados Unidos, el consumo masivo había transformado la naturaleza de la relación entre las empresas y la población (ahora consumidores) en un régimen de exhibición de objetos, en un diseño urbano modernista y una estética del deseo. La sociedad de consumo había creado un público masivo que visitaba museos y ferias mundiales, leía revistas de exploraciones y libros de viajes y participaba pasivamente de los progresos de la ciencia y la tecnología. Sus deseos y motivaciones agregaban nuevas razones para la producción y circulación de observaciones y construcciones sobre América del Sur. En cierta medida, el progreso agregó carriles a la autopista por donde circulaban imágenes y textos del subcontinente. Esta expansión horizontal de la circulación mimética —es decir, la expansión de las vías por las que circulan los objetos y las representaciones— es lo que Greenblatt llama circulación "externa".

La circulación "interna" de imágenes y textos fue también una parte importante de los dispositivos representacionales del Imperio Informal Norteamericano. La expedición de Yale a Machu Picchu, por ejemplo, agregó nuevas positividades al repertorio del conocimiento norteamericano sobre los Andes.

Produjo la indianización de las naciones andinas, generó una preocupación genuina por la situación del campesinado indígena y, a la vez, autorizó la diseminación de una retórica racial acerca de las posibilidades de desarrollo económico y gobierno democrático en los países andinos. Este "descubrimiento", que vinculaba el atraso de Perú y Bolivia al carácter de sus masas indígenas, encontró respaldo en las diversas ferias mundiales celebradas en los Estados Unidos, donde las imágenes de "indios" andinos transportando pesadas cargas eran dominantes. Estas representaciones evocaban la barbarie e intemporalidad de la sufrida vida de los indígenas, una idea que se corroboraba en las múltiples y novedosas imágenes fotográficas de ruinas incas, incluidas en álbumes de fotos, relatos de viajes y tarjetas postales. Así, el mensaje implícito en una representación (el informe científico) se incorporó con rapidez a otra (la revista ilustrada), y a partir de allí se difundió a varias otras formas de representación: relatos de viajes, exposiciones de historia natural, pinturas y obras literarias. Las imágenes de la "América india" (aparentemente no un descubrimiento de Mariátegui, Haya de la Torre o Valcárcel) circulaban libremente a través de diferentes representaciones, transmitiendo un conjunto similar de impresiones, categorías y asociaciones (atraso, injusticia social, herencia española, antigüedad gloriosa).

Un cuarto segmento o departamento de esta máquina representacional corresponde a un conjunto muy diferente de subproductos o, si se prefiere, a un tipo distinto de circulación. Diversas formas de representación servían para circular una serie de discursos que autorizaban la presencia de la iniciativa norteamericana (negocios, ciencia, cultura, filantropía) y describían a los "sudamericanos" como sujetos ávidos de redescubrimiento y necesitados de tutela para ingresar al mundo moderno. Esos discursos fijaron los términos en virtud de los cuales podía evaluarse el progreso de las repúblicas. Uno de ellos se relacionaba con el problema de la gobernabilidad, esto es, la cuestión de la ineptitud de las repúblicas sudamericanas para darse gobiernos estables, democráticos y sensibles a las demandas de sus ciudadanos. Otros grupos de enunciados hacían referencia a la cuestión de la diversidad racial de América del Sur y su relación con los Estados Unidos. Si examinaran la cuestión de la raza —parecían decir muchos textos—, los observado-

res podrían comprender tanto las diferencias como las similitudes entre ambas Américas. Un tercer discurso, que incluía los enunciados sobre el progreso de la región, parecía apoyarse en los otros dos argumentos (la mezcla racial y la inestabilidad política incapacitaban a los países para el progreso económico y la civilización), pero también en ideas bastante tradicionales sobre las interacciones de la tecnología y la naturaleza. Este discurso acerca del progreso sirvió para reafirmar a cada momento la superioridad tecnológica de la América del Norte respecto de sus "repúblicas hermanas" del sur. Al mismo tiempo, sirvió para plantear en el subcontinente una relación sesgada entre tecnología y naturaleza. Justamente porque en Sud-América la naturaleza aparecía como una fuerza peligrosa, impenetrable o en muchos casos inhóspita, la tecnología norteamericana se presentaba como una posibilidad, tal vez única, de alcanzar rápidamente el progreso, conquistando a la naturaleza.

Un cuarto agrupamiento de enunciados aludía a la posibilidad del conocimiento y la cuestión de los criterios definitorios de la confiabilidad de la evidencia concerniente a América del Sur y sus pueblos. Este grupo de argumentos remitía todas las observaciones a los requerimientos del conocimiento; a la necesidad de actualizar de manera recurrente las pruebas recogidas. Esta revisión permanente formaba parte de la empresa del conocimiento. Las representaciones, por románticas que fueran, estaban sometidas al juicio de la exactitud y la objetividad, dos principios que provenían del repertorio de las ciencias. Estos problemas concertaron el interés de buena parte de los viajeros y observadores norteamericanos en América del Sur. Porque —y esto no se cansaban de repetir— para explotar y desarrollar los recursos de la región era necesario primero conocer la tierra más profundamente. Este imperio, a diferencia del imperio colonial español, extraía legitimidad, una y otra vez, de sus armas de conocimiento.

NOTAS

¹ John y Jean Comaroff, *Ethnography and the Historical Imagination* (Boulder y Oxford: Westview, 1992), en especial pp. 181-213. En Catherine Hall,

"White visions, black lives: The free villages of Jamaica", *History Workshop*, 36, 1993, pp. 100-131, se encontrará un punto de vista similar (colonialismos rivales) sobre el ámbito americano.

² De las tres visiones rivales del imperio, la más ambivalente era la de los misioneros, pues mezclaba elementos contradictorios en la transformación imaginada de la sociedad sudafricana: un campo idílico que producía para el mercado, una era capitalista racional de individuos sin trabas y un "Imperio de Dios" soberano.

³ Sin duda, algunos de ellos, con sus acciones, tenían la posibilidad de influir en la vida de los pueblos que visitaban (y tal vez de transformarla). Pero, a diferencia de las colonias británicas, debían enfrentar un ordenamiento político, social y cultural organizado alrededor de Estados naciones.

⁴ El término *involucramiento* tiene por lo menos dos significados. Por un lado, designa la conexión de algunas enunciaciones con otros corpus textuales, el hecho de que ciertos supuestos previos de un texto tengan una buena resonancia en otras presuposiciones enunciadas en un tiempo o lugar alejados (o parezcan tener una semejanza con ellas). Estas relaciones entre proposiciones (viejas y nuevas, de aquí y de allá) no sólo deben estar regidas por la homología, porque los autores suelen negociar su involucramiento con valores, tradiciones y presuposiciones culturales. Por otro lado, *involucramiento* se refiere a los intentos de personas de diferentes "culturas" de establecer una relación que no suprima ni niegue la subjetividad de la otra parte. Aquí incluimos todos los encuentros —tal como los relatan los participantes— en los cuales las partes tratan de entender, conceptualizar o acercarse al otro o manifestarle empatía. La idea de establecer cierto tipo de lazo, compromiso o contrato con el otro está íntimamente asociada a esta connotación; por paradójico que parezca, también lo está la idea de conflicto, confrontación e impugnación.

⁵ Por una crítica similar véase Gilbert Joseph, "Close Encounters of Empire. Towards a New Cultural History of U.S.-Latin American Relations", en Joseph, LeGrand y Salvatore, eds., *Close Encounters of Empire* (1998), pp. 3-46.

⁶ Sobre la "construcción de la imagen" del Oeste norteamericano destinada a los habitantes del Este, véase Peter B. Hales, *William Henry Jackson and the Transformation of the American Landscape, 1843-1942* (Filadelfia: Temple University Press, 1988). Sobre la representación del Oeste en las audiencias populares, véase R. Slotkin, "Buffalo Bill's 'Wild West' and the mythologization of the American empire", en A. Kaplan y D. Pease (comps.), *Cultures of United States Imperialism* (Durham y Londres: Duke University Press, 1993), pp. 164-181. La analogía entre la expansión hacia el Oeste norteamericano en el siglo XIX y la ulterior expansión de las inversiones estadounidenses en América del Sur se expone en J. Valerie Fifer, *United States Perceptions of Latin America 1850-1930. A "New West" South of Capricorn?* (Manchester y Nueva York: Manchester University Press, 1991).

⁷ Planteado por primera vez por Gallagher y Robinson, el concepto se ha aplicado a una amplia gama de situaciones en las que está ausente el control político de una potencia extranjera. Un excelente resumen de estos argumentos en lo concerniente a América Latina puede encontrarse en Rory

Miller, "The historiography of informal empire in Latin America", en W. Roger Louis (comp.), *Oxford History of the British Empire*, vol. 5, *Historiography* (Oxford: Oxford University Press, 1999), pp. 437-449.

⁸ En principio, mi concepción del proceso y los instrumentos para el establecimiento de la hegemonía norteamericana en la región es muy compatible con lo que William Roseberry llama "campo de fuerza", aunque no aplicada a la intersección de la cultura popular y el Estado sino a la confluencia de los múltiples argumentos del imperio informal. Véase William Roseberry, "Hegemony and the language of contention", en G. Joseph y D. Nugent (comps.), *Everyday Forms of State Formation* (Durham: Duke University Press, 1994).

⁹ Stephen Slemon, "The scramble for post-colonialism", en Chris Tiffin y Alan Lawson (comps.), *De-Scribing Empire. Post-colonialism and Textuality* (Nueva York y Londres: Routledge, 1994), pp. 15-32.

¹⁰ Chris Tiffin y Alan Lawson, "The textuality of empire", en *ibíd.*, pp. 1-11.

¹¹ La deuda de estos estudios a la obra pionera de Edward Said, *Orientalismo* (1979), es bastante evidente. Sobre la influencia de Said en los estudios poscoloniales véase K. Ansell-Pearson, B. Parry y J. Squires, eds., *Cultural Readings of Imperialism* (Londres: Lawrence & Wishart, 1997).

¹² Homi K. Bhabha, "'The other question...': Homi K. Bhabha reconsiders the stereotype and colonial discourse", *Screen*, 24(6), 1983, pp. 18-35 [traducción castellana: "La otra pregunta. El estereotipo, la discriminación y el discurso del colonialismo", en *El lugar de la cultura* (Buenos Aires: Manantial, 2002), pp. 91-110], y "Of mimicry and man: The ambivalence of colonial discourse", *October*, 28, primavera de 1984, pp. 125-133 [traducción castellana: "El mimetismo y el hombre. La ambivalencia del discurso colonial", en *ibíd.*, pp. 111-119].

¹³ Sobre las construcciones literarias y jurídicas de la India véase Gyan Prakash, "Writing post-orientalist histories of the Third World: Perspectives from Indian historiography", *Comparative Studies in Society and History*, 32, abril de 1990, y "Postcolonial criticism and Indian historiography", *Social Text*, 31/32, 1992.

¹⁴ Donald E. Pease, "New perspectives on U.S. culture and imperialism", en A. Kaplan y D. Pease (comps.), *Cultures of United States Imperialism*, *op. cit.*, p. 22. En Eric Cheyfitz, *The Poetics of Imperialism. Translation and Colonization from The Tempest to Tarzan* (Nueva York y Oxford: Oxford University Press, 1991), podrá encontrarse una sugerente interpretación de la transición, en el sueño imperial, del despojo de los norteamericanos nativos a las aventuras violentas en el exterior (que transmitían el mismo mensaje de superioridad racial).

¹⁵ Véase la introducción a Stephen Greenblatt, *Marvelous Possessions. The Wonder of the New World* (Chicago: University of Chicago Press, 1991), pp. 1-25.

¹⁶ La diversidad de textos culturales sobre las Américas que llegaban a Europa era impresionante: "De las exhibiciones de canotaje en el Támesis a principios del siglo XVII a la muñeca de una dama inglesa aferrada por el niño algonquino en uno de los dibujos de John White, del sol de oro azteca admirado por Durero en Bruselas a las innumerables cruces levantadas por los europeos en desembocaduras de ríos y lugares elevados de América, del

tocado de plumas Tupí llevado a Francia a la moneda de seis peniques clavada por Drake en un poste en California". *Ibíd.*, p. 119.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 120.

¹⁸ D. Brooks presenta un claro ejemplo del funcionamiento de la circulación mimética en la intervención norteamericana en Nicaragua. Las operaciones militares estadounidenses en ese país produjeron un nuevo conocimiento sobre la manera de librar "pequeñas guerras" en un ámbito étnicamente sensible, que luego se trasladó a las instituciones castrenses norteamericanas y por último se desplegó en los manuales de operaciones utilizados durante la Guerra de Vietnam. Desde el Río Cocos, teatro de operaciones en Nicaragua, hasta los cuarteles de Filadelfia, donde se dictaban los nuevos cursos sobre el tema, y los estudios de "colecciones etnográficas" y los manuales empleados en los campos de entrenamiento de soldados destinados al sudeste asiático, hubo una circulación mimética de cierta forma de tratar las costumbres, la lengua y las sensibilidades de los otros "étnicos" en una guerra de "compromiso limitado". Véase D. Brooks, "U.S. Marines, Miskitos, and the hunt for Sandino: The Rio Coco patrol en 1928", *Journal of Latin American Studies*, 21(2), 1989.

¹⁹ En Fredric Jameson, "Cognitive mapping", en Cary Nelson y Lawrence Grossberg (comps.), *Marxism and the Interpretation of Culture* (Urbana: University of Illinois Press, 1988), pp. 353-355, se encontrará un análisis del concepto de "mapeo cognitivo". Para Gayatri Chakravorty Spivak, el término "alterización" alude al proceso a través del cual el colonizador se autoconstituye como sujeto dominante o soberano merced a la definición de sus colonias como "Otros", imágenes cercanas de sí mismo que autorizan y reproducen la relación de dominación entre colonizador y colonizado. Véase G. C. Spivak, "The Rani of Simur", en F. Baker *et al.*, *Europe and Its Others* (Colchester: University of Essex, 1984), vol. 1, p. 128.

²⁰ Como lo analicé en otra parte, este redescubrimiento incesante también ocupaba un lugar central en los relatos británicos de viajes a través de América del Sur. Véase Ricardo D. Salvatore, "Re-Discovering Spanish America" (1999).

Capítulo 2

Exhibiciones



Tony Bennett llama “complejo exhibicionario” a uno de esos regímenes totalizadores en los que una cultura o nación se exhibe a sí misma.¹ Se trata de un sistema regulador de las exhibiciones de museos y ferias mundiales, que son por su parte un complejo de discursos, disciplinas y visiones. La función más importante de los museos y las ferias mundiales era mostrar, para disfrute de gran número de personas, los fundamentos de una época: clase, imperio, progreso, raza, ciencia, evolución humana. En particular, dice Bennett, las ferias mundiales ponían en evidencia los principios de orden de las sociedades industriales. El imperativo de mostrar era un corolario moderno del surgimiento de la sociedad de consumo de masas. Reflejaba el interés de las elites en desplegar los logros de su “civilización”, pero también las demandas del hombre medio de participar en los sueños del consumo y en las utopías científicas propuestas por el nuevo capitalismo industrial.² A diferencia de las prisiones, los hospitales y los asilos, los principios movilizados de las ferias mundiales eran la invitación y el espectáculo; sus principales métodos didácticos eran la persuasión y el entretenimiento, no la disciplina.³

Las dos grandes instituciones que Bennett incluyó dentro del régimen del “complejo exhibicionario” —las ferias mundiales y los museos de historia natural— dieron visibilidad a dos órdenes distintos: por un lado, el mundo de las mercancías, las máquinas y el progreso; por otro, el mundo de la ciencia, la naturaleza y los pueblos “primitivos”. Al exhibir mercancías, maquinarias y las maravillas de la ciencia moderna, los expositores



Publicidad de las cámaras Kodak plegables de bolsillo. "Lleve su Kodak consigo a la Exposición Pan-Americana", dice el poster. Buffalo, Nueva York, 1901. Fuente: N. M. West, *Kodak and the Lens of Nostalgia* (2000), entre pág. 108 y 109. Used with permission of Eastman Kodak Company.

pretendían involucrar a los espectadores en los sueños de la moderna sociedad de consumo. A su vez, la exhibición de costumbres, artesanías y momias "nativas" —cuando no de los "nativos" en persona—, comparadas con las civilizaciones "más progresistas" y la "naturaleza", hacía partícipe al público de una experiencia educacional acerca de la evolución.⁴ Los dos tipos de exhibiciones ponían en evidencia dos proyectos distintos. Los museos de historia natural estaban conectados con el proyecto más global y comprensivo de la ciencia —aprehender y clasificar la naturaleza— y también con la construcción de alteridades (el abanico de

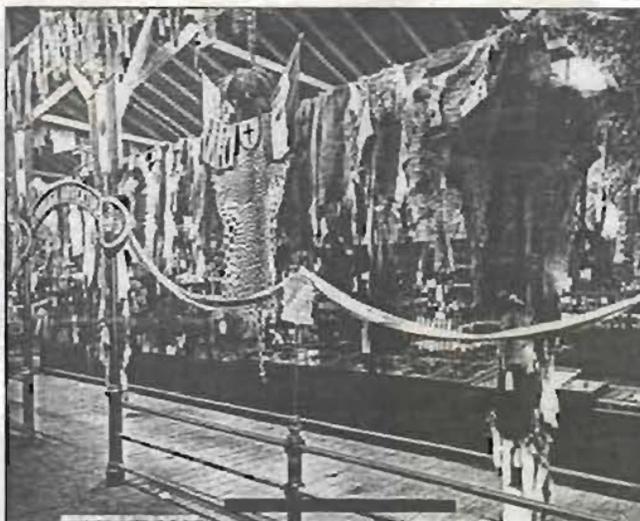
otredades con los que podía representarse el mundo circundante) basadas en la diferencia racial. Las ferias mundiales, por su parte, desplegaban un sueño y un orden diferentes: los sugeridos por la estética del consumo masivo, la ciencia, las tecnologías y la modernidad urbana. Su existencia no estaba ligada a una teoría o práctica científica específicas, sino a la necesidad de exhibir los fundamentos de la producción y distribución capitalistas en la era del consumo de masas: la diversidad de preferencias, la persuasión basada en los objetos, el imaginario visual del deseo y la certidumbre del progreso tecnológico continuo. Aunque los diseños usados para exhibir mercancías eran similares a los utilizados para presentar animales disecados o tribus "nativas", cada tipo de muestra apuntaba a una pedagogía distinta. La exhibición de mercancías

aspiraba a la participación del pueblo norteamericano en la cultura de consumo; la de artefactos de la historia natural, en cambio, tendía a la construcción de "América" (Estados Unidos) en relación con sus otros.

En los Estados Unidos, los "ingenieros del deseo" descubrieron el poder de la circulación mimética precisamente en el momento en que necesitaban vender más bienes a los consumidores norteamericanos y presentar los logros de la Norteamérica industrial a su *hinterland* imaginado: el Caribe, América Central y Sud-América. Robert Rydell (1984) ha mostrado cómo las diversas ferias internacionales que se organizaron en los Estados Unidos a partir de 1876 tuvieron una complicidad creciente con las ambiciones imperiales de la nación. Es más, es difícil comprender el sentido de estas exhibiciones internacionales fuera de la tematización recurrente y obsesiva del expansionismo norteamericano.

La Exposición Internacional de Omaha en 1898 se celebró casi inmediatamente después de la victoria estadounidense sobre España en Cuba y, por tanto, sirvió para canalizar las ansiedades que generaba esta nueva anexión que había sido proclamada en nombre de la libertad cubana. Las prefabricadas batallas entre "pieles rojas" y soldados federales representaban metafóricamente la problemática incorporación de una nación de negros y mulatos en la Unión blanca. La visión de un Gerónimo derrotado, predicando que su gente debía adoptar las costumbres blancas, debió de impresionar a los concurrentes acerca del poder militar y cultural del nuevo imperio.⁵

En 1901 se organizó en Buffalo la única feria internacional que llevó el nombre de "Pan-Americana" y que tenía el objetivo de educar al pueblo norteamericano acerca de la importancia de la paz en el hemisferio occidental. En esta feria, las naciones latinoamericanas fueron especialmente invitadas y hubo un esfuerzo por persuadir a sus representantes sobre las pacíficas intenciones de Washington. Su director general, William Buchanan (un ex embajador en la Argentina), creía que para "justificar" mejor la adquisición de territorios coloniales a las naciones sud-americanas, nada era mejor que montar "exhibiciones etnológicas". Se organizó así una muestra etnológica de Filipinos (la "aldea filipina"), en la que al contrastar el carácter "primitivo" de ciertos tipos raciales (Negritos, Moros e Igoroti)



Exhibición del Centenario, Filadelfia 1876.

Muestra de la Argentina en el Salón de Agricultura (se exhiben pieles y cueros).

Stand de Francia (se exhiben libros).
Fuente: Print and Picture Collection, The Free Library of Philadelphia.



con las mejoras del "Filipino medio" como resultado de las políticas del gobierno insular norteamericano, se dotaba de un carácter civilizatorio al imperio (Rydell 1984: 126-153).

Uno podría argumentar que la exotización fue el principio organizador de esta muestra. Porque también se organizó una

“aldea mexicana”, con peones indolentes, burros, tabernas y mujeres de mala fama. Pero las nociones de pasividad, indolencia, falta de aseo personal e intemperancia eran sólo argumentos de un predicado más general del imperio. Como había ocurrido en los debates del siglo XVI en España, había aquí un despliegue espectacular al servicio de un argumento de tutela imperial. Es en este contexto en que las aldeas filipinas, africanas y mexicanas cobran sentido: como asientos de un argumento sobre la necesidad de tutela o protección para naciones que (por razones de diferencia racial) aún no estaban listas para emprender por sí solas el proyecto civilizatorio.

De la misma forma, la Exposición Internacional de Saint Louis (1904), que conmemoraba la compra de Louisiana en 1804, también fue un despliegue de razones imperiales. Fue allí, en los terrenos de la feria, donde William McGee, un antropólogo del *Bureau of American Ethnology*, trató de probar sus teorías sobre las diferencias de capacidad craneana de las diferentes razas. Es por esto que se repitió aquí el motivo de las “aldeas filipinas”, pero esta vez poniendo en contraste a los Negritos filipinos con los trabajadores negros de plantaciones sureñas, recreadas a este efecto. Raza e imperio parecían dominar la estructura de la representación en estos años cruciales del expansionismo norteamericano (Rydell 1984: 154-183). Y esta ansiedad, un resultado de las aventuras coloniales estadounidenses en Cuba, Puerto Rico, Panamá, Hawaii y Filipinas, a su vez, se asentaba sobre una curiosidad científica acerca de las jerarquías raciales y la evolución humana. Los mundos en miniatura creados en estas ferias eran así una proyección y autorrepresentación imperial, y también eran componentes centrales de la empresa del conocimiento.

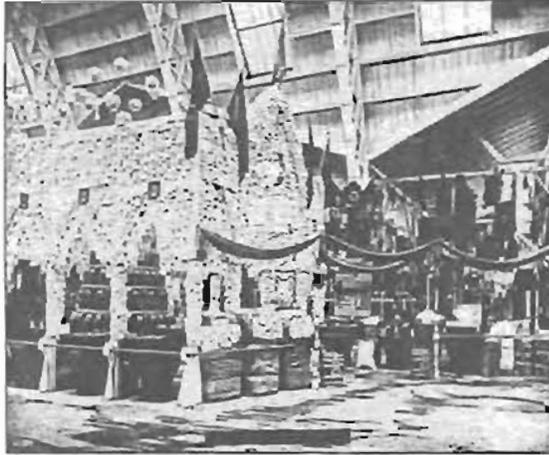
Sin embargo, también es cierto que la “sobreproducción” fue uno de los argumentos con los que se articuló la necesidad de organizar estas ferias. No es de sorprender que momentos clave en el despliegue de “América” ante el mundo —las ferias mundiales de Filadelfia en 1876, Chicago en 1893 y San Francisco en 1915— coincidieran con períodos de crisis comerciales o fases de expectativas crecientes con respecto a nuevos mercados. La Exposición Colombina de Chicago (1893) se organizó en el contexto de una crisis. Naturalmente, los industriales tenían motivos para quejarse de la sobreproducción y de los límites im-



Salón de Agricultura de la Exhibición del Centenario. Fotografía. Filadelfia 1876.
Fuente: United States Centennial Commission. *International Exhibition 1876* (1876).

puestos a sus ganancias por el control obrero de la producción. A su entender, la solución de la crisis apuntaba en dos direcciones: cartelización e imperio. La primera vía permitía completar o profundizar la mecanización y reorganizar el trabajo sobre nuevas bases (mayor productividad, control gerencial sobre el proceso de trabajo, *de-skilling* y mejores salarios). La segunda vía apuntaba a superar el problema de la sobreproducción extendiendo los mercados externos.⁶ Este último camino sirvió para alimentar una nueva fantasía imperial: sólo la expansión de los mercados (la anexión de nuevos *hinterlands* en el Caribe y en Centro-América, primero, y en América del Sur hacia principios del siglo XX) salvaría a la industria. El primer camino completaba este proyecto, porque una hegemonía estadounidense geográficamente extendida daría nueva vida a la empresa privada corporativa, prestigiando a su vez el poder de la tecnología.

Los aspectos materiales de las naciones —sus producciones, sus transportes, sus inventos mecánicos— fueron centrales a estas exhibiciones. Porque se trataba en cada momento de hacer un balance del “progreso” y de ordenar a los participantes según sus logros o avances económicos. En la asignación del es-



Exhibición del Centenario, Filadelfia 1876. Muestra de Brasil en el Salón de Agricultura (el stand está cubierto de algodón, dentro hay frascos con granos de café).

Muestra de Brasil en el Salón de Maquinaria (se exhiben cañones y municiones).
Fuente: Print and Picture Collection, The Free Library of Philadelphia.



pacio de la Exhibición del Centenario (Filadelfia, 1876), los organizadores marcaron la distinción entre modernidad y anti-güedad separando las mercancías de exportación de los elementos pertenecientes a la cultura nativa. En el Salón de la Agricultura (aunque algunos se exhibieron en el Salón Principal), cada país exhibió sus recursos naturales, la geografía y los productos de sus tierras. En la era de las economías exportadoras, América Latina debía exhibir sus producciones de café, azúcar, nitratos, trigo, caucho y cueros de manera tal de ofrecer al espectador imágenes de trabajo, actividad y valor. Es decir, una imagen diferente de la tradicional: países de frecuentes revoluciones, con poblaciones social y culturalmente atrasadas. En su

despliegue de las mercancías, algunos países consideraron apropiado señalar alternativas a los productos primarios de exportación. Brasil, por ejemplo, presentó manufacturas de artillería y provisiones para el ejército (en el Salón de Maquinaria). La mayoría, sin embargo, sólo exhibió productos primarios.⁷ Brasil mismo presentó un *stand* con techo en forma de cúpula, debajo de la cual se ordenaban en forma circular casi un centenar de frascos de vidrio conteniendo variedades de café. A un costado, en el mismo salón (Agricultura), había un *stand* rectangular recubierto de algodón en bruto, con banderas flameantes del Imperio brasileño.⁸ El modesto *stand* de la Argentina presentaba una variedad de productos regionales: maderas de las diferentes provincias, variedades de trigo y maíz de la pampa, yerba mate de Corrientes, tabaco salteño, además de semillas de hortalizas y legumbres, etc. Pero este abigarrado conjunto de productos naturales no podía verse claramente en la foto, porque una cubierta de pieles de animales salvajes y domésticos (tigres, pumas, zorros, serpientes, cabras, vicuñas, llamas, ovejas y nutrias) colgaba de un parante.⁹ En un *stand* circular dentro del Salón de Minerales, Chile exhibió su riqueza minera: rocas de diferentes colores y texturas atraían la atención del visitante.

Esta forma de inserción de América Latina en las ferias internacionales norteamericanas resaltaba y naturalizaba una particular división internacional del trabajo: Estados Unidos mostraba manufacturas, mientras que la otra América exhibía sólo o predominantemente materias primas. La producción para la exportación no significaba necesariamente modernidad, pero representaba un paso adelante con respecto a la inmovilidad atribuida a las culturas nativas de la región. Pocos de los expositores pudieron escapar al orientalismo y exotismo asociados con sus países. Estos rasgos eran claramente visibles en el estilo morisco del edificio guatemalteco, la cafetería presentada por Brasil o la colección de pieles y cueros de animales salvajes expuesta por la Argentina. Era ésta, en todo caso, una modernidad retrasada, una admisión de los expositores de América Latina de que aún se estaba muy lejos del progreso alcanzado por los Estados Unidos. ¿Es que no eran conscientes los expositores latinoamericanos de que al exhibir sacos de cereales y de café y cueros colgando de parantes estaban asumiendo una posición subalterna para sus



Muestras de México en la Exposición Colombina Mundial, Chicago 1893.

Arriba: Exhibición de tabaco y licores. Abajo: Muestra de henequén (cáñamo).

Fuente: Hubert Bancroft, *The Book of the Fair*, vol. I (1894), págs. 372 y 373.



países? Fue tal vez en estos encuentros visuales y espectaculares que los latinoamericanos construyeron la idea del “Coloso del Norte”. Estos señores de frac y galera que pretendían pertenecer a la civilización universal del refinamiento y la cultura eran los representantes de capitalismo “salvajes”, con producciones primarias aún no demasiado distantes de la recolección y de la caza.

Otros aspectos de las ferias mundiales indican una mayor reconstrucción ideológica. La Exposición Colombina de Chicago (1893) fue al mismo tiempo un sueño de orden, abundancia y progreso. Celebraba el triunfo de la industrialización norteamericana (de los estados centrales del país) como pretexto para un proyecto de expansión global.¹⁰ Los elementos exhibidos en los

pabellones agrícolas y de maquinarias (máquinas e innovaciones, sobre todo la electricidad) afirmaban una independencia tecnológica norteamericana recién conquistada y su superioridad sobre Europa. En el centro de la Ciudad Blanca, edificios neoclásicos presentaban los logros de la industria moderna como una prolongación del proyecto civilizatorio greco-romano. Alrededor de la avenida central había imágenes representativas del "mundo", atracciones exóticas como mezquitas, pagodas, bazares turcos, castillos irlandeses y tiendas indias.¹¹ Además de invitar a los concurrentes a la celebración del progreso nacional, las muestras intentaban situarlos en ese orden global que separaba a los de adentro de los de afuera.¹² Otro de los temas principales de la exposición era la celebración de la vida de la ciudad. La feria presentó el más avanzado imaginario urbano del país; una ciudad ordenada que contenía todos los adelantos de la civilización y la industria. Diseñada en el momento mismo en que finalizaba el movimiento hacia el Oeste y se cerraba la frontera agraria, esta Ciudad Blanca anticipaba la continuidad del progreso en otra dimensión: intensivamente, densamente, en aglomerados urbanos. Su núcleo era una ciudad armoniosa, con enormes fuentes, bulevares, estatuas y edificios monumentales.¹³

Además de la industrialización y la vida urbana, la feria se ocupó también del pasado. En realidad, el tema central de la exposición fue rememorar el descubrimiento de América: se habían cumplido cuatrocientos años de aquel momento trascendental para la autoconciencia de Occidente. Estados Unidos reclamaba su participación y liderazgo en este proyecto civilizatorio totalizante, pero a su vez demandaba una inclusión particular (excepcional) en este proyecto. El cuarto centenario del descubrimiento brindaba la oportunidad para articular mejor esta inserción: es decir, para desarrollar la idea de un Occidente Americano diferente, de una hegemonía no colonialista, de un imperio del progreso y la democracia. A su vez, el tema colombino permitía a los organizadores la posibilidad de denostar el sistema colonial español (su monopolio comercial, su intolerante catolicismo), mientras se elevaba la figura de Cristóbal Colón al podio de "civilizador de las Américas". En el discurso de la exposición, Colón se presentaba como un remoto antecesor de los hombres de ciencia

norteamericanos que habían hecho posible la “civilización industrial”.

Cristóbal Colón se presentaba rodeado de las tres carabelas en el óleo de Ruiz Luna “October 12, 1492”, luego en otra pintura aparecía frente a los reyes católicos en el salón de embajadores de Sevilla, mientras que varios óleos y témperas retrataban palacios moriscos, famosas batallas de la Resistencia, el Escorial y el convento de Toledo. Aunque maravillado por la magnificencia de las construcciones neoclásicas y por la iluminación de la Ciudad Blanca, el visitante no podía dejar de prestar atención a la cuestión colonial.

Por renglón separado, cada país hacía un aporte de materiales al Departamento de Antropología de la feria. En esta muestra, América Latina estaba sistemáticamente representada por “los indios”. Un montaje de colecciones presentaba las ruinas de antiguas civilizaciones como los cimientos sobre los cuales se apoyaría la futura América Latina moderna. El pabellón destacaba una gran muestra de las ruinas descubiertas por el explorador E. H. Thompson en Ancón, Perú. Esta muestra incluía los cuerpos momificados de “cien incas” con sus telas y tinajas fúnebres, una vasta colección de alfarería y barcos de madera y adornos del Cuzco colonial. También se presentó una exhibición organizada por el museo del Estado de Pará (Brasil) con los artefactos reunidos por el teniente Roger Welles en su expedición al río Orinoco. Otra parte de la exhibición remitía al Paraguay y al Brasil antiguos: el montaje realizado por Emil Hassler con lanzas, hachas, arcos y artesanías de los Tupí-Guaraníes de la época de la ocupación jesuítica. También podían verse maquetas del México precolombino: réplicas en papel maché de las ruinas de Uxmal y de la Casa de Monjas, expuestas en el *Midway Exhibit* (Tenorio 1996: 185).

En todas estas exhibiciones, lo arqueológico y lo etnológico —el pasado y el presente de las “razas nativas”— proporcionaban la representación dominante de América Latina. Para hacer más claro el mensaje, en el pabellón principal de la Ciudad Blanca se exponía “un gran retrato al óleo de un nativo sudamericano”, que fusionaba en una imagen las dos amenazas más graves a la civilización blanca norteamericana: el negro y el indio. El catálogo de la feria rezaba: “Su negro cuerpo resplandeciente como el ébano, el pelo negro adornado con plumas de brillantes

colores y el cuello rodeado por un collar de dientes extraídos de las mandíbulas de animales salvajes, mientras que de su taparrabos emplumado cuelga un carcaj de flechas, y el largo arco que el personaje parece capaz de utilizar con buenos resultados yace a su lado".¹⁴

Como ha indicado persuasivamente Robert Rydell (1984: 55-57), la Exposición de Chicago produjo una especie de "revelación antropológica". Con la ayuda de los más destacados arqueólogos y antropólogos del momento (Frederic W. Putnam del Museo Peabody, en Harvard, Otis T. Mason de la *Smithsonian*, y la colaboración de Franz Boas, Alice Fletcher, George Dorsey y otros), se montó la más grande exhibición de razas conocida hasta entonces. Tan importante fue esta muestra, que varios profesores universitarios comenzaron a enviar estudiantes a la exposición para realizar allí sus estudios. Mirada desde otra perspectiva, esta muestra de las "razas de la tierra" podría considerarse como la primera culminación de un proyecto antropológico ideado conjuntamente desde tres polos de altos estudios (Harvard-Chicago-Washington), que intentaba, justamente, ordenar la evolución de las culturas en el continente americano. Como lo explicaba el proyecto presentado por la *Smithsonian* en 1890 y luego reformulado por Putnam en 1891, la ciencia antropológica norteamericana se consolidaría como disciplina líder si lograba reunir la más vasta colección de artefactos y "representantes" (vivos) de las culturas indígenas de las Américas (Rydell 1984: 56-57).

La Exposición de Chicago era no sólo una exhibición o muestra, sino también un territorio de prueba para dilucidar cuestiones científicas. Allí, en base a la "evidencia" disponible (grupos de aborígenes traídos de varios estados y de otros países del mundo), podrían discutirse ideas sobre la existencia de dos o más "razas" en Norteamérica, sobre la importancia del lenguaje, los recursos y el parentesco para la conformación de los grupos y su nivel de progreso y, de manera más general, sobre las teorías de la evolución humana. Tal vez esta pretensión de la ciencia antropológica norteamericana de concentrar en un lugar todas las culturas aborígenes fuese el momento más imperial de la feria.

Sería erróneo magnificar el rol y la visibilidad de América Latina en Chicago o en otras exposiciones de la era del Imperio

Exposición Colombina Mundial, Chicago
1893. Muestras misceláneas.



Indio cargando una silla sobre
su espalda y burro con carga.
Ambos son presentados como "cargadores
de Sud-América".

Fuente: Hubert Bancroft, *The Book
of the Fair*, vol. 2 (1894), pág. 590.

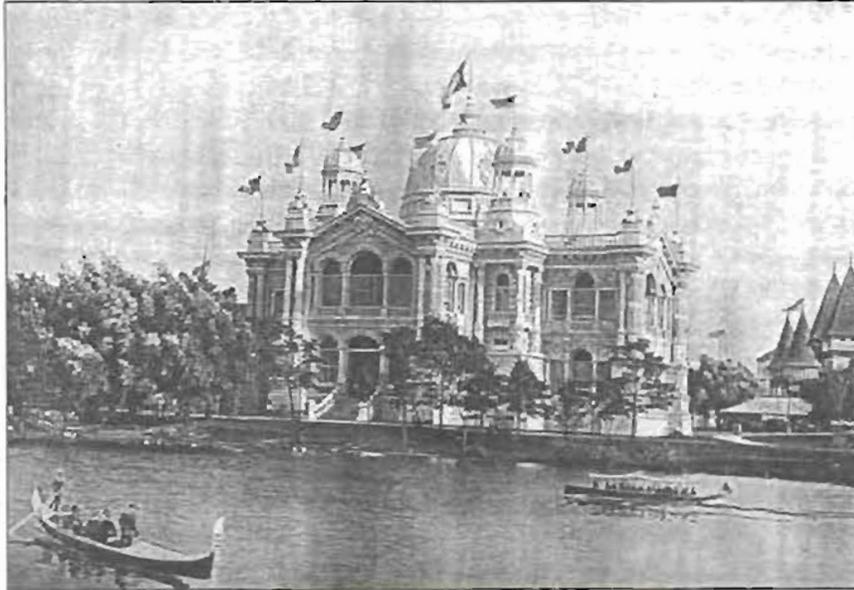


Informal Norteamericano. Porque, en la medida en que estas ferias trataban de representar un mundo en miniatura, los países de la América hispánica o portuguesa quedaban empequeñeci-

dos, reducidos a meros puntos de interés que competían con pagodas japonesas, bazares turcos, mezquitas, pirámides egipcias, beduinos y chozas filipinas. También es necesario tener en cuenta que no todos los países latinoamericanos estaban en condiciones de pagar los gastos que significaba una participación notable o meramente digna en estos eventos. Pero dentro de esta desconcertante y diversa totalidad, dentro de esta inversión en autorrepresentación diferenciada, había un orden de prelación y, también, una lección que aprender. Estas exhibiciones trataban de llevar al público lecciones materiales acerca de la situación relativa de las naciones y de las razas en el doble escenario del progreso y de la civilización y, al hacerlo, ponían a la ciencia y a la tecnología como principales protagonistas. (Una y otra vez, Colón era desplazado de su sitio de honor.)

Como es evidente, los expositores utilizaban dos códigos distintos para la representación de América Latina (la exposición aún era ambigua con respecto a las divisiones dentro del continente). Uno basado en la raza, otro, en los productos; uno evocaba antigüedad y continuidad, otro apuntaba a la integración de las naciones del Sur al mercado mundial. Los artefactos etnológicos y los productos de exportación señalaban el carácter dual y ambivalente de la relación norteamericana con América Latina durante la construcción del imperio informal. Las momias incas y las bolsas de café representaban los dos lados del proyecto expansionista de ese imperio, ambos dispuestos en un inmenso bazar de curiosidades mundiales. Los dos ordenamientos se oponían recíprocamente y no daban mucha cabida a la negociación y el compromiso.¹⁵ La renovación económica prometida por los renglones rentables de exportación, las florecientes ciudades portuarias y la inversión extranjera parecía incompatible con la reproducción y expansión de la cultura indígena. Cada uno correspondía a una forma diferente de articulación o relacionamiento: la conquista de nuevos campos para la inversión norteamericana y la inquietud por la verdadera naturaleza (racial) de América Latina.

Los dos aspectos de la feria se alimentaban con colecciones "reunidas" por medios muy diferentes. La recolección de aves, mamíferos y restos humanos autorizaba una serie de actividades invasoras en los *hinterlands* de América: la caza y disección



Edificio de Brasil en la Exposición Colombina Mundial, Chicago 1893.
Fuente: Hubert Bancroft, *The Book of the Fair*, vol. 2 (1894), pág. 913.

de especímenes, las excavaciones en cementerios, etc. La recolección de bienes, por su parte, era la actividad natural de los empresarios. En líneas generales, los bienes ya eran conocidos por los consumidores y las ferias sólo certificaban su origen nacional, para que los concurrentes pudieran identificar la mercancía (café) con el país (Brasil) y situar a este último en el escalafón del progreso. Los materiales correspondientes a la historia natural, al contrario, eran relativamente novedosos para el público; su acopio servía para reforzar la creencia de que otros países aportaban (de manera voluntaria o no) "pruebas" para la ratificación de teorías generales; su origen nacional carecía de importancia. Las exhibiciones etnológicas vivientes de las ferias mundiales se situaban en un espacio intermedio: por un lado, autorizaban formas de violencia similares a las ejercidas por el explorador y cazador (secuestro de "nativos"); por otro, permitían al público una estrecha cercanía con el otro racial o colonial sin propósitos científicos específicos. El espectador podía acercarse a los "nativos" por el mero placer de observarlos, como si se tratara de una mercancía.

Éstas eran las corrientes ideológicas que impregnaban la producción de representaciones de América Latina antes de la consolidación del Panamericanismo. Las inquietudes suscitadas por el exceso de producción —fruto del capitalismo corporativo y la mecanización intensiva— sugerían a las empresas buscar nuevos mercados y materias primas más baratas en el extranjero. Pero América Latina no era todavía imaginada como un gran mercado ni se la incluía en el sueño del progreso y la civilización. No había ningún elemento latino en la celebración de la civilización urbana y el progreso industrial de la exposición de Chicago. El lugar del continente, por cierto, era limitado: la muestra de cada país no abarcaba más superficie que la de cualquiera de los estados de la Unión. La región tenía, empero, una posición simbólica especial, asociada al pasado de América, a Colón y a la población indígena del continente. América Latina no era la región menos civilizada y más atrasada de la Ciudad Blanca; otros países del mundo ocupaban el lugar de lo exótico y lo incivilizado. La presencia de artículos de exportación, por primitivos que fueran, convertían a los países del subcontinente en un socio entre productores.

Como indica Mauricio Tenorio (1996), estas ferias internacionales constituyeron también espacios donde los países de América Latina fueron forjando, por prueba y error, una identidad nacional o, mejor dicho, un conjunto de imágenes con las cuales los euroamericanos pudiesen reconocerlos. Esto implica una cooperación o confluencia en las artes de representación entre el hegemón-organizador y las periferias invitadas. El intento de exhibirse provino también de los gobiernos y las empresas de la región. Pero esta circunstancia no cambió para nada las temáticas exhibidas ni los principios organizadores de las muestras. Si para Atlanta, en 1896, México construyó una “aldea mexicana” y para Buffalo, 1901, sus arquitectos construyeron un palacio de estilo colonial español, para la muestra de Saint Louis en 1904 el centro fue la antropología: cientos de artefactos de las culturas azteca, tolteca y maya, además de numerosas fotografías de “indios vivos” (Tenorio 1996: 185-188). La visibilidad imperial, entonces, fue lograda con la cooperación y complicidad de los invitados periféricos. Es indudable que el estado Porfiriano utilizó estas ferias para promocionar sus políticas económicas y atraer al capital extranjero (Yaeger, 1977), pero las

muestras antropológicas nos devuelven al terreno del conocimiento: ellas nos indican que la modernidad —tanto desde el punto de vista imperial como desde la perspectiva de los invitados periféricos— requería de la exhibición de una antigüedad precolombina, en cuya búsqueda estuviesen implicados hombres de ciencia norteamericanos, europeos y latinoamericanos.

Sólo mucho después, durante la Exposición Panamá-Pacífico (1915), América del Sur se separó de la América Latina genérica y se la imaginó como un mercado potencialmente grande y una sociedad urbana moderna ya preparada para absorber los bienes de consumo norteamericanos. Su imagen reconstruida contribuyó a articular la ideología del Panamericanismo. Los nuevos términos de la articulación neocolonial (inducción del consumo, asimilación cultural, cooperación internacional) marcaban la necesidad de un orden diferente de representación. Las exposiciones comenzaron a mostrar entonces una mayor diferenciación, que destacaba la modernidad de ciertas zonas y la antigüedad de otras. Los motivos indios siguieron representando a la región en su conjunto, pero otras muestras (en especial de fotografías) reflejaban la inquietud de producir visiones más próximas, realistas y científicas de ella. La ciencia, en particular, aparecía como un modo de representar la autoridad del imperio informal. En la búsqueda de negocios y cultura, de la modernidad y lo antiguo, de restos humanos y trabajo productivo, aparecían los signos polares de la misma expansión del conocimiento productivo y científico al territorio de un continente que acababa de despertar.

NOTAS

¹ Tony Bennett, "The exhibitionary complex", en N. Dirks, G. Eley y S. Ortner (comps.), *Culture/Power/History* (Princeton: Princeton University Press, 1994), pp. 123-154.

² Véase Rosalind Williams, "The dream world of mass consumption", en C. Mukerji y M. Schudson (comps.), *Rethinking Popular Culture* (Berkeley y Los Ángeles: University of California Press, 1991), pp. 198-235.

³ "Procuraban facultar a la gente, en masa y no individualmente, a conocer en vez de ser conocidos, a convertirse en sujetos y no en objetos del conocimiento." T. Bennett, "The exhibitionary complex", *op. cit.*, p. 126.

⁴ La mezcla de objetos —la presencia de muestras etnológicas en las ferias mundiales y la presentación de máquinas en los museos de historia natural— subraya la preocupación de ambas instituciones por dilucidar la relación adecuada entre los dos reinos.

⁵ Véase R. Rydell, 1984: 105-125.

⁶ Véase James Livingston, *Pragmatism and the Political Economy of Cultural Revolution* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1994), capítulo 4, en especial pp. 84-98.

⁷ Hubert H. Bancroft, *The Book of the Fair. An Historical and Descriptive Presentation of the World's Science, Art, and Industry as Viewed Through the Columbian Exposition at Chicago in 1893*, dos volúmenes (Chicago y San Francisco: Bancroft Co., 1893-1895), en especial p. 913.

⁸ "Centennial Exhibition. Philadelphia 1876. Photograph Collection", Free Library of Philadelphia, Department of Print and Picture.

⁹ *Ibid.* El listado de los productos exhibidos en la ocasión puede verse en *Catalogue of the Argentine Republic, International Exhibition, Philadelphia, 1876* (Filadelfia: Lippincott & Co., 1876).

¹⁰ De acuerdo con R. Rydell, la principal lección de la feria era la necesidad de dominar los mercados extranjeros y adquirir las fuentes de recursos naturales de ultramar. Véase Robert W. Rydell, *World of Fairs. The Century-of-Progress Expositions* (Chicago y Londres: University of Chicago Press), 1993, p. 32.

¹¹ Stuart Ewen, *All Consuming Images. The Politics of Style in Contemporary Culture* (Nueva York: Basic Books, 1988), pp. 35-37.

¹² "Usted es parte del espectáculo", recordaban los organizadores de la Exposición Panamericana a sus asistentes. Citado por T. Bennett, "The exhibitionary complex", *op. cit.*, p. 132.

¹³ En su exterior, los edificios se ajustaban a los criterios de belleza propiciados por la cultura elegante; en el interior, la feria estaba organizada como una tienda de departamentos en la que cada país mostraba sus mercancías. Véase Matthew Schneirov, *The Dream of a New Social Order. Popular Magazines in America, 1893-1914* (Nueva York: Columbia University Press, 1994), pp. 162-174.

¹⁴ H. H. Bancroft, *The Book of the Fair...*, *op. cit.*, p. 637. El comisionado británico, otro de los participantes en la sección antropológica, presentaba el complemento de esa muestra congelada de la cultura indígena: "¡Un indio vivo de la Guayana!". *Ibid.*

¹⁵ Con referencia a la Exposición del Centenario de 1876, Tony Bennett sostiene que este despliegue paralelo de mercancías y razas implicaba la traducción de la retórica del progreso a una concepción racista de la evolución y la civilización humanas: "Una taxonomía progresista para la clasificación de bienes y procesos manufactureros se fundía con una concepción teleológica crudamente racista de las relaciones entre pueblos y razas, que culminaba en los logros de las potencias metropolitanas, exhibidos de manera invariable con el mayor de los efectos en los pabellones del país anfitrión". T. Bennett, "The exhibitionary complex", *op. cit.*, p. 146.

Capítulo 3

Textos e imágenes: reproducción



Las ferias mundiales, los museos, las universidades y los lectores fueron los puntos finales—o, si se prefiere, los puntos de ordenamiento y despliegue— de un vasto proceso de producción y circulación de representaciones sobre América del Sur. Este proceso comprendía la recolección de animales, plantas, piedras, momias y artefactos nativos de la región y su posterior clasificación y utilización (exhibición, lectura, investigación) en museos, ferias, bibliotecas y laboratorios científicos de los Estados Unidos. Formaba parte del mismo proceso otra serie de representaciones que permitían la visibilidad o legibilidad de América del Sur (para los norteamericanos): álbumes fotográficos, relatos de viajes, manuales estadísticos, mapas, investigaciones sociológicas, libros sobre política, geografía e historia de las “nuevas repúblicas”. Estos textos e imágenes se presentaban como vehículos de la puesta en escena y visualización —y, por extensión, “acercamiento”— de la región a las expectativas de conocimiento del público lector y de las empresas norteamericanas.

En este capítulo me propongo ilustrar la vastedad y complejidad de esa circulación de representaciones textuales y visuales de América del Sur durante el período 1890-1945. Me interesa, en particular, mostrar los aspectos novedosos que contenían estas representaciones en relación con las que habían predominado hasta entonces. La mera acumulación de representaciones sobre la región a un ritmo sin precedentes, junto con la promesa de una mayor objetividad producto del acercamiento que posibilitaban las nuevas técnicas de investigación y

representación (desde las encuestas de opinión hasta la fotografía), hicieron más visible, transitable e interrogable a Sud-América.

Entre 1900 y 1920 la producción y diseminación de esas representaciones se incrementó tanto cuantitativa como cualitativamente. Esta expansión tuvo relación con las expectativas de creciente intercambio comercial que acompañaron la construcción norteamericana del Canal de Panamá (1904-1914). Numerosos artículos y libros de la época se encargaron de presentar esta "maravilla tecnológica" del ingenio norteamericano, este "sendero abierto entre los océanos" como un nuevo comienzo de época, no sólo porque acortaba las distancias de transporte entre la costa atlántica de los Estados Unidos y las naciones latinoamericanas sobre el Pacífico, sino también porque abría la posibilidad de un acercamiento cultural que posibilitaría en el futuro muy próximo un conocimiento más profundo de Sud-América.

Luego, la Primera Guerra Mundial consolidó aquel "interés" al expandir dramáticamente el intercambio comercial entre los Estados Unidos y Sud-América. La guerra, al suspender los despachos de mercancías desde puertos europeos, creó una ventana de oportunidades para que los consumidores sudamericanos comprobaran las ventajas de los productos de la industria norteamericana.¹ Es decir, se presentaba una oportunidad única, en la cual el efecto espectacular del Canal de Panamá (superioridad tecnológica) podría conectarse con una rápida conquista de mercados para productos y servicios distintivos del modo-de-vida-americano. Esta nueva profusión de bienes e intercambios posibilitaría no sólo la exhibición de la modernidad "americana", sino también crear bases nuevas —interacciones más granulares, miradas más cercanas— sobre las cuales relanzar el proyecto del conocimiento regional.

En 1919, resumiendo la labor de la Unión Panamericana, su director John Barrett apuntaba como su más importante logro el haber conseguido generar interés sobre América Latina en la comunidad de negocios estadounidense. Si antes de su gestión sólo el 20 por ciento de los empresarios interesados en el comercio de exportación buscaban información sobre América Latina, hacia 1919 este porcentaje había crecido al 80 por ciento. Además, el 60 por ciento de los interesados estaban ya preparando

campañas de mercadeo en la región.² Es decir, el comercio había generado una demanda de información sobre la región que justificaba la inversión realizada por la Unión Panamericana en este tipo de capital.

Los especialistas han señalado la existencia de una renovada búsqueda de oportunidades de inversión en el extranjero, en rubros como la minería, el petróleo, la distribución de automóviles, la construcción de caminos y las finanzas durante el apogeo del Panamericanismo.³ Menos conocido es el hecho de que, a lo largo de este período, una serie de intervenciones culturales y comunicativas, tanto privadas como gubernamentales, sirvieron para definir la naturaleza de la nueva articulación neocolonial como una reconfiguración de la vieja "empresa del conocimiento". Entre ellas cabe mencionar las publicaciones de la Unión Panamericana, diversas giras organizadas y financiadas por el *Carnegie Endowment for Peace*, conferencias internacionales en distintos campos de la ciencia, congresos de misioneros protestantes en la región, así como los viajes de reconocimiento de mercados emprendidos por especialistas en publicidad y representantes comerciales. Estas actividades reflejaban un nuevo impulso —surgido simultáneamente del Estado, la ciencia, las empresas y la religión— para salvar la distancia que separaba ambas Américas, una brecha que se concebía en términos de información, desarrollo y cultura.

Una obsesión por el acopio de información acompañó la difusión de las mercancías, las empresas y la experiencia práctica norteamericana en América del Sur. Aunque la empresa comenzó mucho antes (alrededor de la época del *Platt Amendment*), luego de la Primera Guerra Mundial los estadounidenses se embarcaron en un enorme ejercicio de indagación y búsqueda: un esfuerzo masivo de colección de información en el que participaron empresarios, viajeros, editores, geógrafos, economistas e ingenieros.⁴ Buscando información actualizada sobre la población, recursos, instituciones y costumbres de la región (considerada ahora una nueva frontera de la expansión comercial e industrial norteamericana), los nuevos agentes del Imperio Informal Norteamericano comenzaron a acopiar publicaciones oficiales, libros raros, antigüedades, pinturas y grabados, leyes, etc.

Profesores universitarios interesados en construir este nuevo y aún impreciso campo de estudios (en el que se combina-

ban las relaciones exteriores, la historia, el comercio y la geografía) fueron los pioneros en armar las primeras colecciones de libros, folletos y documentos sobre Sud-América. Desde el siglo anterior coleccionistas privados como Hubert Bancroft o John Carter Brown habían amasado, en base a fortunas privadas, impresionantes bibliotecas y archivos sobre la América hispánica. Con el advenimiento de las universidades de investigación, estas colecciones pasaron a poder de aquéllas (Berkeley y Brown en este caso) y, de esta forma, se convirtieron en centros de atracción para los investigadores. En la época de la Exhibición Internacional de Chicago (1893), se encomendó a varios historiadores y escritores recorrer los archivos españoles, especialmente Simancas y Sevilla, para describir los documentos y monumentos con los que podría reconstruirse la epopeya de la Conquista de América. Luego, la Guerra Hispano-Americana (1898) acrecentó el interés en "cosas hispánicas". Así, en la primera década del siglo XX ya se había vuelto una práctica usual entre las principales bibliotecas universitarias el destacar "copiadores" en España para reproducir los archivos coloniales y traerlos a los Estados Unidos.

Por medio de adquisiciones y donaciones, un grupo de bibliotecas llegaron a obtener "tesoros textuales" del período colonial español. Se sabe que Hiram Bingham, durante la expedición de la Universidad de Yale a Perú, adquirió la valiosa colección Pérez de Velazco, una colección que contenía manuscritos coloniales, libros raros (algunos de ellos incunables) y un importante número de libros sobre la historia y la cultura peruanas. En 1924 se fundó la Biblioteca Latinoamericana de la Universidad de Tulane, con una donación importante del presidente de la Cuyamel Fruit Co., una de las principales fruterías operando en Centroamérica (Núñez Falcón, 1994). El proceso de adquisiciones bibliográficas fue continuo y sostenido. En 1937, la Universidad de Texas (que en la década de 1920 había adquirido la colección Genaro García) compró la afamada colección García Icazbalceta, formada originariamente por un historiador mexicano del siglo XIX, con valiosos materiales sobre la historia colonial de México y América Central. De esta manera se formaron importantes "colecciones latinoamericanas" en varios centros universitarios de los Estados Unidos.

En 1934, un informe indicaba que ya había 41 repositorios que coleccionaban documentos y libros sobre la región (Wilgus,

1934). Aunque sólo tres de las bibliotecas tenían más de 50.000 volúmenes (la Biblioteca Bancroft, la Biblioteca Colón de la Unión Panamericana y la Biblioteca de la Sociedad Hispánica), varios centros universitarios habían acumulado colecciones suficientemente especializadas y grandes como para atraer a estudiantes de posgrado. El período colonial sin duda concitó la atención de coleccionistas privados e institucionales. Por ello es que, hacia la década de 1930, varias bibliotecas de los Estados Unidos (incluyendo la División Hispánica de la Biblioteca del Congreso) podían presumir de poseer importantes "maravillas" referidas a la colonización y conquista españolas: códices aztecas y mayas, cartas geográficas, vocabularios y catecismos en idiomas indígenas, y las más importantes crónicas de la conquista. (La atracción que despertó el imperio colonial español, evidente en la composición de estas colecciones especiales, requeriría de por sí un estudio aparte. Tal vez, historiadores y coleccionistas buscaban en aquel viejo imperio las claves para interpretar la nueva posición imperial de los Estados Unidos a principios del siglo XX.)

Pero, también, las bibliotecas adquirieron colecciones de mapas, legislación, estadísticas demográficas y económicas, y una variedad de fuentes con las que entender mejor las realidades de Sud-América. La acumulación de textos fue una de las facetas más notables de la expansión norteamericana en su momento de articulación neocolonial. Las bibliotecas llevaron adelante la tarea de centralizar información sobre la región en ciertos lugares que se volverían emblemáticos de la acumulación de "conocimiento regional" (Tulane, Texas, Berkeley, Harvard, Chicago, Brown, etc.). Y, en la propia Unión Panamericana, los 60.000 volúmenes y 25.000 fotografías depositadas en la Biblioteca Colón (*Columbus Memorial Library*) dan cuenta del esfuerzo en coleccionar materiales así como de la necesidad de ampliar rápidamente la visibilidad del subcontinente.

Pero la acumulación y centralización de textos de por sí no garantizaba visibilidad. Era necesario diseminar este conocimiento "escondido", por así decirlo, en estantes de bibliotecas y "encerrado" entre tapa y contratapa. Esta labor fue facilitada por los bibliógrafos, que produjeron una cantidad creciente de directorios, bibliografías y otras obras de referencia, con el apoyo de sociedades académicas, oficinas del gobierno federal o

fundaciones privadas. La Unión Panamericana publicó en las décadas de 1930 y 1940 numerosas guías bibliográficas dirigidas a lectores de todo tipo: escolares, clubes femeninos, viajeros, académicos, empresarios y autores. Algunos eran preparados para el uso de estudiantes de escuelas primarias y secundarias (*Pan American Topics for High Schools*, 1933; *Children's Books*, 1941). Otros satisfacían la curiosidad del lector académico. Entre 1938 y 1942, la institución logró indexar 288 *journals* latinoamericanos sobre temas económicos (*Economic Subjects*, 1938), 209 *journals* y revistas sobre literatura y cultura (*Literary and Cultural Magazines*, 1940), así como una importante colección de publicaciones jurídicas y legales (*Laws and Legal Information*, 1942). Ya en 1933, la Biblioteca Colón había publicado una guía sobre las tesis doctorales y de maestría que existían sobre América Latina. Y también por entonces, se le encargó a A. Curtis Wilgus la preparación de guías de materiales publicados en inglés en las áreas de historia, geografía y política (Wilgus, 1932-1933).

Desde el comienzo fueron las instituciones creadas para encauzar los destinos del Panamericanismo las que más contribuyeron a hacer Sud-América (en realidad, toda América Latina) "visible" a los lectores y el público norteamericanos. La Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas (IBAR) primero y la Unión Panamericana (PAU) luego fueron pioneras en la tarea de crear una "industria de la información" acerca de la región. Ellas publicaron manuales dedicados a cada país, informes estadísticos, boletines sobre puertos, ciudades y tráfico de mercancías, guías de viajeros y guías comerciales. En sus diez primeros años de vida (1891-1901), el IBAR había publicado, además de su boletín mensual y los informes anuales de su director, 94 libros y folletos sobre la región. Éstos incluían los famosos *handbooks* o manuales de toda la región (*Handbook of the American Republics*, 1891) y de cada país en particular (Brasil y México en 1891, Costa Rica, Guatemala, Colombia, la Argentina y Venezuela en 1892, Paraguay, Nicaragua y Bolivia en 1893, Honduras, El Salvador, Perú, Uruguay en 1894, etc.). Estos manuales eran verdaderos inventarios de los recursos naturales, la población, la producción, las comunicaciones y el comercio de los países de la región, en los que los cuadros estadísticos, los mapas y algunos grabados (ilustrando las actividades produc-

tivas) contribuían a crear una visión sintética y "objetiva" de estos potenciales mercados.⁵ También se publicaron folletos sobre medidas y pesos, patentes y marcas, estadísticas de importaciones y exportaciones, directorios comerciales y de periódicos, guías sobre legislación minera, así como sumarios geográficos de los diferentes países americanos.

Este primer esfuerzo por acopiar información estadística sobre la región (1891-1895) precedió sin duda a la Guerra Hispano-Americana y, por ello, podría pensarse como expresión de un Panamericanismo mercantil aún no contaminado de ambiciones imperiales. Pero esto sería caer una vez más en la trampa de la visión excepcionalista y transitoria del Imperio Americano. Si, en cambio, concebimos al encuentro neocolonial como una empresa de largo plazo destinada a integrar económica y culturalmente a la región en base a los progresos del conocimiento, entonces la "industria de la información" que IBAR contribuyó a crear aparece más comprensible. Sus manuales, folletos y guías no son más que instrumentos de la formación del empresario estadounidense para comprender mejor a América Latina, similares en naturaleza a los cursos rápidos de español comercial. Es decir, son atajos al conocimiento existente en una tierra que se proponía en proceso de redescubrimiento.

Luego, entre los años 1910 y 1919, a un ritmo de cien publicaciones por año, la Unión Panamericana produjo algo parecido a una explosión de la información sobre la región. Su *Boletín*, aunque en blanco y negro, hacía llegar a un conjunto amplio de lectores imágenes y relatos de una Sud-América que, aunque distante, se hacía más cercana (y tal vez comprensible) a través de estas nuevas fuentes.⁶ A través del *Boletín de la Unión Panamericana* (publicado en tres idiomas), el lector podía ver viajes en canoa sobre el lago de Titicaca (Bolivia), estatuas e iglesias en El Salvador, escenas urbanas en Santiago, Río o Buenos Aires, *seringueiros* obteniendo caucho de los bosques amazónicos, agricultores cosechando cereales en las pampas argentinas, campesinos comerciando en aldeas peruanas, etc. Con fotos tomadas por su propio personal o copiadas de algún libro reciente, la revista ponía a disposición del lector imágenes de una Sud-América diferente: productiva e inquietante. Intercalando información estadística con consejos comerciales y noticias so-

bre las actividades económicas de las otras Américas, la revista lograba “acercar” estas imágenes de producción a los lectores estadounidenses.

La diseminación de información, según relata el propio director de la Unión Panamericana, John Barrett, produjo el efecto deseado. Pronto, en el transcurso de la década 1909-1919, la imagen de una “tierra de oportunidades” (al principio, sólo un *slogan* acuñado por Barrett) se volvió más realista.⁷ A medida que las inversiones y el comercio norteamericano en la región se intensificaron, la maquinaria informacional desplegada por la Unión Panamericana comenzó a ser más y más demandada. Si en 1909 la promesa de un amplio mercado hemisférico parecía un sueño descabellado de un grupo de panamericanistas, en la posguerra los negocios efectivamente concretados en Sud-América hacían predecir perspectivas sumamente favorables. Los consejeros de negocios solían poner paños fríos a estas predicciones, sugiriendo que aún había mucho por conocer de las preferencias y de las costumbres de los consumidores de Sud-América. Pero ellos mismos estaban listos a conceder que la conquista definitiva o pérdida de estos mercados dependía exclusivamente de cambios en las estrategias de las empresas norteamericanas.

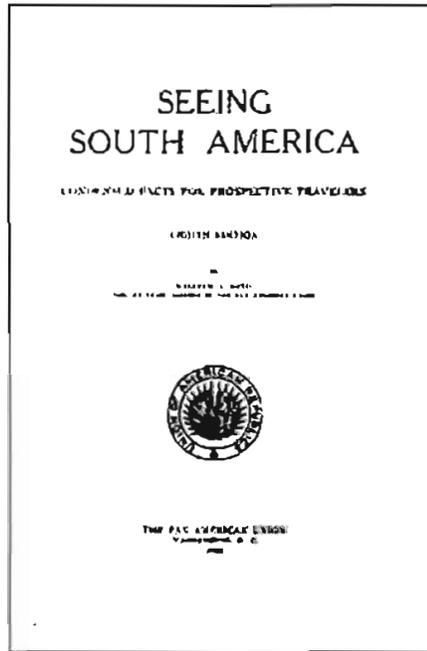
Como es evidente, la Unión Panamericana no estaba sola en esta empresa. Las universidades organizaron colecciones latinoamericanas, y las bibliotecas públicas o los clubes de lectura dictaban cursos sobre América del Sur. También, se sabe que grupos empresarios financiaban giras de exploración y contacto con las naciones y las culturas de la región.⁸ Casi coincidente con el viaje de Hiram Bingham, un grupo de empresarios de Boston visitó el Perú en 1911, interesándose en las oportunidades comerciales y en la cultura de la ciudad de Cuzco. Y las casas editoriales contribuían su parte, apurando la publicación de guías de viaje, cursos de “español comercial”, narrativas de aventuras y obras de historia y geografía.

La colección *Seeing South America*, escrita por William A. Reid, el consejero comercial de la Unión Panamericana, y publicada a precios muy accesibles, resumía la preocupación editorial de esos días: popularizar el conocimiento recientemente adquirido sobre esos territorios y ponerlo al alcance de los estadounidenses comunes y corrientes. Como lo expresaba el subtí-

tulo ("Hechos condensados para prospectivos viajeros"), su objetivo era condensar la heterogeneidad de la región en una serie de imágenes y momentos que la hicieran más comprensible y visible. La fórmula de esta condensación aparecía en los subtítulos de las primeras ediciones de la obra: "Rutas, tarifas, ciudades, climas, maravillas". Es importante apuntar que este tipo de guías promovía al mismo tiempo el turismo y la exploración comercial; alentaba al viajero a soportar las inconveniencias de una región aún no preparada para las demandas de confort del norteamericano de clase media, a cambio de buenas oportunidades de negocios y posibles "descubrimientos" sobre las culturas locales.

Seeing South America, a través de sus múltiples ediciones, fue cumpliendo con la promesa de hacer disponibles *vistas previas* de lo que el viajero podía esperar en cada región de Sud-América. Como toda guía de viajero, este libro contenía información práctica acerca de pasaportes, servicios financieros, líneas de transporte y ropa apropiada para cada clima. Pero, además, las sucesivas reimpressiones y ediciones de la guía fueron registrando el progreso de las comunicaciones y los medios de transporte que hicieron más accesible el territorio interior de Sud-América. En su octava edición (1935), la guía debió incluir un mapa de las nuevas líneas aéreas que recorrían la región, un desarrollo muy reciente que había comenzado con los viajes de Lindbergh (a partir de 1929) y el crecimiento de Pan American Airways.

La prensa contribuyó con esta empresa por medio de artículos que reproducían y modificaban lo que los norteamerica-



Portada de *Seeing South America*, Unión Panamericana (1923).



Charles Lindbergh y Juan Trippe (1929). Lindbergh, pionero de la aviación comercial, a punto de comenzar su prospección de las rutas sudamericanas en sociedad con Juan Trippe, fundador de Pan American Airways.

Fuente: A. Scott Berg, *Lindbergh* (1998), entre págs. 308 y 309.

nos sabían acerca de la región. Los informes periodísticos necesitaban, más que cualquier otro género, simplificar y condensar la gran cantidad de informaciones recogidas sobre América del Sur, en beneficio de sus lectores. El estereotipo (palabra derivada de una "verdadera" máquina de imprimir) y la caricatura que las transmitían fueron al respecto sus mejores herramientas.⁹ John Johnson nos ha enseñado cómo las naciones caribeñas (Cuba en particular) fueron sistemáticamente caricaturizadas en los periódicos como mujeres, niños rebeldes o morenos a efectos de reafirmar el tutelaje norteamericano (Johnson, 1980). Se sabe menos acerca del repertorio de alegorías y estereotipos que marcaron la incorporación simbólica de los "sudamericanos" al espacio de la prensa periódica en los Estados Unidos.¹⁰ Es posible que la importancia de la región en la prensa norteamericana creciera o decayera en reacción a ciertos eventos de las relaciones diplomáticas. Se sabe, por ejemplo, que los viajes del secretario de estado Elihu Root en

1906, del ex presidente Theodore Roosevelt en 1913 y del presidente Herbert Hoover en 1928 provocaron avalanchas de reportajes y noticias sobre la región. La última visita, seguida por un pequeño batallón de periodistas (veinte reporteros y siete fotógrafos), dejó detrás de sí su propio reguero de tinta.¹¹

En algunas ocasiones los corresponsales contribuyeron al mapeo de oportunidades comerciales y de inversión en Sud-América. Éste fue el caso del periodista del *Detroit News*, Karl W. Miller, quien en 1925 publicó un compendio de estas notas que pretendían "abrir los ojos" de los norteamericanos a los logros ya alcanzados. Miller reportó cómo los chilenos veían películas de Hollywood, plantaban frutas al estilo californiano, y construían ciudades con inmigrantes alemanes (Valdivia). En



Mapa de ruta de Panagra Express (1941). La empresa era una subsidiaria de Pan American Airways. Fuente: W. A. Krusen, *Flying The Andes* (1997), pág. 129.

Perú, el conservadurismo no había impedido el progreso en materia de minería, petróleo y mejoramiento urbano. Y Venezuela encaraba un ambicioso plan de construcción de carreteras, mientras que prospectores norteamericanos estudiaban los recursos petroleros de la zona del lago Maracaibo (Miller, 1925).

La fotografía tuvo un impacto aún más vigoroso que los artículos periodísticos. La popularidad de la *National Geographic Magazine* luego de 1905 coincidió con el espacio creciente dedicado a las fotos, y se intensificó en 1910 con la aparición de la fotografía en colores. Las suscripciones treparon de 3.400 a 107.000 ejemplares entre 1905 y 1912, en parte como resultado de esta revolucionaria tecnología.¹² Para crear una imagen vívida en la mente del lector, G. H. Grosvenor, director de la revista, presentaba a los estadounidenses coloridas visiones de ferrocarriles chilenos, *fazendas* cafetaleras brasileñas, las pampas argentinas, nativos patagónicos y ruinas incas del Perú. En 1913, la publicación dedicó todo un número (¡186 páginas, ocho dibujos, dos mapas y 234 fotografías!) al informe de Bingham sobre Machu Picchu.¹³ Fue un número memorable, a través del cual los lectores pudieron situarse imaginariamente en los Andes sudperuanos y contemplar la grandeza de una ciudad ancestral recientemente “descubierta” por su conciudadano.

Aunque más coloridos y por tanto visualmente más efectivos, las imágenes y los textos difundidos por la *National Geographic* sólo eran ligeramente diferentes de los diseminados por la Unión Panamericana a través de su *Boletín* y otras muchas revistas ilustradas y libros. En la posguerra se produjo una definitiva incorporación de la fotografía al discurso narrativo y es posible que, en consonancia con este proceso, un creciente número de fotografías de Sud-América se hicieran disponibles. En la invitación a mirar Sud-América que proponía la guía de W.A. Reid (*Seeing South America*), las imágenes fotográficas fueron un elemento crucial. Allí el lector podía encontrar panoramas esperados (como la bahía de Botafogo y el Pan de Azúcar en Río), pero también ciertas imágenes sorprendentes por su modernidad y diferencia con el relato tradicional. Vistas aéreas de Cuzco, o de la playa de Viña del Mar, o del puerto del Callao probablemente hayan resultado muy novedosas para el típico lector norteamericano —tan novedosas como las vistas de una

escena campestre en las “pampas paraguayas” o de la elegante rambla en Mar del Plata—.

La mayor disponibilidad de imágenes visuales de América del Sur en revistas ilustradas, álbumes fotográficos y relatos de viajes actuó como una versión descentralizada del “complejo exhibicionario” sugerido por Bennett (1994). Los artículos ilustrados eran parte de un proceso de difusión a través del cual se invitaba al lector norteamericano a hacer suya la información recogida por visitantes de tierras lejanas, luego de que ésta hubiera sido organizada, clasificada y significada por la pericia del fotógrafo, el etnógrafo, el diagramador y el redactor. Mientras los artículos periodísticos habituales dependían del despliegue de estereotipos ya vigentes en el marco de referencia del público, las nuevas tecnologías (la fotografía y la reproducción cromática) podían ofrecer, con una apariencia de neutralidad y mayor objetividad, perspectivas novedosas sobre América del Sur.

La fotografía era más apropiada para la tarea de mostrar la híbrida combinación de modernidad y tradición que desconcer-



Pan American Airways en La Paz, Bolivia. Un avión DC-2 de la compañía en el aeropuerto de la ciudad andina, ca. 1940. Nótese el contraste entre el aeroplano y las llamas.

Fuente: W. A. Krusen, *Flying The Andes* (1997), pág. 65.

taba a los visitantes estadounidenses. Más importante aún, ese medio acercó el público lector a las actividades de exploradores y científicos norteamericanos en la región —una parte decisiva de la empresa del conocimiento—. Los lectores de revistas se hicieron así participantes pasivos del proyecto expansionista. En las décadas de 1930 y 1940, la fotografía aérea capturó la imaginación de los reporteros y científicos de los Estados Unidos como una innovación capaz de proporcionar una representación más precisa y sintética de las “realidades” sudamericanas.¹⁴ Desde la distancia podían captarse mejor las escenas de la producción, de la vida urbana, de los mercados campesinos, de las ruinas incas, de lagos y montañas; en suma, de escenas que atraían a los lectores norteamericanos y que tenían la capacidad de “sintetizar” sensaciones e ideas acerca del subcontinente. No en vano los nuevos libros de exploración (ya sea que se trataran de viajeros “vagabundeando por los Andes” o científicos esforzándose por sobrevivir en la selva amazónica) comenzaron a intercalar fotografías.

El volumen en expansión de representaciones visuales y textuales del subcontinente durante la era del Panamericanismo se relacionaba en parte con un renacimiento de las exploraciones científicas. Grandes universidades, a veces en colaboración con la *National Geographic* y la Unión Panamericana, organizaron viajes de investigación a América del Sur en los campos de la antropología, la arqueología, la geografía, la geología y la astronomía. Las nuevas exploraciones (los viajes realizados por H. Bingham en 1909, 1912 y 1914 son tal vez los más conocidos entre todas esas empresas de colaboración) produjeron una enorme cantidad de pruebas visuales para alimentar las prensas. Los informes científicos mantuvieron en general la forma mandada por Wilkes, pero ahora llegaban a una audiencia más amplia gracias al impulso dado por las revistas populares.¹⁵ La inserción de fotografías en los artículos se convirtió en parte del relato de las aventuras de los exploradores norteamericanos.

Otras intervenciones, muy en particular la expansión del cristianismo evangélico y la “filantropía científica”, también ampliaron el volumen de las informaciones sobre los sudamericanos. Mientras trataban de difundir el evangelio social entre presuntos creyentes católicos, los misioneros comprobaron que la información sobre los problemas sociales en América del Sur



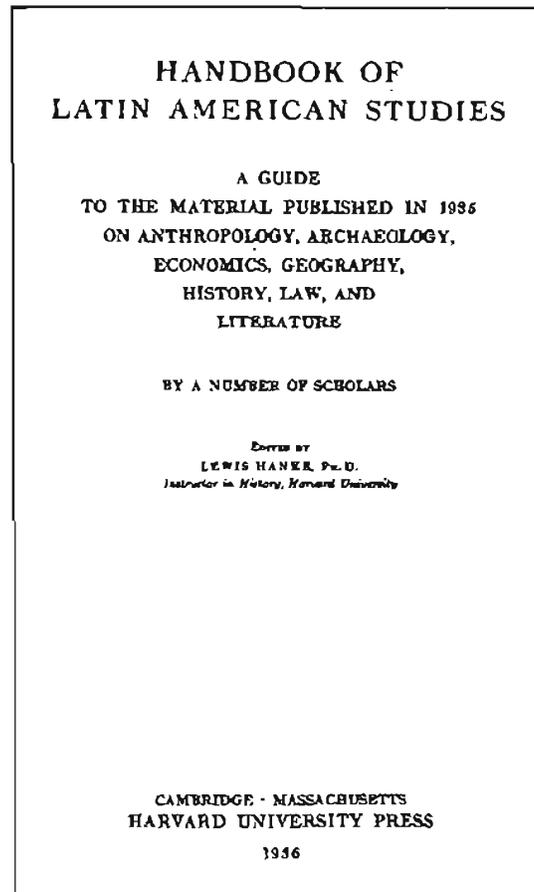
Avión DC-3 de Pan American Airways en Santa Cruz, Bolivia, ca. 1939-1940.
Fuente: W. A. Krusen, *Flying The Andes* (1997), pág. 99.

era escasa. Esto representaba un obstáculo concreto para el trabajo evangélico. Por consiguiente, los misioneros organizaron encuestas sociales (*social surveys*) en las comunidades anfitrionas, encuestas que incorporaban las más modernas técnicas desarrolladas por la sociología. La información recogida de este modo se difundió más adelante por medio de "manuales para misioneros", escuelas para jóvenes y otros medios.¹⁶ Las fundaciones filantrópicas (como Carnegie, Russell Sage y Rockefeller, que surgieron y se consolidaron durante este período) también contribuyeron a la empresa del conocimiento, con el aporte de fondos para exploraciones científicas y publicaciones y para el desarrollo de la cooperación entre científicos y educadores de las dos Américas.¹⁷ Originadas en grandes fortunas empresariales y obligadas a idear soluciones para los males sociales del capitalismo, estas fundaciones comprobaron que América Latina era un campo propicio para extender sus actividades. A través de ellas se canalizaron viajes de expertos médicos, educativos y legales que recogieron nuevas impresiones sobre las "jóvenes repúblicas", contribuyendo aun con otra capa de observaciones y relatos a la empresa de redescubrir Sud-América.

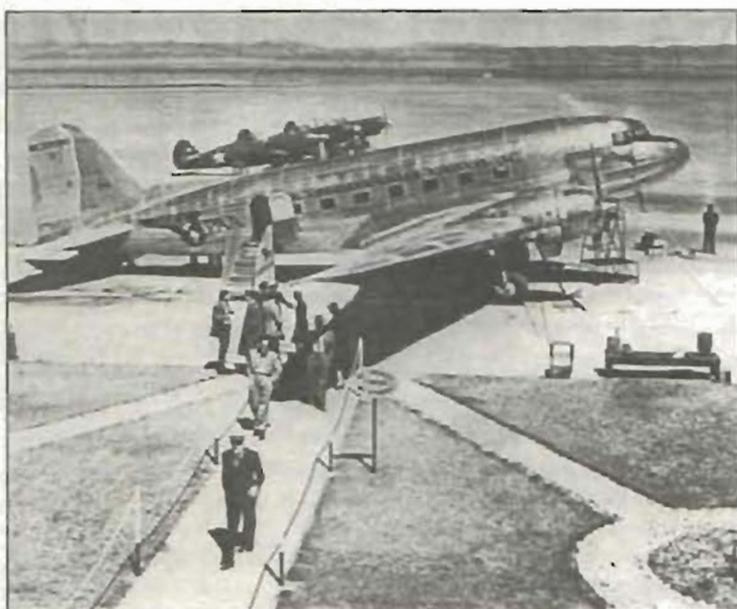
La visualización de Sud-América fue ayudada por el relevamiento de información geográfica muy detallada que

permitió publicar, entre 1920 y 1945, el primer mapa de la región a escala 1:1.000.000. Esta tarea de mapeo fue lanzada en 1920 por la Sociedad Geográfica Americana, bajo el liderazgo de Isaiah Bowman. Éste sería, en la caracterización de los expertos, uno de los más grandes emprendimientos de investigación geográfica encarados por los Estados Unidos, sólo comparable (de acuerdo a V. Fifer) con el mapeo del Oeste americano a partir de los primeros años de la década de 1850.¹⁸ Nuevos manuales de geografía, como los de Bowman (1915), Carpenter (1915), Salisbury (1927) y Whitbeck (1936), entre otros, contribuyeron a brindar visibilidad al subcontinente, familiarizando a los lectores con los accidentes geográficos, con las condiciones climáticas, y las características poblacionales de la región.

Para los académicos y estudiosos, la visibilidad de la región aumentó exponencialmente con la publicación del *Handbook of Latin American Studies*, a partir de 1936. Esta iniciativa, cofinanciada por la Sociedad Hispánica y *Harvard University Press*, fue dirigida por Lewis Hanke, el historiador que contribuyó más a poner en duda la "leyenda negra" de la colonización española. El



Manual de Estudios Latinoamericanos (1936), compilado y editado por Lewis Hanke.



Avión DC-3 de *Panagra Express* en La Paz, Bolivia, en los primeros años de la década del 40.

Fuente: W. A. Krusen, *Flying The Andes* (1997), pág. 92.

handbook pronto se convirtió en la referencia bibliográfica más utilizada por los académicos que investigaban sobre América Latina, contribuyendo de manera crucial a la difusión de los estudios latinoamericanos.

¿Cómo se organizaban estas representaciones textuales y visuales de América del Sur? ¿Había algún ordenamiento que regulara su producción y circulación? ¿O más bien cada campo de interés (empresarial, científico, religioso, publicista, filantrópico) tenía su propio sistema de reglas y prácticas discursivas? Es en extremo difícil concebir el arreglo o sistema que regulaban estos componentes cualitativamente diferentes de la empresa del conocimiento. Sabemos, sin embargo, que la circulación de representaciones implicó una diversidad de intervenciones o prácticas, disciplinas, medios e instituciones. Hemos visto que ciertas tecnologías representacionales (como la fotografía y las encuestas sociales) modificaron la naturaleza de las visiones que circulaban sobre la región. Y también que ciertas prácticas institucionales (las exploraciones organizadas por las grandes uni-

versidades, el programa de publicaciones de la Unión Panamericana, las giras de buena voluntad del *Carnegie Endowment*, la financiación de las nuevas iniciativas cartográficas por la *National Geographic*) desempeñaron un papel importante en el incremento de la disponibilidad de representaciones. Aunque sólo pudimos desarrollar los aspectos más notables de esta maquinaria representacional, lo visto permite imaginar la vastedad y complejidad de estas intervenciones. El Imperio Informal Norteamericano fue, además de un discurso sobre la posición y el poder de "América" (Estados Unidos) en las Américas, una impresionante industria de la información, un masivo esfuerzo de coleccionar evidencia de todo tipo sobre la región, y la recurrente pulsión por "redescubrir" y tornar "visibles" las nuevas realidades de las repúblicas sudamericanas.

NOTAS

¹ Ciertamente, el crecimiento del comercio con Sud-América durante la Primera Guerra había sido muy sustancial. El comercio de los Estados Unidos con Chile creció 376%, con Bolivia 300%, con la Argentina 240%, con Perú 220%, con Uruguay 215%, con Paraguay 208%, con Colombia 60%, con Venezuela 40% y con Brasil 20%.

² J. Barrett, "Practical Pan Americanism," in *Pan-American Commerce. Past-Present-Future* (Washington: Pan American Union, 1919), p. 390.

³ Sobre las inversiones estadounidenses en este periodo, véanse: Mira Wilkins, "Multinational oil companies in South America in the 1920s: Argentina, Bolivia, Brazil, Chile, Colombia, Ecuador, and Perú", *Business History Review*, 48(3), otoño de 1974, pp. 413-446, y *The Maturing of Multinational Enterprise: American Business Abroad from 1914 to 1970* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1974); Josh DeWind, *Peasants Become Miners: The Evolution of Industrial Mining Systems in Perú, 1902-1974* (Nueva York y Londres: Garland, 1987); Dan La Botz, Edward L. Doheny: *Petroleum, Power, and Politics in the United States and Mexico* (Nueva York: Praeger, 1991); Gilbert M. Joseph, *Revolution from Without. Yucatán, México and the United States, 1880-1924* (Durham: Duke University Press, 1988), en especial el capítulo 2 [traducción castellana: *Revolución desde afuera: Yucatán, México y los Estados Unidos, 1880-1924* (México: Fondo de Cultura Económica, 1992)], y Emily S. Rosenberg, *World War I and the Growth of the United States Predominance in Latin America* (Nueva York y Londres: Garland, 1987).

⁴ J. V. Fifer, *United States Perceptions...*, *op. cit.*, p. 5; véanse también los capítulos 1 y 4.

⁵ Véase, por ejemplo, el primero de estos manuales: *Hand Book of the American Republics* (Washington: Bureau of the American Republics, 1891).

⁶ Fifer, *United States' Perceptions of Latin America*, capítulo 4, en especial pp. 153-155.

⁷ Desde 1909, John Barrett había venido promoviendo la idea de que Sud-América, un continente con 70 millones de potenciales consumidores, era la tierra prometida de los industriales norteamericanos. En cierta medida, la solución esperada para los problemas de sobreproducción que muchos sectores industriales decían confrontar. Véase Barrett, 1909.

⁸ Entre estas listas de lecturas pueden mencionarse *A Selected List of the Commercial Relations of South America Principally with the United States* (Boston: Public Library of Boston, 1918), y Corine Bacon, *South America. Topical Outlines for Twenty Club Meetings with Bibliography* (White Plains, NY: H. W. Wilson, 1917).

⁹ Sobre la influencia de la prensa en la configuración de las concepciones estadounidenses sobre América Latina, véase Sarah E. Sharbach, *Stereotypes of Latin America. Press Images, and U.S. Foreign Policy, 1920-1933* (Nueva York y Londres: Garland, 1993). Conclusiones similares se presentan en John Johnson, *Latin America in Caricature* (Austin: Texas University Press, 1980), y su más reciente *A Hemisphere Apart* (Baltimore: Johns Hopkins Press, 1990).

¹⁰ La crítica del periodista e historiador cristiano Samuel Guy Inman al imperialismo implícito de la política panamericanista de los Estados Unidos fue mal recibida por el resto del periodismo, que siguió considerando a algunos países de Sud-América (Paraguay y Bolivia) como "niños de mal comportamiento" en necesidad de tutela (Sharbach, 1993). Lo mismo le ocurrió al periodismo social y comprometido de Carleton Beals (Britton, 1987).

¹¹ Véase S. Sharbach, *Stereotypes of Latin America, Press Images, and U.S. Foreign Policy, 1920-1933*, capítulo 7.

¹² J. V. Fifer, *United States Perceptions...*, *op. cit.*, pp. 161-162.

¹³ C. D. B. Bryan, *The National Geographic Society. 100 años de aventuras y descubrimientos* (Barcelona: Folio, 1993), p. 151.

¹⁴ En *The Face of South America* (Nueva York: American Geographical Society, 1942), John L. Rich utilizó la nueva técnica de las fotografías aéreas para mostrar una representación más exacta de América del Sur. Las imágenes, tomadas desde muy lejos, prometían al espectador "una impresión más clara" que la brindada por los fotógrafos en tierra. Con la ayuda de la National Geographical Society (y gracias al uso del nuevo mapa en escala 1:1.000.000 elaborado por esa institución), Rich esperaba que sus imágenes pusieran en tela de juicio la visión de América del Sur como la "tierra de las oportunidades" que presentaban otros viajeros (y el Departamento de Estado de los Estados Unidos).

¹⁵ El éxito de revistas como *Cosmopolitan* y *McClure* —líderes de la "revolución de las revistas" de la década de 1890— se debió en gran parte al uso de fotograbados para ilustrar artículos de política, descubrimientos científicos y viajes. Véase M. Schneirov, *The Dream of a New Social Order...*, *op. cit.*, capítulo 2.

¹⁶ Robert Speer *et al.*, *Christian Work in South America*, vol. 2 (Nueva York: F. H. Revell, 1926).

¹⁷ Véase Robert Arnove (comp.), *Philanthropy and Cultural Imperialism* (Boston: G. K. Hall, 1980). En el período posterior a 1945, las fundaciones lograron establecer la agenda de problemas latinoamericanos que debían discu-

tirse, así como definir los límites de nuevos campos de investigación (ciencias sociales, teoría del desarrollo y estudios en el área de los asuntos exteriores) que autorizaban nuevas intervenciones expertas en la región. Cf. Edward H. Berman, *The Ideology of Philanthropy* (Albany: State University of New York Press, 1983), pp. 99-125.

¹⁸ J. V. Fifer, *United States Perceptions of Latin America* (1991), pp. 159-160.

Capítulo 4

Comerciantes, exploraciones, conocimiento



Aunque el objetivo primario de la expedición es la promoción de los grandes intereses del comercio y la navegación, usted deberá aprovechar todas las oportunidades, no incompatibles con las grandes finalidades de su empresa, de ampliar las fronteras de la ciencia y propiciar la adquisición de conocimiento.¹

Las instrucciones del gobierno federal a Charles Wilkes, jefe de la expedición exploratoria de 1838-1842, remiten a una intersección o punto de cruce entre intereses mercantiles y científicos. En este capítulo me pregunto sobre los orígenes de este impulso y convergencia. En particular, trato de establecer algunas de las relaciones entre comerciantes, exploraciones y conocimiento, en un período de rápida expansión del comercio estadounidense de ultramar: hacia mediados del siglo XIX. Fue en este período cuando se construyó la figura del “buen comerciante”, una figura que condensaba una serie de ansiedades culturales proyectadas por las comunidades mercantiles de la costa nordeste. Esto coincidió con el lanzamiento de varias expediciones exploratorias organizadas por el gobierno federal con el apoyo y la promoción de las asociaciones mercantiles. La primera de ellas y la más ambiciosa fue la Expedición Exploratoria Wilkes (1838-1842), que recorrió el Pacífico de norte a sur, en búsqueda de nuevos descubrimientos geográficos y de cartas

de navegación para los veleros balleneros. La expedición recorrió y estudió numerosas islas del Pacífico, hizo el primer relevamiento de una parte de la costa antártica (*Wilkes Land*) y prospeccionó los territorios de California y Oregon, antes de que éstos se volvieran territorios de los Estados Unidos. Unos años más tarde, la Marina norteamericana encargó al teniente James M. Gillis el relevamiento de la región central y norte de Chile, como parte de la Expedición Astronómica Naval al hemisferio sur (1849-1852). A ésta le siguió la Expedición Naval a la Cuenca del Amazonas (1851-1852) comandada por los tenientes William Herndon y Lardner Gibbon para descubrir la navegabilidad del río Amazonas y sus tributarios y el potencial económico de la región. Casi inmediata a ésta se ordenó la Exploración y Relevamiento del río de la Plata, llevada a cabo por el teniente Thomas Jefferson Page entre 1853 y 1855.²

¿Fueron estas expediciones científicas el reflejo o la expresión de una determinada cultura mercantil? ¿Qué relación tenía el conocimiento más general del mundo y sus culturas con los imperativos del comercio? ¿Cómo respondieron los emprendedores privados y el estado federal al llamado del conocimiento? ¿Existen algunos rasgos de las culturas mercantiles del nordeste norteamericano de mediados del siglo XIX que sirvan para explicar la importancia atribuida al conocimiento en el período siguiente?

La cultura mercantil y el conocimiento útil

Los primeros relatos de viajes por América del Sur escritos por norteamericanos trataban de sancionar una misión y un carácter atribuidos a los comerciantes por la cultura de las comunidades letradas del nordeste.³ Las asociaciones de bibliotecas mercantiles y otras instituciones del nordeste como el *Boston Atheneum* y la *YMCA* trataban de inculcar en los comerciantes jóvenes el hábito de la lectura, la práctica de la oratoria y la asistencia a charlas educativas. Indirectamente, trataban también de familiarizar a estos jóvenes comerciantes con los problemas de la reforma social y moral, así como con las cuestiones de la ciencia. Por intermedio de conferencias y lecturas edificantes, estas instituciones construyeron la figura del "buen comerciante",

una concepción prescriptiva que vinculaba los negocios, la benevolencia y el "conocimiento útil".

Interesados en preparar a los jóvenes comerciantes para el nuevo mundo competitivo y ampliado del comercio en el período posterior a la guerra de 1812-1814, así como para enfrentar los peligros morales planteados por el crecimiento de las ciudades, autores y conferencistas se esforzaban por definir tanto el "carácter" como la "misión mercantil". Para ellos, una infusión de "cultura" (entendida como familiaridad con la literatura, las artes y la ciencia) debía fortalecer los valores del buen comerciante; es decir, la hombría, el afán adquisitivo y la caridad cristiana, que ya formaban parte de la representación del comercio en el período colonial, la era de los "príncipes mercaderes". Así, la búsqueda del conocimiento se convirtió en un elemento definitorio del buen comerciante, un posicionamiento moral y social, marcado por su acceso diferencial a los bienes de la alta cultura. Los conferencistas que se dirigían a estas audiencias invitaban a los jóvenes mercaderes a acompañar su interés por el lucro mercantil con una actitud a favor de la reforma social y a dedicar una parte creciente de su tiempo de ocio a la búsqueda del conocimiento.

La participación de los comerciantes en el conocimiento incluía una familiaridad general con la ciencia, la literatura y las artes y una responsabilidad personal en la construcción de un tipo más especializado de conocimiento.⁴ Este último, a veces mencionado como "conocimiento útil" o "conocimiento mercantil", era la parte que los comerciantes supuestamente debían generar como un subproducto de sus actividades pecuniarias, y comprendía los aspectos técnicos de la profesión comercial, información sobre las condiciones sociales y políticas de los países extranjeros, familiaridad con los "hábitos y usos" de otros pueblos y "todos los hechos y principios que rigen el intercambio con las naciones y los individuos".⁵

Según la expectativa de la comunidad mercantil, el comerciante debía ser un etnógrafo aficionado, un filántropo y un reformador social. El "buen mercader" era un "lector saludable" y un "buen erudito", una persona que en sus numerosos viajes podía recoger informaciones sobre el mundo y utilizarlas para educar a sus compatriotas. Privilegiados con medios para darse una educación, los comerciantes tenían la responsabilidad de

preservar los principios democráticos e ilustrados de Nueva Inglaterra.⁶ A juicio de D. H. Haskell (1848), los comerciantes compartían la tradición intelectual de la región, en particular su inclinación republicana, y por lo tanto eran los observadores mejor calificados para ponderar las posibilidades del gobierno republicano en el mundo "exterior".⁷ "El trabajo libre, el libre pensamiento y las escuelas libres son la sagrada trinidad que [Nueva Inglaterra] ha reverenciado." Su gran influencia en la sociedad y sus aptitudes literarias los hacían particularmente responsables de comprender "el mundo"—sus regularidades, diversidad, tendencias y posibilidades—. Para ello, debían acumular el mejor de todos los tesoros: el conocimiento.

Este argumento resonaba con intensidad en toda la cultura. Para Ralph Waldo Emerson (1833), su diario era como una caja de ahorros, una bóveda en la que un individuo podía depositar los descubrimientos sobre sí mismo y sobre el mundo que lo rodeaba. El conocimiento, concebido como un proceso de acumulación social, requería los aportes de todos los norteamericanos instruidos, en particular aquellos observadores desapasionados e imparciales. En un momento en que el proyecto de la "civilización" aún estaba incompleto y la política del país se había convertido en "violencia del populacho,"⁸ los comerciantes, como ciudadanos privilegiados en materia de educación, riqueza y experiencia de mundo, estaban especialmente capacitados para realizar las "inversiones" necesarias a la acumulación de conocimientos. Para Emerson, el comerciante prudente era aquel que ahorraba para invertir en trabajo productivo y también quien acumulaba energías para invertir las en "planos más elevados": el conocimiento de su persona y de su mundo.⁹

El mismo discurso que elevaba al comerciante al nivel de un buscador de la verdad también impugnaba el proyecto de colonización y anexión territorial. Si la aventura del corsario Walker en Nicaragua, el informe de Gibbon y Herndon sobre su expedición al Amazonas y la guerra con México por Texas y California hablaban el lenguaje del Destino Manifiesto, la comunidad mercantil del nordeste rechazaba el proyecto del imperio formal como algo contrario a la ética del trabajo, la armonía social y la frugalidad.¹⁰ Para Horace Bushnell, la expansión de Norteamérica por el mundo no debía apelar a las energías indomables de los incultos —por lo común investi-

das en aventuras de conquista y saqueo—, sino a la pacífica búsqueda de los letrados: el cultivo de la mente y del alma.¹¹ La búsqueda del “conocimiento útil” debía acompañar las travesías de cada comerciante por el extranjero. Como otras causas humanitarias en las que participaron los comerciantes, la búsqueda del conocimiento no podía limitarse a los estrechos contornos de la nación. El Destino Manifiesto, dijo D. H. Haskell a un público de hombres del comercio en 1848, era una mezquina doctrina, más apta para los hijos de los pobres que veían su horizonte en los territorios del Oeste que para los comerciantes, cuya mirada se extendía al mundo en general.¹² Para el comerciante, el reino de la experiencia era el mercado mundial y, en consecuencia, tal era el territorio natural de su investigación y narración etnográficas.

Una serie de prácticas, como los viajes, el intercambio, la escritura y la recolección de datos etnográficos e información comercial, formaban parte de la misión impuesta al comerciante. Antes de que la revolución industrial y la de los transportes dieran a los bienes norteamericanos una ventaja comparativa, la comunidad mercantil centraba sus expectativas de competencia justa en el mercado mundial en las habilidades superiores de los comerciantes para recoger información. Tarde o temprano, se creía, su participación en la empresa del conocimiento daría una ventaja competitiva a los textiles, la madera, el calzado y la harina de los Estados Unidos en los mercados extranjeros. En la práctica, los factores que contribuyeron a la expansión del comercio estadounidense en América del Sur antes de 1870 fueron la creciente eficiencia de los veleros rápidos (el *clíper* yanqui), el descubrimiento de oro en California y la liberalización del comercio en las antiguas colonias españolas y portuguesas. Sin embargo, lo que transformó a América del Sur en un objeto de la empresa del conocimiento fue la concepción de las actividades mercantiles en el exterior como productoras de representaciones. Sobre ellas recaía la responsabilidad de sacar a la luz nuevos países y mercados a través de estadísticas comerciales, etnografías, relatos de aventuras e imágenes.

Exploraciones científicas, museos y conocimiento general

Alrededor de 1850 se desató en los Estados Unidos el furor por explorar el mundo circundante (por esa época, el Oeste aún era en gran parte un territorio extranjero). J. G. Kohl escribió:

“Año tras año, las expediciones de exploración llevadas a cabo por funcionarios gubernamentales, compañías ferroviarias y viajeros privados se extienden cada vez más hacia el oeste, el sur, el norte. En los últimos años los norteamericanos han ido donde nunca lo habían hecho antes: las cercanías del Polo Norte, y al mismo tiempo han explorado y vuelto a explorar Chile, la Patagonia y los mares antárticos. El gran valle del Amazonas se ha convertido en un derrotero muy en boga para la iniciativa estadounidense, y las entrañas del Pacífico han sido escudriñadas en todas las direcciones”.¹³

Varias expediciones financiadas por el gobierno, comandadas por la Marina y provistas de personal o apoyo técnico por la *Smithsonian Institution* fueron precursoras en una búsqueda de especímenes de historia natural y datos atmosféricos, topográficos y de navegación. Buques cargados con equipos científicos, hombres de ciencia (zoólogos, botánicos, ictiólogos, etnólogos, etc.) y técnicos (bocetistas y taxidermistas) se dirigieron a China, África occidental, al estrecho de Bering, al istmo del Darién y a América del Sur (Chile, el río Paraná, el Amazonas, las pampas argentinas), mientras que una gran cantidad de exploradores militares, ingenieros y naturalistas marchaban por tierra hacia el oeste y el sur, inspeccionando las áreas recién ganadas a México o el territorio del futuro ferrocarril del Pacífico.¹⁴

Diez años después de que John L. O’Sullivan acuñara la expresión “Destino Manifiesto”, Estados Unidos parecía embarcado en una doble expansión: la ocupación territorial del oeste y el sur y la exploración científica del mundo circundante. La primera era alimentada por el crecimiento demográfico y la búsqueda de tierras; la segunda, por las necesidades del conocimiento científico. En realidad, como indica el epígrafe que abre este capítulo, resulta un tanto arbitrario separar los intereses de la ciencia de aquellos de la expansión comercial. Y lo mismo podría decirse de la oposición entre expansión hacia el oeste y

expansión hacia el resto del mundo. Las expediciones al Amazonas, al Río de la Plata y a Chile —lo mismo que la Expedición Exploratoria de Wilkes— fueron contemporáneas a las exploraciones y *surveys* realizadas hacia el oeste del Mississippi con el objetivo expreso de extender las líneas ferroviarias. Y sabemos que algunos de los miembros de la expedición de Wilkes habían ganado experiencia en estos relevamientos ferroviarios del Oeste.¹⁵

Si bien podría sostenerse que algunas de esas expediciones (sobre todo las enviadas al Amazonas y América Central)¹⁶ abrían una puerta a ulteriores incursiones territoriales, en general tanto éstas como las exploraciones que se dirigieron a la Antártida, a Ore-

gon, o a las islas Fiji, perseguían un producto de otro tipo: la recolección de pruebas con las cuales los hombres de ciencia norteamericanos pudieran luego elaborar teorías y principios generales sobre el orden natural del mundo.¹⁷ Los regentes de la *Smithsonian*, una institución de primera magnitud en la promoción de la ciencia en el país, creían que el mundo circundante no era diferente del resto del territorio estadounidense (conquistado o no). Todos los puntos geográficos del planeta eran lugares apropiados para la recolección de información (piezas de interés etnográfico o arqueológico, especímenes, diarios, mediciones), susceptibles de utilizarse luego como evidencia para convalidar proposiciones de la “ciencia material”. Elaborar los principios capaces de reconstruir el “tejido de la



Almirante Charles Wilkes. Retrato. Wilkes fue jefe de la Expedición Exploradora de Estados Unidos, 1838-1842.

Fuente: N. Philbrick, *Sea of Glory* (2003), pág. 323.

US Naval Historical Center

naturaleza" exigía la construcción del mundo como un gran campo de observación y experimentación.

Joseph Henry, al presentar en 1849 el plan de actividades de la *Smithsonian Institution* para "el incremento y la difusión del conocimiento", aclaraba que la ciencia no era un territorio para el nacionalismo; los descubrimientos se hacían para "todos los hombres", cualquiera fuera su nacionalidad.¹⁸ Esta vocación internacionalista, que autorizaba la realización de exploraciones científicas en todo el mundo chocaba con la doctrina del Destino Manifiesto, sólo interesada en la ocupación de una pequeña parte del planeta (el Oeste "norteamericano"). Claramente, la *Smithsonian* defendía la búsqueda de un conocimiento general y al mismo tiempo útil. El plan de actividades incluía la publicación de informes científicos en la colección *Contributions to Knowledge*, el respaldo de investigaciones originales, el montaje de grandes colecciones de objetos y obras artísticas y la difusión de los progresos de la ciencia entre el público. La admisión de informes y trabajos científicos para su publicación estaba condicionada al respeto del método empírico para la validación de hipótesis; la institución no publicaba artículos basados en la mera razón lógica o hechos interesantes pero inconexos.¹⁹

La Expedición Exploratoria de Wilkes (1838-1842),²⁰ por ser la primera de estas iniciativas internacionales, fijó un modelo para futuras expediciones al establecer las prácticas que definían la misión científica norteamericana en el extranjero: la escritura de informes, la realización de mediciones, la recolección de especímenes de historia natural, el interés por el lenguaje y las costumbres de los "nativos".²¹ La redacción de diarios (*journals*) o informes día a día era crucial para el proyecto etnográfico puesto bajo el mando del teniente Wilkes; los miembros de la expedición tenían instrucciones de describir diariamente "todos los objetos de interés", por pequeños que fueran, que más adelante pudieran utilizarse como evidencia. Los científicos, en especial, debían informar de las observaciones relacionadas con "los hábitos, los usos, las costumbres, etc., de los nativos".²² El teniente Wilkes debía revisar los diarios y, al regreso de la expedición, entregarlos al gobierno. La observación y la representación exacta de lo observado también eran actividades esenciales de la expedición.

Desde paisajes hasta accidentes geográficos, desde tipos indígenas hasta aves y reptiles, todo lo que pudiera representarse debía preservarse en forma de bocetos, grabados o acuarelas. El naturalista Titian R. Peale, reclutado por sus habilidades como coleccionista, taxidermista y bocetista, llevaba consigo una *camera lucida* para desempeñar mejor su tarea.²³ En una expedición anterior a territorio indio había aprendido a bocetar sujetos en movimiento (norteamericanos nativos) sin arriesgar la vida, y se había obligado a anotar brevemente todos los hechos y rasgos inusuales que observara, para poder reconstruir luego los paisajes y pueblos visitados.²⁴ Así, la expedición adaptó las formas representacionales existentes (el relato de viajes, la pintura paisajística, el grabado, el boceto) a la labor científica.

Además de observar y escribir informes, los nueve científicos integrantes de la expedición²⁵ compartían una tarea similar: recoger especímenes de historia natural que luego se entregarían a varios museos de los Estados Unidos. El grupo reunió más de seis mil doscientas especies de animales (incluyendo peces, reptiles, crustáceos, insectos, moluscos, zoófitos y corales), más de diez mil plantas vivas y un herbario de unos cincuenta mil ejemplares.²⁶ Esta colección era parte de una iniciativa mayor de evaluar, clasificar y ordenar los tipos de "vida natural" en el subcontinente. Ella era el resultado de una forma particular de emprender la investigación científica: acumular pruebas, clasificarlas en grupos de acuerdo a categorías y desplegarlas luego ordenadamente en museos, con fines de validación y de divulgación. Es decir, era una colección que respondía al proyecto del conocimiento comprensivo.

Presentada como totalmente compatible con las necesidades del comercio y la navegación —como lo muestran las instrucciones dadas en 1838 al teniente Wilkes—, la expedición, más allá de la directiva de estudiar ciertas corrientes marítimas, dejó a sus miembros amplia libertad para escoger la información relevante de los territorios visitados. La decisión sobre lo que debía considerarse importante o válido quedaba en manos de los viajeros científicos. La diversidad de temas de sus informes muestra la vastedad del proyecto imaginado. Al cabo de pocos años, cada uno de los científicos publicó, bajo los auspicios de la Biblioteca del Congreso, un informe de la expedición,

en el que destacaba sus propios aportes al proyecto del conocimiento generalizado. Horatio Hale había recogido y examinado el vocabulario de las lenguas nativas, Charles Pickering traía datos etnográfico-raciales, y William Brackenridge había coleccionado plantas (luego clasificadas por Asa Gray), mientras que otros miembros de la expedición habían llevado a los Estados Unidos minerales y crustáceos (J. D. Dana), moluscos y conchas (A. A. Gould y J. Couthouy), aves, mamíferos y reptiles (S. F. Baird y J. Cassin).²⁷

Más que meras colecciones ilustradas, esos informes presentaban imponentes sistemas clasificatorios que abarcaban todas las grandes jurisdicciones (órdenes o reinos) del orden natural. Su campo de observación era global, lo mismo que sus ambiciones de decodificar la naturaleza.²⁸ Esta inmensa tarea implicaba el intento de reducir la alarmante diversidad del objeto estudiado a un número manejable de clases o tipos. En *The Races of Men* (1848), Charles Pickering se afanó por condensar en cuatro colores (blanco, pardo, pardo negruzco y negro) y once tipos raciales (árabe, abisinio, mongólico, hotentote, malayo, papú, negrillo, indio, etíope, australiano y negro) la "pasmosa variedad de apariencias" de las poblaciones que visitó.²⁹ Su obsesión por elaborar un único sistema clasificatorio global chocaba con mediciones y categorías imperfectas (la "tez" y los "rasgos" no eran fáciles de clasificar). Esto, agregado a las dificultades de la observación, generaba a Pickering muchas inquietudes con respecto a los resultados finales de la investigación.³⁰

De manera similar, el filólogo Horatio Hale quiso reducir la diversidad de las culturas nativas a un esquema clasificatorio común, centrado y ordenado por el lenguaje.³¹ Encontró que los habitantes de las diferentes (y distantes) islas del Pacífico hablaban variedades de un mismo lenguaje.³² Su informe *Ethnography and Philology* (1846) fue precursor de un enfoque que más adelante se convertiría en un paradigma para la comprensión de los grupos culturales, el fundamento metodológico de la moderna antropología Boasiana.³³ En el mismo sentido, las colecciones de crustáceos y fósiles reunidas por el geólogo James D. Dana permitían plantear importantes paralelos de evolución entre el Atlántico y el Pacífico que luego servirían para apoyar la teoría de Darwin. Mientras tanto, sus observaciones sobre islas de co-

rales y volcanes acercaban valiosos datos a teorías generales sobre la evolución de la Tierra.

De regreso en los Estados Unidos, las colecciones se destinaron a dos objetivos y audiencias: convalidar las generalizaciones o nuevas observaciones hechas por los científicos e instruir al público sobre la diversidad y el orden del mundo. La colección reunida por la Expedición Exploratoria Wilkes fue sin duda impresionante, tanto en su volumen como por su interés científico. Contenía 4.000 piezas etnográficas, 50.000 especímenes botánicos (de unas 10.000 especies), 2.150 pájaros, 134 mamíferos y 588 especies de peces, además de 1.000 especies de crustáceos y cientos de frascos conteniendo insectos y reptiles. Wilkes consiguió lugar para exhibir esta colección en el edificio de la Oficina de Patentes (la exhibición se abrió al público en 1846), hasta que la misma fue donada al *Smithsonian* en 1856-1858. La muestra fue muy exitosa: más de cien mil personas la vieron durante la década en que estuvo expuesta en la Oficina de Patentes.³⁴

Los museos alimentaban la curiosidad general del público por las tierras y los pueblos extraños, a la vez que servían como herramientas educativas en manos de curadores, sociedades científicas y universidades. Actuaban como una "cámara compensadora" de teorías y descubrimientos etnológicos, exhibiendo los restos de "culturas" saqueadas por científicos y coleccionistas aficionados dentro del orden lineal de la "evolución natural" —el paso del "salvajismo" a la "civilización"—. Los museos eran depósitos de elementos probatorios de las costumbres, el gobierno y la "cultura" de los pueblos que constituían el objeto de estudio de la etnología.³⁵ En esa medida, eran una parte importante de la circulación mimética de imágenes, artefactos e impresiones recogidas en América del Sur, y mostraban a las multitudes norteamericanas una representación visual de los "nativos", su medio ambiente y sus "culturas".³⁶ La clave del éxito público de un museo se encontraba en sus exposiciones.

Bocetos, dibujos, litografías y grabados acompañaban los gabinetes donde se mostraban los artefactos tribales, y contribuían a la interpretación de los materiales reunidos. Los museos, dice David Jenkins, impartían lecciones prácticas de etnografía.³⁷ Mediante la disposición de la muestra, establecían una relación sumaria entre objetos que sugerían una totalidad más amplia y coherente: el orden evolutivo. A pesar de

los diferentes enfoques de la organización de las exposiciones,³⁸ los museos recordaban al público la "evolución del hombre" y la etapa singularmente superior en que se encontraban los Estados Unidos.³⁹ En esa medida, solicitaban la participación cómplice de la concurrencia en el orden categórico del imperio informal.⁴⁰ Por mera acumulación y también por desarrollo institucional, los museos llegaron a ser más que sitios de observación y educación pública, convirtiéndose en verdaderos laboratorios de la ciencia.⁴¹

La Expedición Wilkes y las muchas otras que la siguieron representaban una expansión exterior de los Estados Unidos en la búsqueda del conocimiento científico "general". El impulso y los métodos eran parte de un proceso más vasto: la construcción de la ciencia y la difusión del conocimiento en el conjunto de la población, y ambos aspectos dependían de representaciones. Por un lado, los exploradores científicos norteamericanos compartían la concepción, común a la ciencia occidental, de la adquisición del conocimiento como un proceso de alienación y posesión. En un principio el objeto debe alienarse del observador, quedar congelado o muerto, para ser reaprehendido más adelante con las herramientas de la observación, la clasificación, el análisis lógico y la inferencia.⁴² En muchos casos, los procedimientos de evaluación y convalidación exigían la muerte concreta de las especies a fin de llenar los depósitos de los museos de historia natural, los laboratorios y los archivos.

Más allá de las necesidades de la ciencia, la recolección de especímenes de historia natural se expandió en el suelo norteamericano hasta convertirse en una actividad o pasatiempo importante en el que participaban millares de personas.⁴³ En el período posterior a la Guerra de Secesión, creció el interés despertado por las teorías de Darwin y esto estimuló el afán de coleccionar fósiles. La exhibición del primer dinosaurio reconstruido en Filadelfia (1867) atrajo a numeroso público. Así, el período fundacional de la antropología y la arqueología estadounidenses (la década de 1870) coincidió con la popularización del interés en la etnografía y la historia natural (miles de personas coleccionando objetos a lo largo y ancho del país), lo que fue impulsado, en parte, desde instituciones líderes como el Museo Americano de Historia Natural (1868), la Institución Smithsonian (1846), y los museos de Zoología Comparativa (1859) y Pea-

body (1875) en Harvard.⁴⁴ El drástico incremento de la cantidad de sociedades científicas y la difusión de la costumbre de enviar todo tipo de especímenes a estas instituciones muestran la popularidad del proyecto de la ciencia y la participación de los norteamericanos cultos en él. Ya sea que estuviesen en territorio de los Estados Unidos o el extranjero, éstos no podían dejar de hacer sus modestos aportes al tesoro del conocimiento.⁴⁵

Los norteamericanos que visitaban América del Sur durante este período llevaban consigo el siguiente argumento cultural: la recolección de artefactos o datos que reflejaran las costumbres, los hábitos y el medio social y natural de la región era la forma de participación de un viajero educado. Así, se asociaban a un proyecto científico obsesionado por el sueño del conocimiento generalizado e inmerso en las formas incipientes de lo que hoy llamamos "cultura de museo". Antes de unirse a Wilkes, Titian R. Peale ya estaba familiarizado con la organización y exhibición de un museo. En 1831, reclutado por el Museo de Filadelfia, remontó 640 kilómetros del río Magdalena (Colombia), llenando cajones con aves, moluscos y peces. Peale logró exhibir esta colección (que incluía quinientas nuevas aves) en el museo, en hábitats contruidos con ese fin. Deseoso de experimentar técnicas de observación de la naturaleza en un ambiente controlado, montó un elefante con asientos en el vientre, para que los visitantes pudieran conocer el interior del gran mamífero. Su exposición sudamericana ganó una medalla de oro en 1833. Como vimos, el impacto en el público que causó la exhibición de los objetos recogidos por la Expedición Wilkes entre 1846 y 1856 fue aún mayor.

Los coleccionistas norteamericanos tomaban el "mundo", entonces, como un campo de observación, recolectaban materiales que sirvieran como "pruebas" para la formulación de principios generales y llevaban diarios en los que detallaban sus actividades como etnógrafos aficionados. Mientras otros, unos pocos —los científicos—, podían reducir la diversidad del campo de observación a un número limitado de categorías, principios y teorías, la mayoría de los visitantes se veían como participantes en la empresa del conocimiento. Sus relatos de América del Sur muestran las marcas de esa dedicación.

Fracaso en el Amazonas

Pero, si los exploradores científicos poblaron los museos de objetos y estas colecciones sirvieron al proyecto de una "epistemología-basada-en-objetos" (al decir de Steven Conn), los buscadores de riqueza, los empresarios y trabajadores calificados en el exterior, trataron de combinar "descubrimiento" con "producción" en sus aventuras en Sud-América. En algunos casos, como el que discuto a continuación, sus intervenciones encontraron los límites marcados por tempranos exploradores: la resistencia de la naturaleza, las enfermedades y los "nativos". Pero, a pesar de estos obstáculos, continuaron contribuyendo a la empresa del conocimiento, suministrando especímenes animales y vegetales para los museos.

Cuando el ingeniero Rodman McIlvaine (1853-1878), de Filadelfia, decidió en 1877 aceptar una propuesta de trabajo de la *Philip and Collins Company*, encargada de la construcción del ferrocarril Madeira-Mamoré en medio de la selva amazónica, lo hizo como respuesta a una fascinación y una agenda de investigación elaborada por exploradores científicos. Naturalistas como James Orton y William H. Edwards habían viajado al Amazonas y dejado vívidos relatos de sus encuentros con una vibrante naturaleza tropical.⁴⁶ La curiosidad científica y la promesa de riquezas habían transformado la región en un lugar de enorme interés para los norteamericanos.⁴⁷ En la década de 1870, el alza acelerada de los precios del caucho añadió a la fascinación por los cazadores de cabezas y los bosques tropicales un sueño de rápido enriquecimiento. La situación atrajo a muchos ingenieros y obreros al proyecto de construcción de un ferrocarril que pudiera sobreponerse al obstáculo que representaban los rápidos de los ríos Madeira y Mamoré.⁴⁸ Los constructores Philip y Collins, de Filadelfia, fueron los primeros encargados de ejecutarlo, en 1878. Faltos de quinina y de médicos, el experimento sufrió un lamentable fracaso, cuando una epidemia de malaria diezmó al grupo de trabajadores e ingenieros. Los ataques de los indios Caripunás, armados con arcos y flechas, convencieron al resto de abandonar el lugar, dejando atrás una locomotora de vapor Baldwin que juntaría herrumbre en la selva.⁴⁹

El diario de McIlvaine es revelador de la naturaleza del compromiso e interacción de los empresarios norteamericanos



El Ferrocarril Madeira-Mamoré en la jungla amazónica. Rieles arrastrados por las lluvias torrenciales.

Fuente: F. Foot Hardman, *Trem Fantasma. A modernidade na selva* (1988), entre págs. 96 y 97.

en la región en la época de consolidación del proyecto del conocimiento generalizado y de su epistemología objetivadora.⁵⁰ El relato abarca un período de nueve meses, desde la partida de McIlvaine de Filadelfia, en enero de 1878, hasta su viaje final (y mortal) a Manaus en septiembre del mismo año.⁵¹ La caza ocupa el centro del escenario de esta narración y reduce el emprendimiento norteamericano a un encuentro con la naturaleza. Mientras los informes sobre los trabajos (medición y desmote de la tierra, tendido de la línea férrea) son escasos e incompletos, los pasajes relacionados con la caza son numerosos y detallados.⁵² Desde el vapor que recorría los ríos Amazonas y Madeira, el grupo se ejercitaba en disparar contra aves, monos, urogalios, tapires y otras especies.⁵³ Al principio mataban animales por deporte, pero luego, cuando los “nativos” dejaron de suministrarles carne, comenzaron a depender de la caza para obtener comida. McIlvaine quedó a cargo de esta tarea, y la aprovechó para combinar el aprovisionamiento de la tripulación con la

creación de una colección privada de pieles, pellejos y plumas, probablemente destinados a un museo de historia natural.⁵⁴ Mucho antes de que el grupo llegara al primer campamento de trabajo —es decir, antes de que la compañía pudiera desplegar su tecnología y su capital sobre el terreno—, McIlvaine se preocupaba por llevar a la práctica un compromiso más primordial con la cultura de su país y el proyecto de la ciencia.

El contacto entre el “ingeniero” y los “nativos”, por otra parte, fue muy limitado y estuvo marcado por la diferencia racial y la violencia. Ya en las primeras páginas de su relato la raza muestra la inevitabilidad de la violencia.⁵⁵ Amenazado por negros en Barbados (por su número, sus pedidos constantes y sus trampas), McIlvaine responde violentamente, grita y golpea a quienes le piden dinero y amenaza disparar contra los remeros negros que quieren renegociar el precio de su servicio.⁵⁶ Él, un norteamericano (blanco) libre y orgulloso, ha decidido no tolerar las intimidaciones de los negros. Más adelante, cuando el relato lo sitúa en el Amazonas, el otro racial —los “nativos”— se convertirá simplemente en parte del medio ambiente, un orden natural a la vez maravilloso y amenazante. Su distanciamiento de los pueblos indígenas parece más grande, porque carece de las habilidades lingüísticas para comunicarse con ellos.⁵⁷ También en este caso los rifles y las pistolas median en la relación entre el hombre blanco, representante de la tecnología estadounidense, y los nativos inmersos en la naturaleza. La posesión y el uso de armas de fuego parecen cruciales para proveerse de madera y comida y lograr que los “indios” proporcionen hombres para mover el cargamento de un campamento de trabajo a otro.⁵⁸ Durante seis meses (de marzo a agosto), la mano de obra india había servido para acelerar la construcción del ferrocarril.⁵⁹ Pero la violencia blanca contra la naturaleza y los habitantes del lugar (tala de árboles, despellejamiento de animales, violación de mujeres) no tardó en llegar a un punto de conflicto en el cual resultó imposible cualquier intercambio. El 6 de septiembre, al volver al campamento, el grupo encontró muerto al cocinero, con el cuerpo atravesado de flechas. En ese momento, los hombres decidieron renunciar y volver a Santo Antonio; la expedición de cacería y construcción había terminado. Al parecer, McIlvaine logró embarcarse hacia Manaos, pero murió a bordo a causa de la malaria.



Locomotora abandonada en la selva. Cerca de Santo Antonio, en la cuenca del río Madeira. Testigo mecánico del fracaso del proyecto norteamericano.

El dramático final de la historia hizo que el conocimiento recogido por McIlvaine no pudiera llegar a los Estados Unidos. Su colección de aves, mamíferos y reptiles se perdió. Su experiencia en materia de construcción ferroviaria con el empleo de tribus indígenas —la razón del fracaso— no podría compartirse con sus compatriotas. El ambicioso proyecto de penetrar la región de la Amazonia con un medio confiable de transporte se había derrumbado a causa de las enfermedades endémicas, la falta de colaboración de los trabajadores, la amenaza de cazadores indígenas y de la naturaleza. El relato de esta expedición, luego compilado y publicado por Neville Craig (1904), tardó muchos años en llegar al público estadounidense. No obstante, el compromiso del ingeniero en el proyecto del museo y la empresa de colonización fue claro desde el comienzo. El propio McIlvaine había considerado que su viaje estaba marcado por los relatos anteriores que insistían en facilitar el acceso a las riquezas de América del Sur mediante el control de una de sus principales arterias: el Amazonas. Había leído el informe de Herndon y Gibbon (1853-1854) y buscaba en el terreno las señales geográficas correspondientes a lo indicado en el libro.⁶⁰ Debe admitirse que su trabajo etnográfico fue pobre: descripciones superficiales de “los caseríos indios”, pocas

menciones sobre el encuentro y los tratos con los "indios", muy poco acerca de los pueblos y asentamientos a lo largo del Amazonas.⁶¹ Pero McIlvaine estaba comprometido a inscribir la empresa norteamericana en el extranjero dentro de un marco reconocible: la superioridad blanca, la inevitabilidad de la violencia racial, la fijación de la naturaleza muerta en beneficio de la ciencia.

Por medio de otros ejemplos y narraciones podría mostrarse que la primera expansión del espíritu emprendedor norteamericano en América del Sur —los pioneros ferroviarios Henry Meiggs y William Wheelwright, los agentes navieros de las primeras líneas de vapor en el río Magdalena y en el Paraná— dependió de tecnologías tradicionales de representación y, como consecuencia, su producción textual de América del Sur no fue significativamente diferente de la elaborada por viajeros comerciales, misioneros, diplomáticos y oficiales de la Armada. Esta generación de empresarios elaboró un relato de los negocios (y la ciencia) que era depredador con la naturaleza y violento con los habitantes nativos. La recolección de especies, la caza de animales y la tala de árboles formaban parte de la misma iniciativa de afirmación violenta de la superioridad de la tecnología estadounidense y la necesidad de recoger "muestras" de "evidencia" para los museos y universidades del país. La empresa comercial seguiría las huellas dejadas por relatos anteriores, y con la ayuda de armas, instrumentos y máquinas transformaría el medio ambiente natural en centro de febril actividad productiva y mercantil.

La comunidad mercantil ya sabía que ese modo de proceder, esa forma de construcción del imperio informal, estaba condenada al fracaso. La apropiación violenta de territorios y de la naturaleza no daría resultados, si no iba acompañada con una incorporación intelectual de la región a la esfera de visibilidad del conocimiento y la ciencia estadounidenses. La Expedición Exploratoria de Wilkes y los emprendimientos culturales de las asociaciones mercantiles del nordeste habían señalado el camino. Dentro de ciertos límites, el comercio y la ciencia podían compartir senderos y reforzarse mutuamente como agentes constitutivos de la expansión norteamericana en el mundo. Pero, como lo demostraban las incursiones del filibustero Walter en Nicaragua o el incidente del bombardeo de Greytown en 1854, las aventuras de conquista no eran la mejor solución para el progreso de la ciencia y el comercio. Los británi-

cos, dueños de barcos, compañías de seguros, bancos y compañías de importación-exportación, habían atraído a gobiernos y a productores sudamericanos con armas más persuasivas, que apelaban al interés y la conveniencia. Por ello, los británicos habían edificado un imperio informal más creíble, el que se desarrolló sin obstáculos hasta principios del siglo XX. Fue entonces cuando las empresas norteamericanas descubrieron nuevas formas de interacción con América del Sur y una tecnología de la representación completamente renovada.

NOTAS

¹ J. K. Pauling, Secretario de Marina, instrucciones a Charles Wilkes, comandante de la expedición exploratoria estadounidense, 1838-1842, 11 de agosto de 1838. Citado por Max Meisel, *A Bibliography of American Natural History*, vol. 2 (Nueva York: Premier Publishing, 1926), p. 653.

² Para una descripción somera de estas expediciones véase J. V. Fifer, *United States Perceptions of Latin America 1850-1930* (1991), pp. 6-29.

³ Ricardo D. Salvatore, "Yankee merchants in South America: Narratives, identity, and social order, 1810-1870", trabajo presentado en la reunión anual de la L.A.S.A., Washington, 1991. Una versión revisada se ha publicado con el mismo título como Working Paper n° 3, Universidad Torcuato Di Tella, Buenos Aires, septiembre de 1993.

⁴ Esta cuestión también se desarrolla con mayor profundidad en *ibíd.*

⁵ Mercantile Library of Philadelphia, *Essay on the History & Growth of the Mercantile Library Co., Phila., & its Capabilities for Future Usefulness* (Filadelfia: J. B. Rodgers, 1867).

⁶ "Nuestros miembros proceden de los grandes intereses medios de Nueva Inglaterra, tal como se manifiestan en nuestros días", dijo Daniel H. Haskell a los integrantes de la Mercantile Library Association de Boston en 1848. Véase Daniel H. Haskell, "An address delivered before the Boston Mercantile Library Association, January 3, 1848" (Boston: Mercantile Library Association, 1848), p. 13.

⁷ *Ibíd.*, p. 17.

⁸ J. Porte, *Representative Man...*, *op. cit.*, pp. 239 y 254-255.

⁹ *Ibíd.*, p. 290.

¹⁰ Está claro que los comerciantes y plantadores del Sur no compartían esta visión. Muchos de ellos abrazaron el lenguaje expansionista y, de hecho, muchos apoyaron primero la anexión de Texas y luego la ocupación de territorio mexicano. Pero, cuando llegó la posibilidad de anexar "todo México", después de la guerra de 1846-48, muchos, como John D. Calhoun, se opusieron a la total anexión (que implicaba la futura incorporación de México en la

Unión) utilizando argumentos raciales. L. Schoultz, *Beneath the United States* (1998), pp. 14-38.

¹¹ "El hábito de conquista lleva a la disipación y la falta de reglas", afirmaba Horace Bushnell en 1847. "Es como si una nación, olvidada de sus recursos internos, recorriera los mares y deambulara en tropel por el mundo en busca del botín y el pillaje, y abandonara el telar y el arado y todos los productos habituales de la industria." Citado en *ibíd.*, p. 283.

¹² D. H. Haskell, "An address delivered...", *op. cit.*

¹³ J. G. Kohl, "Substance of a lecture delivered at the Smithsonian Institution on a collection of charts and maps of America", 1849.

¹⁴ En S. F. Baird, "Report on American explorations in the years 1853 and 1854", en *Ninth Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution* (Washington: B. Tucker, 1855), pp. 79-97, se encontrará un resumen de estas expediciones.

¹⁵ J.V. Fifer sostiene que fueron estos relevamientos y exploraciones los que sirvieron de modelo para explorar y medir las planicies y las cuencas de los ríos en Sud-América. La búsqueda de un "Nuevo Oeste" al sur del Capricornio es un motivo central de su libro. Fifer, *United States Perceptions of Latin America* (1991).

¹⁶ El informe de la expedición de Gibbon y Herndon tenía, en verdad, un carácter expansionista, pues veía el Amazonas como el Mississippi de América del Sur, la vía para la extracción de la riqueza del subcontinente. Véase W. L. Herndon y L. Gibbon, "Exploration of the valley of the Amazon made under the direction of the Navy Department, 1851-53", en *U.S. Congress, House Executive Documents*, documento 43, vol. 5, y documento 53, vol. 9. Un resumen del informe se publicó con el título de "The field of the Amazons", *Merchant's Magazine and Commercial Review*, 31, julio de 1854.

¹⁷ Jacob W. Gruber señala: "Había estímulos prácticos y románticos para la recolección de datos etnológicos; pero la meta científica última que brindaba respetabilidad intelectual a esas iniciativas era describir el tejido de la naturaleza en todos sus detalles, toda la diversidad de sus formas, por medio de la reconstrucción de un sistema 'natural' de clasificación cuya base metodológica era el análisis de las unidades reales y constantes de la naturaleza". Cf. Jacob W. Gruber, "Horatio Hale and the development of American anthropology", *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. 111, 1967, p. 6.

¹⁸ Joseph Henry, "Second Annual Report of the Secretary of the Smithsonian", en *Third Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution* (Washington: Trippin & Streeter, 1849), pp. 10-21.

¹⁹ *Ibíd.*, pp. 15-16.

²⁰ Si bien soy consciente de que una interpretación cabal de toda la experiencia norteamericana en materia de exploraciones científicas en América del Sur debe incluir, entre otras, la expedición atmosférica de Gillis al Pacífico, la exploración del río Paraná por Page y los cruces de los Andes y las pampas realizados por MacRae, me concentraré en los "hallazgos" de la Expedición Wilkes como una manera de sacar a la luz la relación entre ciencia y expansión en la era del Destino Manifiesto. El informe de esta expedición se publicó en ocho volúmenes entre 1844 y 1874. Véase Charles Wilkes, *United*

States Exploring Expedition During the Years 1838-1842, Under the Command of Charles Wilkes, Filadelfia: C. Sherman, 1844-1874. Un relato reciente de dicha expedición puede leerse en Nathaniel Philbrick, *Sea of Glory. America's Voyage of Discovery. The U.S. Exploring Expedition 1838-1842* (Nueva York: Viking, 2003).

²¹ En Wilkes 1844-1874 se encontrará una breve exposición de esta expedición y las publicaciones que produjo.

²² Jessie Poesch, *Titian Ramsay Peale, 1799-1885, and His Journals of the Wilkes Expedition* (Filadelfia: American Philosophical Society, 1961, p. 121).

²³ "Los bocetos a mano alzada de complicados panoramas montañosos —confesó— son casi siempre demasiado imprecisos para ser de utilidad." *Ibid.*, p. 128.

²⁴ Peale había recolectado, preservado y dibujado o bocetado piedras, plantas, pieles y animales para la expedición de Long al Oeste norteamericano. El mayor Long le había enseñado a tratar a los nativos con bondad, mientras censaba a los miembros de las tribus y se informaba de sus reclamos territoriales. *Ibid.*, p. 24.

²⁵ H. Hale (filólogo), Ch. Pickering (naturalista), W. Brackenridge (botánico), J.D. Dana (geólogo), A.A. Gould (naturalista, experto en moluscos), J. Bassin (naturalista), S.F. Baird (naturalista, experto en aves), J. Cothouy (naturalista, experto en conchas) y T. Peale (naturalista y bocetista), además de Wilkes, que se consideraba físico además de navegante.

²⁶ Inicialmente depositada en la *National Institution for the Promotion of Science*, la colección se transfirió luego a la Oficina de Patentes y más adelante a la *Smithsonian Institution*. Cf. M. Meisel, *A Bibliography of American National History*, vol. 2, *op. cit.*, p. 654.

²⁷ En Adelaide R. Hasse, *Reports of Explorations Printed in the Documents of the United States Government* (Nueva York: Burt Franklin, 1899), se hallará un resumen de los informes publicados bajo el paraguas de la Expedición Wilkes.

²⁸ Pickering, por ejemplo, antes de publicar *The Races of Men*, viajó durante varios años alrededor del planeta (Egipto, Arabia, la India y el este de África), a sus propias expensas, a fin de completar las observaciones hechas en la Expedición Wilkes. Un biógrafo señaló: "Su pasión por el conocimiento lo arrastró a casi todos los rincones de la tierra en busca de los hechos correspondientes a su ciencia favorita". Cf. "Biographical notices of Dr. Charles Pickering", en Charles Pickering, *Chronological History of Plants: Man's Record of His Own Existence Illustrated through Their Names, Uses, and Companionship* (Boston: Little, Brown, and Co., 1879), p. vii.

²⁹ Charles Pickering, *The Races of Men: And Their Geographical Distribution*, vol. 9 de *United States Exploring Expedition...* (Filadelfia: C. Sherman, 1848).

³⁰ Aunque Pickering hizo que la validez de sus categorías raciales dependiera de su propia capacidad de observación ("He señalado en el mapa la ruta de mis viajes, a fin de que se perciba con facilidad cuándo hablo por conocimiento propio, en cuyo caso, y sólo en él, se me puede hacer responsable de mis opiniones"), se confesó incapaz de ver aborígenes brasileños o patagónicos durante la travesía. En vez de la observación directa, tuvo que conformarse con informes indirectos y dibujos. En otros casos debió recurrir a la observación de artefactos y momias depositados en un museo de Washing-

ton; así sucedió con los mexicanos, que a su juicio pertenecían a la raza malaya. Cf. *ibíd.*, pp. 13, 16 y 43.

³¹ "Mi idea era", escribió Hale a Boas, "que una descripción general hecha por un observador que se valiera de un alfabeto, un método de medición física y un sistema de observación en otras materias, era un desiderátum especial. En efecto, nos daría un fundamento sólido sobre el cual basarnos, para estudiar a continuación, de manera más minuciosa, las tribus y lenguas por separado. Ése fue el plan que tuve en mente desde el comienzo". Citado en J. W. Gruber, "Horatio Hale and the development...", *op. cit.*, p. 11.

³² N. Philbrick, *Sea of Glory* (2003), pp. 142-144.

³³ El informe de Horatio Hale, *United States Exploring Expedition During the Years 1838, 1839, 1840, 1842, Under the Command of Charles Wilkes. Ethnography and Philology* (Ridgewood, NJ: Gregg Press, 1968), fue publicado por primera vez en 1846 por Lea y Blanchard.

³⁴ N. Philbrick, *Sea of Glory* (2003), pp. 332-35 y 350.

³⁵ Véase Susan Hecman, "Shopping for identities: 'A Nation of Nations' and the weak ethnicity of objects", *Public Culture*, 3(2), primavera de 1991, en especial pp. 81-82.

³⁶ Véase Peter Jones, "Museums and the meanings of their contents", *New Literary History*, 23(4), otoño de 1992, pp. 911-921.

³⁷ David Jenkins, "Object lessons and ethnographic displays: Museum exhibitions and the making of American anthropology", *Comparative Studies in Society and History*, 36(2), abril de 1994, pp. 242-269.

³⁸ Frank Boas era partidario de reproducir por separado la vida y las costumbres de cada tribu; Otis Mason prefería el ordenamiento de los artefactos según criterios de modernidad tecnológica.

³⁹ D. Jenkins, "Object lessons...", *op. cit.*, pp. 257-266.

⁴⁰ "A través de su cultura material, cada grupo tribal, así como las relaciones entre él y los demás, debía ser accesible a la inspección y permitir al observador hacer inferencias sobre la estructura, el tiempo, el contacto y el cambio; la meta última era un examen global de los procesos sociales históricos y evolutivos." *Ibíd.*, p. 249.

⁴¹ S. Conn, *Museums and American Intellectual Life* (1998).

⁴² George Levine, "By knowledge possessed: Darwin, nature and Victorian narrative", *New Literary History*, 24, primavera de 1993, pp. 363-392.

⁴³ El anterior furor por la colección de antigüedades y la fundación de sociedades científicas (1830-1850) dio paso, luego de 1850, a un creciente interés en las ciencias naturales y la práctica de coleccionar especímenes zoológicos y botánicos. Es imposible exagerar la influencia de la *Smithsonian Institution* en este cambio.

⁴⁴ Charles Wilson Peale creó el primer museo de historia natural de los Estados Unidos en Filadelfia (1786). Su colección estaba orientada a propósitos pedagógicos asociados a la idea del "conocimiento útil": Peale quería que el conocimiento de las especies y de la historia natural enriqueciera el conocimiento práctico de granjeros, mecánicos y comerciantes. Pero fueron el museo de la Academia de Historia Natural de Filadelfia primero (1826) y el museo de la *Smithsonian* luego (1846) los que sentaron las bases del museo de doble fun-

ción: un laboratorio científico a la vez que un aula para educar al público. S. Conn, *Museums and American Intellectual Life* (1998), pp. 35-37 y 38-41.

⁴⁵ Un caso entre muchos: Aaron Young, cónsul norteamericano en Brasil durante 1866-1868, combinaba sus actividades diplomáticas con la recolección de especies zoológicas para la *Smithsonian*.

⁴⁶ Durante su primer viaje, Orton exploró el Amazonas a partir del río Napo y hasta el puerto de Belém (1867-1868). Diez años después, los hermanos Collins trataron de construir un ferrocarril en la zona, con dramáticas consecuencias. William H. Edwards había estado en Belém en 1846. Véanse James Orton, *The Andes and the Amazon, Or, Across the Continent of South America*, tercera edición (Nueva York: Harper, 1875), y William H. Edwards, *Voyage Up the River Amazon* (Nueva York: Appleton & Co., 1847).

⁴⁷ Ya en 1849 el cartógrafo J. G. Kohl había dicho lo siguiente en una conferencia pronunciada en la *Smithsonian Institution*: "El gran valle del Amazonas se ha convertido en un derrotero muy en boga para la iniciativa estadounidense". Cf. J. G. Kohl, "Substance of a lecture... , *op. cit.*

⁴⁸ Sin embargo, la iniciativa no se concretó sin tropiezos. El intento inicial de construcción de un ferrocarril que bordeara los ríos Madeira y Mamoré fue emprendido por el coronel británico George Church en 1878, bajo contrato con la Philip and Collins Company de Filadelfia. Podrá encontrarse un relato de este primer intento en Neville Craig, *Recollections of an Ill-fated Expedition to the Headwaters of the Madeira River* (Filadelfia: J. P. Lippincott Company, 1907) y, más recientemente, en Louis Werner, "All aboard to nowhere. The Mad Mary", *Americas*, 42(4), 1990, pp. 7-17.

⁴⁹ Charles A. Gauld, *The Last Titan: Percival Farquhar, American Entrepreneur in Latin America* (Stanford: Institute of Hispanic American and Luso-Brazilian Studies, Stanford University, 1964), p. 128.

⁵⁰ Rodman McIlvaine, "Diary of a trip to Brazil, Jan-Sep 1878", McIlvaine Family Papers, Historical Society of Pennsylvania.

⁵¹ Su barco llegó a Pará en febrero. McIlvaine se unió allí a un grupo de ingenieros; arrendaron un vapor y comenzaron a navegar el Amazonas; a mediados de ese mismo mes llegaron a Santo Antonio, sobre el río Madeira.

⁵² Algunos pasajes característicos sobre el trabajo: "Hoy hicimos los primeros trabajos en la línea y avanzamos unos trescientos metros". "Hoy proseguimos nuestra línea hacia la estación 2.500 sobre un terreno muy escarpado." "El martes comenzamos las demarcaciones en la línea 'a'." "Miércoles 20 de marzo. Durante la última semana nos dedicamos a recorrer las líneas y demarcaciones transversales con el fin de hacernos alguna idea de la topografía de la región."

⁵³ El 6 de febrero de 1878 McIlvaine escribió: "La mayoría [de los urogallos] eran mansos y miraban pasar el vapor sin levantar vuelo. No pude resistir la tentación de disparar contra dos de ellos pero, desde luego, no pude recobrarlos. Todos los rifles apuntaban contra ellos pero sólo eran ejecuciones, ya que nos movíamos con mucha rapidez".

⁵⁴ "Eutis y yo volvimos al bosque. Tomé mi escopeta y maté el número uno de mi colección." Más adelante: "Las aves eran asustadizas y bulliciosas. Maté una muy hermosa, pero como no estaba completamente cubierta de plu-

mas y había quedado muy dañada por el disparo, no la despellejé". McIlvaine, "Dairy of a Trip to Brazil" (1878).

⁵⁵ La clase funcionaba como una marca secundaria de diferencia. En Pará, el grupo de ingenieros se codeaba con el director del diario local, con un "caballero francoparlante" y con huéspedes del hotel. Todos ellos eran pares: personas que tenían competencia cultural para entender los negocios, la ciencia y los Estados Unidos. En cambio, se sentían distanciados de los trabajadores. McIlvaine y los ingenieros trataron a un grupo de doscientos italianos desembarcados en Santo Antonio como si se encontraran del otro lado de la divisoria de clase. Luego de una discusión salarial (los inmigrantes habían hecho huelga para obtener tres dólares por día), el contratista Tom Collins formó una guardia de ingenieros que arrestó a los trabajadores italianos y "los encadenó". En las "tierras vírgenes", las lindezas del derecho norteamericano podían dejarse a un lado.

⁵⁶ Con respecto a los mendigos negros, escribe lo siguiente: "No tardamos en comprobar que el único camino era ordenarles que se fueran, y si no lo hacían, derribarlos de un golpe o apalearlos; de ese modo pronto aprendieron a no molestarnos". Con referencia a los remeros negros que querían renegociar el precio acordado por el viaje, dice: "Creían tenernos en sus manos y que podían intimidarnos, pero probablemente no estaban acostumbrados a tratar con *norteamericanos* y pronto comprobaron su error. Jim Stewart, que estaba sentado al lado del remero de popa, dio un salto, amenazó matar al primero que se detuviera y les ordenó seguir remando. Todos lo apoyamos, por lo que continuaron la marcha hacia el vapor. Cuando se está entre mozos negros siempre es mejor estar armado, porque son capaces de desplumarnos a la primera oportunidad".

⁵⁷ Su comprensión de las lenguas es nula. En Pará, escribe en su diario: "Muy poca gente parece hablar inglés, pero muchos saben francés o un dialecto muy parecido a éste".

⁵⁸ "Pasamos la última semana de abril en el campamento de Macacos, a la espera de que los indios nos llevaran río arriba. El 1º de mayo Howarth vino con unos indios y llenamos un bote con todo el cargamento, a tal punto que no quedó lugar para que entráramos todos". En julio: "Esta semana hemos utilizado a los indios para trasladar las cosas desde nuestro viejo campamento; terminarán hoy. Luego levantaremos las tiendas junto al río e iremos allá".

⁵⁹ El 1º de julio McIlvaine escribe: "La semana pasada tuvimos ocho indios con nosotros y avanzamos alrededor de siete kilómetros de línea".

⁶⁰ "Viernes 8 de febrero. Hoy pasamos la cadena de montañas de cimas planas de la cual hablan Herndon y Gibbon; hacia mediodía nos detuvimos en una granja de la orilla norte para aprovisionarnos de ganado. Bajé a tierra y maté los números tres y cuatro de mi colección."

⁶¹ No lograba distinguir entre una aldea india, un "caserío" criollo de frontera y un asentamiento de cimarrones. Para él, todo parecía de poco interés. Sobre Cebidos, escribió: "Está situado en un alto acantilado y parece muy bonito a la distancia, pero si se lo observa de cerca no tiene nada demasiado interesante. Varios de nosotros bajamos a tierra. Hay unos ochocientos habitantes, en su mayoría negros e indios mestizos".

Capítulo 5

Cultura de consumo, capitalismo corporativo



Es posible delimitar con claridad dos períodos en el desarrollo de la maquinaria representacional del Imperio Informal Norteamericano: un momento de articulación mercantil (1820-1850), cuando la expansión del comercio motorizó el impulso hacia afuera, y un momento de articulación neoimperial (1890-1920), marcado por la creciente inversión directa estadounidense en la región, así como por la introducción de bienes de producción masiva. Durante el primer período, la acumulación capitalista se centró en el comercio y la industria y dio origen a una cultura construida en torno de los conceptos de la propiedad en pequeña escala, el trabajo productivo y el republicanismo agrario. El comerciante-aventurero fue el actor representativo de esta cultura en el exterior. En sus encuentros textuales con América del Sur (típicamente, en los relatos de viajes), éste depositó los argumentos de una ideología que aunaba el comercio, la paz y la búsqueda de un perfeccionamiento intelectual y espiritual. Durante el segundo período, las grandes corporaciones se elevaron a la posición dominante en la economía estadounidense, intensificando el proceso de mecanización, concentración industrial y producción masiva. El capitalismo corporativo reorganizó el orden simbólico, orientándolo hacia la cultura del consumo masivo y socavando el carácter central del trabajo, la propiedad de la tierra y la ciudadanía agraria. Los buscadores de petróleo, los constructores ferroviarios, los dirigentes de emporios mineros y fruteros, así como los banqueros y financistas, representantes de esta nueva fase del capitalismo en el extranjero, llevaron consigo nuevos imperativos culturales

y económicos: incorporar nuevas zonas del mundo a la esfera de la acumulación de capital norteamericano: mercados, recursos naturales y oportunidades de inversión.

Entre ambos momentos se extiende un período de transición, redefinición y reposicionamiento. Esta transición estuvo marcada por la nueva autoridad enunciativa de los científicos (etnólogos, naturalistas, geólogos, geógrafos, arqueólogos) y los expertos (médicos, ingenieros, economistas) como arquitectos del imaginario imperio en expansión. Su construcción colectiva, la empresa del conocimiento —un conjunto de predicados acerca de la necesidad de conocer íntima y comprensivamente a una determinada región (en este caso, Sud-América)—, sirvió de base para la reproducción de actividades y representaciones cuyo objeto fue dar visibilidad y, por tanto, significado a la región; no sólo como un tesoro de recursos útiles sino también como un repositorio de cultura que, una vez aprehendida, permitiría descifrar antiguos y nuevos enigmas sobre el continente. Esta transición, es mi hipótesis, sirvió para incorporar a Sud-América a la órbita del conocimiento norteamericano, en consonancia con los requerimientos de la ciencia y las empresas de esa nacionalidad.

La naturaleza del impulso de conocer cambió entre uno y otro momento, al menos en lo que concierne a la relación entre el mundo de los negocios en los Estados Unidos y la construcción de un "conocimiento regional" sobre América Latina. En un primer momento fue la noción del conocimiento útil la que se proyectó desde los centros mercantiles y culturales del nordeste estadounidense. Con el tiempo o, mejor dicho, con el advenimiento de las universidades de investigación y de los laboratorios de investigación dentro de las empresas, el contacto entre universidades y empresas se hizo más estrecho y surgió la noción de un conocimiento más integrado, multidisciplinario y abarcativo que ciertamente influyó en la forma como Estados Unidos "aprehendió" (es decir, conoció, visualizó y representó) a Sud-América en el siglo XX.

El paso del capitalismo comercial al capitalismo corporativo en los Estados Unidos provocó transformaciones impresionantes no sólo en la naturaleza de las firmas empresarias que operaban con América del Sur —de aventureros mercantiles a magnates del petróleo, constructores de ferrocarriles, gigantes de la industria de la carne e importadores de automóviles—,

¡ sino también en la capacidad general de observar y representar la región. A medida que la reproducción de las ganancias capitalistas en los Estados Unidos se hacía más dependiente de la investigación científica y de la lógica expansiva del consumo masivo, las tecnologías de observación y representación adquirieron un lugar central en la organización de las percepciones. Durante este período, la estética de la cultura de consumo llegó a dominar el capitalismo norteamericano. La imagen general de prosperidad y bienestar dependía crucialmente del arreglo de las vitrinas de las grandes tiendas, los anuncios en revistas, las carteleras, los letreros luminosos, las tarjetas publicitarias y los catálogos de pedidos por correo. De manera análoga, el lugar y la importancia de América del Sur para el imperio informal se reconstruyeron con la ayuda de nuevas representaciones visuales que afirmaban tener más exactitud y objetividad.

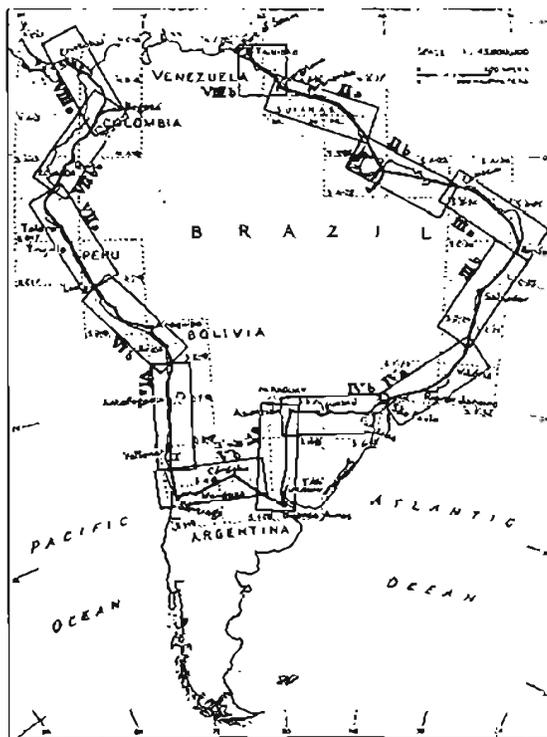
Las nuevas visiones producidas por las máquinas representacionales del imperio informal hablaban de una mayor diversidad dentro del subcontinente, de la tensión entre modernidad y atraso y de la "indianidad" de los países andinos. Estas mismas visiones sugerían la posibilidad de una integración de América del Sur a la esfera de la cultura de consumo norteamericana. Así como la luz eléctrica iluminaba los escaparates y "acercaba" las mercancías haciéndolas más coloridas y tentadoras en la mirada del consumidor norteamericano, Sud-América se acercó y se hizo más nítida a los ojos de los nuevos exploradores y narradores del siglo XX. Bajo lentes aparentemente más objetivas y sujeto a múltiples curiosidades disciplinarias (historia, geografía, arqueología, economía, política, etc.), el subcontinente adquirió una visibilidad nueva. A mi modo de ver, el Panamericanismo, la filantropía científica y la inducción del consumo como metáfora de las relaciones interamericanas se desarrollaron en la intersección de las nuevas tecnologías de la visión y las nuevas exigencias de la ciencia durante la era del capitalismo corporativo.

En los Estados Unidos, el período 1890-1920 se caracterizó por el surgimiento de la empresa corporativa y la producción masiva. La empresa aumentó de tamaño, se dio una organización más compleja, se integró vertical y horizontalmente y mostró mayor dependencia del aparato científico.¹ Un rápido período de crecimiento económico centrado en la industrializa-

ción y la explotación intensiva de los recursos naturales condujo a la concentración de la población en centros urbanos (la relativa desprotección de la agricultura provocó un movimiento migratorio hacia las ciudades, así como las protestas de los agricultores). Ésta alentó el desarrollo de nuevas instituciones mercantiles adaptadas a la venta de bienes de producción masiva: grandes tiendas, cadenas minoristas, establecimientos de venta por correspondencia, entre otros. Gracias a una eclosión de nuevos bienes, la industria publicitaria recibió un enorme estímulo, que la llevó de ser un auxiliar del capitalismo corporativo a convertirse en un motor de nuevas ideas sobre comercialización y diseño industrial. Ella contribuyó crucialmente al desarrollo de una cultura de mercado.²

A juicio de William Leach, durante este período surgió un nuevo compuesto cultural, caracterizado por la democratización del deseo, el culto a lo novedoso, la revalorización del dinero y la identificación del consumo con la felicidad. El nacimiento de esta cultura de consumo no fue el resultado del accionar de un pequeño grupo de corporaciones sino la construcción colectiva de un vasto conjunto de instituciones (universidades, museos, grandes tiendas, bancos de inversión, cadenas de hoteles, organismos gubernamentales y hasta iglesias) y disciplinas (arquitectura, publicidad, economía, administración). El factor unificador de todas ellas era una nueva "estética comercial" en la cual nuevos materiales (el color, el vidrio, la luz eléctrica) construyeron un campo visual que generaba deseos de consumir.³ La industria publicitaria, en particular, concertó un matrimonio entre empresas y estilo —la invención de la imagen corporativa exhibida a través de sus productos—, el que, transmitido a una multiplicidad de mercancías, contribuyó a reestructurar las percepciones de millones de consumidores norteamericanos.

El apogeo del Panamericanismo coincidió con la invención de la "ingeniería de consumo", cuyos efectos ya eran perceptibles en la organización de la vida urbana estadounidense durante la década de 1920.⁴ La coincidencia es importante porque señala un cambio en la naturaleza del capitalismo corporativo norteamericano que está íntimamente ligado con la esfera de la representación. La reconstrucción de una "economía del deseo" ajustada a las necesidades de un mercado de consumo masivo en constante expansión giró en torno de los descubrimientos de



Plano de vuelos para tomas aéreas de Sud-América.
 Fuente: J. L. Rich, *The Face of South America* (1942),
 mapa N° 1, pág. xviii.

la publicidad, el diseño industrial y la psicología del consumidor. Al ser en sí mismas una prueba fehaciente de la nueva cooperación entre empresas, arte y ciencia, estas "disciplinas" se beneficiaron enormemente con los adelantos en la reproducción de imágenes (cromolitografía y fotografía).⁵ Gracias a estas innovaciones se desarrollaron los principios clave de la publicidad moderna (la separación entre forma y contenido, la comunión del producto y la conciencia, la fabricación del deseo), que ganaron aceptación en la comunidad empresarial corporativa. Y gracias a estas tecnologías de la reproducción, el concepto de "americanidad" (en el sentido de pertenencia a los Estados Unidos), estilizado y resignificado, pudo representarse a través de productos, edificios de corporaciones, grandes tiendas, exposiciones industriales y una multiplicidad de textos impresos.

La transición del capitalismo comercial al capitalismo corporativo en los Estados Unidos afectó también el campo cultural, en el que suscitó diversos afanes y preocupaciones sobre "América" y su lugar en el orden global. Durante la era de la articulación comercial (1820-1850), las inquietudes culturales más destacadas de la elite empresarial y social se referían a las cuestiones de la reforma moral, los bancos y el "orden natural" de las razas.⁶ Las primeras dos apuntaban al riesgo de que una sociedad en ebullición, con educación insuficiente y sin nobleza, produjera cantidades crecientes de derroche y dilapidara así tanto su dinero como su energía moral. El discurso sobre la reforma moral (temperancia, educación común, autocontrol) y el tratamiento institucional de la desviación se centraba en la canalización de ese excedente de energía hacia el trabajo, la frugalidad y el perfeccionamiento espiritual e intelectual. La desorganización del orden racial y de género provocada por el movimiento abolicionista, las tensiones religiosas atribuidas a la presencia de inmigrantes irlandeses y los peligros morales asociados al dinero y la difusión de las relaciones mercantilizadas generaron un campo discursivo común para la discusión de problemas sociales internos.⁷ La tercera inquietud cultural aludía a un debate habitual entre científicos, naturalistas aficionados y dirigentes religiosos sobre la distribución original de las razas en la Tierra y su posterior evolución, migración, mezcla, etc.⁸ Ese debate expresaba la preocupación por dar a uno mismo y al otro (el norteamericano blanco y el norteamericano nativo, en particular) sus lugares correspondientes en el orden de la civilización.⁹ La idea de una única humanidad actuaba como un principio legitimador que autorizaba a "América" a llevar sus aparatos educativos, religiosos, científicos y comerciales a las "razas inferiores" al oeste y el sur de su territorio poblado.¹⁰

En el período 1890-1920, las inquietudes culturales generadas por el capitalismo estadounidense fueron diferentes. En la década de 1890, una preocupación popular por el accionar de los *trusts* y la erosión de la democracia coexistió con una intranquilidad empresaria centrada en el alza de los salarios y el poder de los trabajadores calificados, así como en la sobreproducción. Como ha mostrado James Livingston, ambas preocupaciones eran un producto de la transición al capitalismo corporativo y los conflictos sociales en torno de la distribución

de la plusvalía.¹¹ La inquietud suscitada por el monopolio (la incapacidad personal y comunitaria de controlar el capital corporativo) tenía su origen en el intento empresario de evitar los efectos destructivos de la competencia (sobreproducción) y asignar una mayor parte del ingreso agregado a las inversiones que ahorraran mano de obra. El control del proceso de producción por parte de los artesanos mantenía los niveles salariales por encima de la productividad, lo cual provocaba una erosión de las ganancias. Hacia la década de 1920, el conflicto dentro de la fábrica alcanzó una solución definitiva favorable al capital: el Taylorismo redujo el poder de los trabajadores calificados, ató los salarios a la productividad e incrementó la eficiencia en la circulación de materiales. La línea de montaje Fordista dio pie a innovaciones adicionales que disminuyeron los costos y contribuyeron a aumentar la productividad fabril general.¹² En el conflicto por el control de la plusvalía, el capital corporativo también obtuvo los mejores resultados: luego de varias oleadas de fusiones y batallas legislativas en torno de la regulación, las grandes corporaciones se convirtieron en una parte aceptada de la vida norteamericana.

El control corporativo de una masa de dinero siempre creciente y destinada a la inversión provocó una rápida mecanización de la industria en las décadas de 1910 y 1920. Esa inversión generó una avalancha de nuevos productos de consumo masivo que, a su vez, exigían nuevas tecnologías de comercialización y nuevas "artes de persuasión". La preocupación se retrotrajo a la cuestión de la sobreproducción, ahora examinada en relación con las preferencias, los estilos de vida y las motivaciones de los consumidores. ¿Qué había que hacer para inducir a los norteamericanos a consumir más, gastar más, disfrutar más? Los "cinco dólares al día" de Henry Ford fueron una de las soluciones posibles: utilizar el consumo de los trabajadores para expandir aún más la reproducción del capital.¹³ Pero la solución integral al problema del exceso de producción consistió en la fabricación del deseo: las nuevas artes de la persuasión, en especial la publicidad, hicieron que los consumidores participaran en la nueva cultura de la mercancía creada por las empresas.

Hacia la década de 1920, el campo empresarial había enfrentado con bastante éxito el desafío de las clases productivas (mediante reducciones de las calificaciones, fusiones, leyes anti-

sindicales y políticas monetarias ortodoxas) y desarticulado las demandas de retorno a un mundo de trabajo productivo, pequeñas propiedades y control popular del dinero.¹⁴ La “administración científica” provocó una fragmentación tan grande del trabajo que el concepto de “trabajo productivo” perdió gran parte de su atractivo inicial.¹⁵ Los movimientos de fusión implicaron la desaparición de muchos capitalistas individuales, con el consecuente debilitamiento de la ideología de la movilidad ascendente. Quienes cuestionaban la subjetividad construida en torno del trabajo productivo y la propiedad en pequeña escala—no sólo las voces del capital sino también la capa media de reformadores sociales y profesionales que querían mitigar los conflictos sociales—lograron desplazar el debate hacia la esfera del consumo. La concepción de un cuerpo social compuesto por consumidores representaba un territorio libre de conflictos, un suelo fértil para forjar un nuevo compromiso entre el capital corporativo y “el pueblo”.¹⁶ Aun la crítica de la tecnología moderna, centrada en el aspecto deshumanizador de la gran industria, perdió vigor frente a una andanada de imágenes que asociaban la ciencia, la tecnología y los negocios a un futuro de abundancia y paz.¹⁷

La recién conquistada hegemonía empresarial creó, a su turno, un espacio para la aparición de concepciones novedosas de la sociedad norteamericana, la subjetividad y la reforma social. La fabricación del deseo por medio de representaciones dio origen a una crítica sobre la irrealidad de todo ello (la Tierra del Deseo era también una Tierra de los Sueños).¹⁸ La Nueva York de las luces de neón y las promesas de continuo entretenimiento y felicidad (en la temprana década de 1920) generaron críticas mordaces entre observadores privilegiados como Thorstein Veblen, Fritz Lang, Lewis Mumford y G. K. Chesterton.¹⁹ Estas críticas se centraban en la cualidad hipnótica, fabricada e irreal de la moderna ingeniería del consumo en la ciudad; una preocupación llevó a la búsqueda de nuevas fuentes de la objetividad. Este período fue testigo, por lo tanto, de una renovada creencia en la ciencia y de la creciente popularidad del imperio de los hechos y la filosofía del pragmatismo. Por otra parte, la dialéctica de la incitación y el rechazo suscitada por la “estética comercial del deseo” (los escaparates invitaban a todos a compartir el sueño de posesión, pero sólo admitían a unos pocos a un disfru-

te real) generó nuevas fuentes de división de clases y alienación, que requerían soluciones innovadoras. Además de una nueva filosofía más apegada a la experiencia (el pragmatismo), surgieron otras ideologías y terapias que intentaban superar aquellas tensiones.²⁰ Dentro de este contexto cultural crecieron el feminismo, el evangelio social y los tratamientos psíquicos; ideologías de tolerancia, inclusión y comunidad en una sociedad desgarrada por crecientes divisiones y exclusiones.²¹

El advenimiento del capitalismo corporativo y la cultura del consumo masivo también influyeron en la relación entre empresas y conocimiento. La fascinación norteamericana por la ciencia se fortaleció por obra de instituciones que promovían y popularizaban los descubrimientos científicos, revistas como *Popular Mechanics* pero también y, por sobre todo, las exposiciones internacionales. Una cooperación más estrecha entre los medios empresarios y la ciencia en las principales ramas de la industria (exploración y refinación de petróleo, electricidad, minería y metalurgia, automóviles, gas) contribuyó a aportar fondos a esas instituciones y, aún más importante, a idear espectaculares visiones del futuro de "América" como resultado de esa cooperación. El esfuerzo de los científicos por popularizar la ciencia (un esfuerzo en el que la *Smithsonian Institution* tuvo un papel precursor) encontró reconocimiento oficial con la creación del *National Research Council* en 1916. Este organismo consiguió establecer una colaboración más íntima entre el gobierno, las empresas y los científicos, fruto de la cual se organizaron varias ferias mundiales en las décadas de 1920 y 1930 que presentaban a la ciencia como la principal fuerza impulsora del progreso industrial estadounidense.²² Sus visitantes eran invitados a contemplar los milagros de la ciencia moderna y a participar de ellos, en exhibiciones que indicaban el contraste existente entre la torre modernista de General Motors y las tiendas y *wigwams* de los indígenas norteamericanos.

El compromiso de los estadounidenses con la ciencia se proyectó en los relatos e imágenes que producían sobre América del Sur. A lo largo de todo el período (1820-1920), la imagen de ésta como un territorio que debía ser conquistado por el conocimiento otorgó un sentido compartido de finalidad a la presencia norteamericana en ella. La construcción de la empresa norteamericana (en el sentido más amplio de la expresión) como una

práctica dirigida hacia la acumulación de conocimiento legítimo, en todo momento, su mayor y más profunda participación en la región. Pero con el paso del tiempo se produjeron cambios en la concepción de la empresa del conocimiento, cambios que invitaban a reconsiderar los argumentos y motivaciones que regulaban las relaciones entre norteamericanos y sudamericanos. Dos de esos cambios se relacionan de manera más directa con la transformación de la naturaleza del capitalismo estadounidense, su orden simbólico y sus afanes culturales. Uno fue la disponibilidad de nuevas tecnologías de observación y reproducción que podían transmitir a un mayor número de personas la información y las imágenes recogidas en el extranjero. Otro fue el rápido crecimiento de la cantidad de visitantes norteamericanos a América del Sur, una afluencia que tenía mucho que ver con la inclusión imaginaria de la región, durante la época del Panamericanismo, en la "tierra del deseo" de la cultura de consumo estadounidense.²³

Durante el período de involucramiento o articulación comercial, la búsqueda del conocimiento siguió dos caminos: el "conocimiento útil" y el "conocimiento general". Por un lado estaba el viajero y etnógrafo encargado de traducir los "otros mundos" a un lenguaje comprensible para los lectores estadounidenses. Por otro, los exploradores científicos que recolectaban "pruebas" con un alcance global, a fin de generar vastos sistemas clasificatorios destinados a ordenar el mundo natural. Uno autorizaba una relación romántica, "popular" y no informada entre el viajero-conocedor y las tierras extranjeras; el otro presentaba la actividad de conocer como el terreno privilegiado del hombre de ciencia. En las décadas de 1860 y 1870, la construcción del dispositivo museístico en los Estados Unidos, que combinaba las funciones de exhibición, educación y depósito de pruebas, desarrolló una actividad —la colección— que mezclaba ambos caminos del conocimiento. Los etnógrafos románticos podían verse como participantes en la empresa del conocimiento (tal como la definían los científicos) al recolectar especímenes de historia natural. En las montañas Rocallosas o el valle del Amazonas, el explorador recolector acumulaba y transmitía la "evidencia" con la cual los científicos podían confirmar la validez de grandes teorías sobre el orden natural. Mientras tanto, del otro lado del mostrador, los museos embarcaban a muchos

norteamericanos en una búsqueda del entendimiento del mundo, sus habitantes y su pasado.²⁴

Tal vez la expresión más acabada de este expansionismo del conocimiento —de esta pulsión por recoger datos en Sud-América que probaran ciertas regularidades naturales o leyes generales— fue la expedición de Louis Agassiz a Brasil en 1866. Profesor de la Escuela Científica de Lawrence y luego director del Museo de Zoología Comparativa, ambos de Harvard, Agassiz fue a Sud-América a recoger especímenes de fauna y flora que sirvieran para contradecir la teoría de la evolución selectiva de Darwin (algo que Agassiz llamaba "teoría de la transmutación"). Secundariamente, él esperaba probar que la Edad del Hielo había sido un fenómeno hemisférico; necesitaba, por lo tanto, evidencia de actividad glacial en América del Sur. Aunque esta exploración fue un fracaso (desde el punto de vista de las teorías de Agassiz), tendió a confirmar la noción de Sud-América como un gran repositorio de evidencias para la ciencia.

Durante la era del imperio informal se trazaron mapas de los territorios, no de acuerdo con ambiciosas teorías sobre el orden natural, sino en concordancia con las exigencias informacionales de la industria y las nuevas disciplinas (geología, geografía, antropología, sociología y economía). El sueño de un conocimiento generalizado se convirtió poco a poco en la articulación de información y representaciones (mapas, estadísticas, fotografías, manuales nacionales, investigaciones sociales y de mercado) sin un propósito científico común. La mera acumulación de información llegó a ser un fin en sí mismo, un impulso obsesivo de sociedades científicas, publicistas, filántropos, misioneros, educadores y el gobierno de los Estados Unidos. La incorporación de América del Sur a "la órbita de nuestro conocimiento colectivo" —como lo expresaba J. Perkins— implicaba un reconocimiento de la particularidad de cada nación y, por lo tanto, un énfasis en la diversidad y la insistencia en la capacidad de las nuevas tecnologías observacionales y representacionales de producir imágenes "más exactas" de la región. La búsqueda de representaciones precisas y visuales reemplazó a la anterior obsesión por la recolección de pruebas para el proyecto del conocimiento generalizado (en particular, la teoría de la evolución natural).²⁵

Sin lugar a dudas, la mayor demanda de representaciones precisas de América del Sur (fotos, mapas, manuales, estadísticas) reflejaba la búsqueda de objetividad que guiaba a las críticas sobre la cultura de masas en los Estados Unidos. Además, la apertura del Canal de Panamá —aclamado como un dispositivo tecnológico destinado a controlar el flujo internacional de bienes— despertó alrededor de 1915 o 1916 una gran expectativa sobre la receptividad de América del Sur a las iniciativas empresariales norteamericanas.²⁶ Escritores y viajeros dieron la bienvenida a nueva era de mayor comercio, turismo y préstamos financieros y pusieron a Sud-América la etiqueta de "continente de las oportunidades". El Canal de Panamá también fue objeto de celebraciones como un punto de observación más cercano a las realidades sudamericanas.²⁷ Desde este nuevo enclave, el imperio podía reclamar la apertura de un mayor territorio al conocimiento, una mina de nuevas y precisas informaciones.

Las nuevas "tecnologías de la visión" facilitaron la incorporación de América del Sur a la "órbita del conocimiento" del Imperio Informal Norteamericano. La fotografía fue un significativo componente de esas nuevas tecnologías, tan importantes para la construcción de la estética del deseo en el Norte. "El mercado fotográfico", afirma R. Levine, "modeló directamente las visiones que el mundo podía tener de América Latina".²⁸ A fines del siglo XIX, las compañías fotográficas norteamericanas enviaron docenas de fotógrafos a la región en busca de nuevas vistas.²⁹ Esas imágenes, reproducidas en postales estereoscópicas y álbumes fotográficos, se vendían por millares en los Estados Unidos, complementando la ya popular demanda de *cartes de visite*.³⁰ A través de circuitos privados o de mercado, la circulación de fotografías expandió de manera significativa la disponibilidad de evidencias visuales de América del Sur. Con el tiempo, al comprobar que las fotos eran una excelente manera de presentar sus productos, inspeccionar el terreno y comunicar a sus sedes centrales un fiel resumen de las actividades de las sucursales, las empresas comerciales comenzaron a adoptar el nuevo medio.

Los ejemplos de la conexión entre las empresas y la fotografía son abundantes. Percival Farquhar contrató al fotógrafo neoyorquino Dana B. Merrill para documentar el progreso de la construcción del ferrocarril Madeira-Mamoré.³¹ Rankin Johnson,

ingeniero jefe de la Bolivia Railroad Co., utilizó ese medio para ilustrar la construcción del ferrocarril y la demanda y el progreso generados por la nueva línea. Las compañías que vendían equipos completos a América del Sur (desde maquinarias agrícolas hasta barcos) usaban fotos como soportes visuales en sus catálogos, mientras que otras contrataban a fotógrafos para presentar un testimonio visual de las importantes transformaciones provocadas por el crecimiento basado en las exportaciones.³² Aparentemente, la llegada de inversiones norteamericanas directas produjo, además de petróleo, minerales, buques y miles de kilómetros de ferrocarriles, una masa de fotografías que amplió la visión que los empresarios estadounidenses tenían de la región y corrigió las descripciones exageradas e imprecisas difundidas por relatos de viajes y otras representaciones anteriores.

Más adelante, el desarrollo de la aviación civil y comercial (un campo en el que las empresas estadounidenses fueron pioneras) fortaleció las posibilidades de ver a la distancia. En la década de 1930 se comenzó a utilizar fotografías aéreas en planimetría y prospección, como una forma de reducir los costos de



Vista aérea de campos cercanos a Quito.

Fuente: J. L. Rich, *The Face of South America* (1942), ilustración N° 296, pág. 251.



Vista aérea de la zona cercana a Iquique. "Una 'oficina' de nitratos 35 millas al NE de Iquique."

Fuente: J. L. Rich, *The Face of South America* (1942), ilustración N° 246, pág. 204.

compañías mineras, prospectores de petróleo, constructores de caminos y contratistas ferroviarios.³³ Con la ayuda de las fotografías aéreas, las compañías estadounidenses pudieron penetrar en selvas y zonas montañosas, aun sin contar con una cartografía adecuada o bajo la amenaza de "nativos" hostiles. La búsqueda de una perspectiva distante —la vieja preocupación de viajeros románticos a la caza de vistas "pintorescas"— encontraba ahora una solución tecnológica, cuyo poder de abstracción era más grande.

"El viajero por aire tiene una perspectiva de un orden completamente diferente de la del hombre en tierra. Hacia donde dirija la mirada, en cada una de una miríada de visiones, ve agrupados en sus relaciones mutuas todos los rasgos del relieve, la geología, la vegetación y la ocupación humana de cientos de miles de kilómetros cuadrados de territorio. Con frecuencia, un solo vuelo sobre una región le basta para obtener una impresión más clara de las caracte-

rísticas importantes del terreno, así como del uso al que lo destinan los residentes, que la que podría alcanzar en meses de exploración en tierra, y para registrarla no necesita más que una cámara apropiada y una técnica mediante la cual pueda determinarse más adelante la localización de cada imagen.”³⁴

Aclamada por los científicos de los Estados Unidos como un imponente aumento del campo de visión, la nueva tecnología parecía también incrementar la demanda popular de objetividad: debido a su alcance, las fotografías aéreas transmitían una representación más veraz, clara y objetiva de América del Sur.³⁵

Luego de 1890, las fotos comenzaron a incluirse en los relatos de viajes por el subcontinente, como un reflejo de la demanda del público de representaciones visuales de la región. Las vistas habitualmente reproducidas en acuarelas, dibujos y grabados fueron reemplazadas por fotografías. El cambio de medio implicaba nuevas posibilidades de visión —observar el “verdadero rostro” de los sudamericanos o contar con descripciones



Vista aérea de sierras cercanas a Río de Janeiro. (Serra dos Órgãos, a 55 millas al noreste de Río). Nótese el fuselaje del avión.

Fuente: J. L. Rich, *The Face of South America* (1942), ilustración N° 81, pág. 78.



Vista aérea de las Cataratas del Iguazú. Fotografía tomada desde el sudeste. Nótese el ala del avión.

Fuente: J. L. Rich, *The Face of South America* (1942), ilustración N° 121, pág. 104.

“más realistas” del marco natural y social—, que podían traducirse en beneficios concretos para las empresas, la ciencia, la religión, el gobierno, etc.³⁶ La búsqueda de “objetividad”, una acentuada inquietud cultural de la Norteamérica de principios del siglo XX, encontró en la fotografía su bálsamo natural. Agentes comerciales, publicistas, viajeros, geógrafos, planificadores de políticas y misioneros parecían preocupados por el mismo problema: cómo generar representaciones exactas de América del Sur, imágenes, figuras e información que no estuvieran contaminadas por la perspectiva del observador.³⁷

En las décadas de 1920 y 1930, la construcción de una cultura de masas en los Estados Unidos proporcionó la arquitectura de ideas (modernidad, antigüedad, inducción del consumo) que guiaron la incorporación de América del Sur al Imperio Informal Norteamericano.³⁸ La idea de una modernidad norteamericana, construida en torno de rascacielos, autos, aparatos eléctricos y carreteras—vale decir, un proyecto que identificaba los productos materiales del capitalismo corporativo con un modo de vida y un estilo—, era objeto de una interpelación

constante para distinguir las regiones de América del Sur que pudieran comportarse como consumidores. Los viajeros presentaban la conformidad entre esos patrones de consumo como pruebas aceptables de "modernidad". En la década de 1920, sólo Buenos Aires, Río de Janeiro y algunas otras grandes ciudades podían disfrutar de esa etiqueta. Aunque vacilaban en caracterizar como norteamericana la modernidad de esas urbes —se sentían divididos entre el presunto europeísmo de éstas y la muy visible difusión de bienes estadounidenses—, era claro que ciudades con intenso tránsito, habitantes conscientes de la moda y consumidores exigentes eran representativas de una cultura de consumo incipiente. Los visitantes extranjeros deben haber considerado muy "modernos" y "norteamericanos" los clubes de automovilistas que organizaban "caravanas viales" a través del estado de San Pablo. Lo mismo podía decirse de las calles de Buenos Aires, atestadas de autos norteamericanos.

El otro extremo de esta polaridad, la antigüedad, también era buscado y representado con esmero. Las imágenes de arroboamiento consumista, superioridad científica y conquistas tec-



Vista aérea del cementerio de la Chacarita en las afueras de Buenos Aires. Llamó la atención del fotógrafo esta "ciudad de los muertos".

Fuente: J. L. Rich, *The Face of South America* (1942), ilustración N° 152, pág. 129.

nológicas exigían su opuesto: las “civilizaciones antiguas” hoy empobrecidas o inexistentes, que corroboraban los mensajes difundidos por la cultura del consumo masivo. En este período, la *National Geographic* publicó artículos ilustrados sobre Machu Picchu, “la ciudad perdida de los incas”. Fue durante esta misma época en que los antropólogos se embarcaron en una tarea de reconstrucción (por medio de fotografías, entrevistas y colecciones de artefactos) de los *selk’nams* de Tierra del Fuego, como parte de una búsqueda de las sociedades más primitivas de la Tierra.³⁹ Y, en este mismo período, los americanos nativos —tanto de una como de otra América— alcanzaron el dudoso privilegio de ser representados (como objetos de exhibición) en todas las ferias mundiales estadounidenses.⁴⁰

Un segundo pilar de la arquitectura de ideas que gobernó la incorporación de América del Sur al Imperio Informal Norteamericano fue la inducción del consumo: la creencia de que el mismo deseo de poseer y consumir generado por la ingeniería de consumo podía mejorar las relaciones hemisféricas. Tras la Primera Guerra Mundial, los norteamericanos comenzaron a consumir una creciente cantidad de productos de América del Sur y, a la inversa, los sudamericanos sentían fascinación por los bienes estadounidenses.⁴¹ El éxito comercial de los radiorreceptores, los automóviles, las máquinas de escribir y otros aparatos eléctricos norteamericanos indujo a muchos a creer que los sudamericanos de las ciudades estaban dominados por el mismo deseo abrumador de poseer que había modificado las actitudes y los hábitos de los consumidores de los Estados Unidos. Los vínculos económicos directos en la esfera del consumo, suponían muchos, llevarían a una equiparación de las preferencias que se percibía como un signo inequívoco de la mejora de las relaciones entre América del Norte y América del Sur. Se trataba de una reconceptualización de las relaciones entre norteamericanos y sudamericanos, derivada en parte de la economía del deseo característica de la era del capitalismo corporativo y el consumo masivo.

Llevada al exterior, la economía del deseo proporcionó un nuevo justificativo racional a las relaciones internacionales. Si la cultura norteamericana podía exportarse a través de sus productos (y sus disciplinas), existía la posibilidad de reducir a una dimensión manejable la resistencia de los nacionalismos emergentes. Tal era la ideología que orientó la política de los directo-

res de la Unión Panamericana, el *Carnegie Endowment for Peace*, los misioneros del evangelio social y otras instituciones que trataban de revivir en la práctica el difunto "continentalismo" (ambiciones hemisféricas) de la doctrina Monroe.⁴² La inducción del consumo, es decir la fabricación gradual del deseo, era la metáfora central de la nueva articulación. Pero, a fin de vender más Biblias, construir más caminos, instalar más distribuidores de automóviles o persuadir a más consumidores sudamericanos de comprar más radios, los norteamericanos debían ante todo conocer mejor la región, su composición social, su geología, sus yacimientos petrolíferos, sus prácticas culturales. A su turno, esto exigía un mayor compromiso con la "empresa del conocimiento".

NOTAS

¹ Véanse Glenn Porter, *The Rise of Big Business, 1860-1910* (Arlington Heights: AHM Publishing Corp., 1973), y Alfred D. Chandler, *The Visible Hand: The Managerial Revolution in American Business* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1977) [traducción castellana: *La mano visible. La revolución de la dirección de la empresa norteamericana* (Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1988)]. Sobre la interdependencia entre ciencia e industria, véase David F. Noble, *America By Design. Science, Technology and the Rise of Corporate Capitalism* (Nueva York: Oxford University Press, 1977).

² De acuerdo con Jackson Lears, la publicidad contuvo y ordenó el "carnaval Barnumescos" y lo transformó en una estética ordenada y tentadora para las masas. *Fables of Abundance* (Nueva York: Basic Books, 1994).

³ William Leach, *Land of Desire: Merchants, Power and the Rise of a New American Culture* (Nueva York: Vintage Books, 1993), en especial pp. 3-12.

⁴ S. Ewen, *All Consuming Images...*, *op. cit.*, capítulo 3, pp. 41-53.

⁵ "Las artes gráficas y la fotografía", dice W. Leach, "[...] anunciaron entre 1880 y 1910 una nueva era en la presentación de información visual, haciéndola más vistosa. Los nuevos procesos técnicos podían convertir con facilidad cualquier artículo, cualquier pintura, cualquier foto, en atractivas ilustraciones de medio tono". Cf. W. Leach, *Land of Desire...*, *op. cit.*, p. 50.

⁶ Joel Porte escribe: "No es difícil demostrar, creo, que dos de los problemas más candentes que preocupaban a la Norteamérica Jacksoniana —la renovación religiosa y la cuestión de los bancos— estaban impregnados de lo que un estudioso denominó 'economía espermática'". Cf. J. Porte, *Representative Man: Ralph Waldo Emerson in His Time* (Nueva York: Columbia University Press, 1988), p. 268.

⁷ Véase David Rothman, *The Discovery of the Asylum. Social Order and Disorder in the New Republic* (Boston: Little, Brown, 1971).

⁸ Para una discusión sobre estos debates entre monogenesis y poligenesis véase Reginal Horsman, *Race and Manifest Destiny* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1981), capítulo 7.

⁹ En torno de 1850, las discusiones acerca de un origen único de la diversidad de razas humanas tuvieron gran importancia para la concepción religiosa de la misión norteamericana en el extranjero. Quienes sostenían la correspondencia entre razas y zonas ecológicas y ponían en duda la realidad de un origen único de la familia humana, cuestionaban un principio fundamental de la religión evangélica: la existencia de una sola "humanidad" dividida por obra de las migraciones en diferentes razas con grados desiguales de civilización. Por eso los líderes religiosos comprobaron que debían atacar las teorías de Louis Agassiz, a la vez que consideraban científicas y adherían a las de Bachman, Pickering y otros. Véase "The original unity of the human race - Pickering, Bachman, Agassiz", *The New Englander*, 8(4), New Haven, 1850, pp. 542-584.

¹⁰ Los sueños del cristianismo evangélico de difundir su evangelio y su cultura entre las otras razas constituyeron otra forma de una ideología expansionista, que cuestionaba y al mismo tiempo extendía el argumento del "Destino Manifiesto". La raza blanca, altamente representada en el tipo norteamericano, había recibido la misión de difundir la palabra de Dios, no sólo en Occidente sino en el mundo en general.

¹¹ J. Livingston, *Pragmatism and the Political Economy...*, *op. cit.*, capítulo 3, en especial pp. 57-63.

¹² Sobre este punto véase Harry Braverman, *Labor and Monopoly Capital. The Degradation of Work in the Twentieth Century* (Nueva York: Monthly Review Press, 1974), especialmente capítulos 5 y 6.

¹³ H. Ford hizo este anuncio (salario de 5 dólares por día) en enero de 1914, presentando a éste como la "mayor revolución" en las relaciones industriales. Con estos salarios, Ford pensaba, los propios trabajadores podrían comprar un modelo Ford T. Véase Ray Batchelor, *Henry Ford. Mass Production, Modernism and Design* (Manchester: Manchester University Press, 1994), pp. 22-24.

¹⁴ Hacia 1910-1912, sugiere Daniel T. Rodgers, los críticos del monótono trabajo industrial comenzaron a proponer más ocio (clubes sociales, lecturas, hobbies, recreación en espacios públicos) entre las clases trabajadoras. *The Work Ethic in Industrial America, 1850-1920* (Chicago: University of Chicago Press, 1978), pp. 65-93.

¹⁵ Sobre los cambios que produjo la administración científica en la naturaleza del trabajo, véase Benjamín Coriat. *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el Taylorismo, el Fordismo y la producción en masa*, 9ª edición (Madrid: Siglo XXI, 1993).

¹⁶ La cultura de consumo echó raíces, dice J. Livingston, "cuando la noción de 'trabajo productivo' dejó de tener sentido como una manera de designar valores, asignar roles sociales y explicar relaciones de clase o conflictos políticos". Cf. *ibíd.*, p. 95.

¹⁷ *Ibíd.*, pp. 100-102.

¹⁸ Rosalind Williams ha mostrado cómo las exposiciones internacionales, inicialmente diseñadas para mostrar los progresos de la tecnología, fueron gradualmente orientándose hacia los entretenimientos y la fantasía, constituyendo al final un mundo de ensueño del consumidor masivo. "The Dream World of Mass Consumption", en Ch. Mukerji y M. Schudson, eds., *Rethinking Popular Culture* (Berkeley y Los Ángeles: University of California Press, 1991), pp. 198-235.

¹⁹ Véase W. Leach, *Land of Desire* (1993), pp. 345-346.

²⁰ J. Livingston analiza brillantemente cómo estas nuevas realidades hipnóticas del mundo del consumo impactaron en el pensamiento de John Dewey, William James y Walt Whitman. Véase *Pragmatism and the Political Economy of Cultural Revolution* (1994).

²¹ Buscadores de modos simples de vida, militaristas, curadores de la mente y místicos —dice T.J. Jackson Lears— "buscaron alternativas 'auténticas' a la aparente irrealidad de la experiencia moderna". *No Place of Grace* (1981), p. 5.

²² Véase R. W. Rydell, *World of Fairs...*, *op. cit.*, en especial el capítulo 4, pp. 92-114.

²³ En este sentido, Cuba pudo haber servido como el primer puente hacia la construcción de América Latina como un "paraíso del turismo". Véase Rosalie Schwartz, *Pleasure Island. Tourism and Temptation in Cuba* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1997).

²⁴ Sobre la doble misión de los museos (educar al público y servir de laboratorio a los científicos), véase Steven Conn, *Museums and American Intellectual Life, 1876-1926* (Chicago: University of Chicago Press, 1998).

²⁵ Durante este período se produjo, desde luego, un resurgimiento de la arqueología, que alentó la recolección de artefactos y restos indios; esa recolección, sin embargo, se movía dentro del marco del imaginario creado por la cultura de consumo. Hiram Bingham y otros "descubridores" del siglo XX no podían escapar a las polaridades y la economía estética de la cultura de masas. Sus producciones textuales reforzaban el poder de la ciencia en la construcción del imperio (aún podían hacerse nuevos "descubrimientos"), pero, al mismo tiempo, satisfacían las necesidades interpretativas de los consumidores. En la década de 1920, la América del Sur andina se convirtió en un punto en el mapa del turismo norteamericano, y las imágenes de las ruinas incas y la pobreza indígena —representativas de la antigüedad y el atraso— comenzaron a valorizarse por su carácter exótico y tentador.

²⁶ Bill Brown sostiene que el Canal de Panamá excitó la imaginación de los autores de ciencia ficción, quienes lo presentaron como un artificio mecánico que prometía extender (como una prótesis) el alcance del imperio norteamericano. Entre 1900 y 1915 las representaciones del expansionismo estadounidense pasaron de los héroes a caballo a los hombres mecánicos, como un reflejo de la recién conquistada aceptación de la tecnología como la fuerza impulsora de la cultura norteamericana. Véase Bill Brown, "Science fiction, the world's fair, and the prosthetics of empire, 1910-1915", en A. Kaplan y D. Pease (comps.), *Cultures of United States Imperialism*, *op. cit.*, pp. 129-163.

²⁷ En J. F. Normano, *The Struggle for South America: Economy and Ideology* (Londres: Allen & Unwin, 1931), en especial pp. 97-116, se encontrarán argumentos sobre las oportunidades comerciales abiertas por el Canal de Panamá y el impulso dado al Panamericanismo.

²⁸ R. Levine, "Images of progress in nineteenth-century Latin America", *Journal of Urban History*, 15(3), mayo de 1989, p. 311.

²⁹ Levine correlaciona los distintos medios con dos tipos de fotógrafos: el fotógrafo de estudio que tomaba imágenes elitistas y el fotógrafo exterior itinerante que tomaba panorámicas; el primero hacía hincapié en el progreso técnico y material, mientras el segundo buscaba lo desusado y lo exótico.

³⁰ Por razones sociales, políticas y culturales, las elites latinoamericanas utilizaban las *cartes de visite* para mostrar su carácter respetable, urbano y progresista. Véase Deborah Poole, *Vision, Race and Modernity* (Princeton: Princeton University Press, 1997), capítulo 5.

³¹ Merrill instaló un estudio en Porto Velho, centro de las operaciones de Farquhar en el Amazonas. Sólo se han conservado trescientos de los negativos, comprados por el ingeniero Edgard Smith.

³² Enviado por la Pacific Mail Steamship Co., el fotógrafo Eadweard Muybridge recorrió Guatemala para registrar escenas de la producción y distribución de café. Muybridge fotografió todo el ciclo de la actividad cafetalera, y sus imágenes transmiten a los espectadores una sensación de paz y orden. Véase E. Bradford Burns, *Eadweard Muybridge in Guatemala, 1875: The Photographer as Social Recorder* (Berkeley y Los Ángeles: University of California Press, 1987). Como ejemplo del uso de fotografías en catálogos comerciales, véase "James Rees and Sons Company", un catálogo en español e inglés con fotos de vapores y bocetos de barcos. En la primera página aparece una fotografía del fundador, James Rees; en la segunda, una imagen de los talleres de la firma en Pittsburgh. Al parecer, los buques eran transportados a América del Sur en partes y se armaban en el puerto de llegada. Véase James Rees Sons & Co., "Papers, 1851-1927", Historical Society of Western Pennsylvania.

³³ P. T. Etherton y V. Barlow, *The Trail of the Conquerors* (Londres: Jarrold Publishers, 1936), pp. 249-252.

³⁴ Cf. J. L. Rich, *The Face of South America*, *op. cit.*, p. ix.

³⁵ *Ibíd.*, pág. xi.

³⁶ La fotografía brindaba nuevas posibilidades a los científicos interesados en proporcionar al público norteamericano representaciones fieles de los sudamericanos. Con buenas imágenes de los indígenas patagónicos, creía el geógrafo Bowman, la vieja cuestión de la estatura y el cuerpo de estos presuntos "gigantes" podría quedar definitivamente zanjada. Los Tchuelpes, a quienes Bowman había logrado medir (en promedio, los hombres medían 1,80 metros y pesaban 77 kilos; las mujeres medían 1,70 metros y tenían el mismo peso que los varones), podían ahora aparecer en sus verdaderas dimensiones ante los ojos del público norteamericano. Cf. Isaiah Bowman, *South America: A Geography Reader* (Chicago y Nueva York: Rand McNally, 1915), p. 22.

³⁷ Curiosamente, la campaña por la "objetividad" coincidió en los Estados Unidos con la "estetización de los negocios": la imposición del "estilo" y

la "belleza" como poderosas dinamos de la cultura de consumo. Véase S. Ewen, *All Consuming Images...*, *op. cit.*, pp. 41-46.

³⁸ No pretendo decir aquí que las nuevas tecnologías representacionales que modificaron la naturaleza del capitalismo en los Estados Unidos extendieron su dominio a América del Sur y produjeron una forma similar de sociedad y cultura (cultura del consumo de masas). La publicidad moderna y el intento de desarrollar mercados para los bienes de producción masiva (máquinas de escribir, fonógrafos y radios, automóviles) aparecieron relativamente tarde en la región y no superaron los límites impuestos por la pequeña cantidad de consumidores con poder adquisitivo (los sectores medios). Sos-tengo, en cambio, que las mismas tecnologías de percepción y la lógica de exhibición que dieron forma a la relación entre empresas y sociedad en Nor-teamérica influyeron en la representación de América del Sur.

³⁹ Clive Gamble, "Archaeology, history and the uttermost ends of earth...", *op. cit.*, pp. 712-720.

⁴⁰ R. W. Rydell escribió: "A partir de la Exposición Colombina Mundial de Chicago, en 1893, todas las ferias internacionales norteamericanas celebra-das hasta la Primera Guerra Mundial presentaron aldeas etnológicas aproba-das por eminentes antropólogos que de vez en cuando organizaban cursos universitarios de verano en torno de esas exhibiciones. Ya nos ocupemos de la feria de Seattle, donde los escolares agujoneaban con paja a las mujeres Igorots, o de las ferias de Omaha, Buffalo y St. Louis, donde Gerónimo vendía su autógrafo por diez centavos, las exposiciones, y sobre todo sus avenidas centrales, dieron a millones de norteamericanos una experiencia directa del tratamiento de personas no blancas de todo el mundo como mercancías". Cf. R. W. Rydell, *World of Fairs...*, *op. cit.*, pp. 22-23.

⁴¹ "Los norteamericanos no necesitan más que mirar las suelas de sus zapatos, el escarchado de sus tortas, sus impermeables o el café que toman a la mañana para comprender su 'dependencia' de América del Sur." I. Bowman, *South America...*, *op. cit.*, pp. 11-12.

⁴² Aun las críticas formuladas por Joseph Freeman y Scott Nearing en *Dollar Diplomacy* (Nueva York: B. W. Huebsch and The Viking Press, 1925) [traducción castellana: *La diplomacia del dólar* (Madrid: Instituto Cubano del Libro, 1973)], apuntaban hacia la existencia de contactos más democráticos o difundidos entre los "pueblos" de América del Norte y América del Sur.

Capítulo 6

Entre la ciencia y los negocios



En 1924, una compañía norteamericana encargada de la construcción de la carretera entre Lima y El Callao encontró un enorme cementerio inca en medio de su trazado. Para terminar el camino, los técnicos y obreros de la empresa excavaron sin ceremonia alguna el lugar, y al hacerlo pusieron al descubierto restos de indígenas, aparentemente muy antiguos.¹ El hallazgo dramatizó las tensiones entre las empresas norteamericanas y las tradiciones culturales locales, porque el capital estadounidense perturbaba, en términos más que metafóricos, la paz de los “antiguos peruanos”. Las rutas construidas por los norteamericanos prometían despertar las energías de la nación andina, adormecidas por siglos de “primitivismo” y tradición, a costa de destruir un cementerio inca. Si bien lamentaba esa perturbación, el *Detroit News* celebró la noticia como un aporte hecho por el empresariado estadounidense en el exterior a la empresa del conocimiento. Después de todo, el descubrimiento arqueológico era obra de una compañía norteamericana, que sumaba así una nueva cosecha de cráneos, huesos y utensilios a las colecciones existentes sobre la América andina. Utilizadas por expertos —arqueólogos, osteólogos, etnógrafos e historiadores—, las nuevas “evidencias” (aunque eran un subproducto de la construcción vial) podían contribuir a la elaboración de representaciones más exactas de la sociedad inca, servir para convalidar o rechazar las concepciones existentes sobre la historia antigua y la identidad nacional peruanas y ayudar a situar a los “nativos” del Perú dentro del orden de la evolución humana.

La conexión entre negocios y conocimiento, establecida desde los comienzos de la expansión comercial norteamericana en el exterior, asumió hacia la década de 1920 un alto grado de interdependencia. Los intereses petrolíferos estadounidenses, enfrentados a la necesidad de evaluar la magnitud real de los recursos sudamericanos en materia de hidrocarburos, enviaban un pequeño ejército de geólogos a realizar exploraciones de campo en los distritos costeros de Venezuela y Perú, territorios remotos en los valles de los ríos Amazonas, Orinoco y Paraguay y también a las mesetas andinas y los bosques de Bolivia.² En nombre de los negocios, estos "exploradores de petróleo" seguían los senderos de anteriores exploradores y enfrentaban peligros y aventuras similares ("fiebres selváticas, reptiles venenosos y hasta indios hostiles") a fin de cartografiar, con instrumentos más precisos, nuevos territorios para la explotación.³ Su tarea se situaba en la intersección de la ciencia y la empresa. Sus mapas y cartas (hidrográficos, geológicos, orográficos), si bien elaborados para evaluar las posibilidades de las empresas norteamericanas en la región, producían una incorporación visual de esos nuevos territorios a la esfera del conocimiento (estadounidense). En esa medida, los prospectores de petróleo —al igual que los constructores de rutas, los ingenieros ferroviarios, los navegantes y los distribuidores de maquinarias agrícolas— compartían la misma idea que animaba la empresa del conocimiento: un proyecto que produjo el primer mapa detallado de Hispanoamérica, las colecciones etnológicas de la *Smithsonian Institution*, los manuales estadísticos publicados por la Unión Panamericana, y el *Handbook of Latin American Studies*.

La inversión directa norteamericana llevó a América del Sur algo más que capitales, tecnología y prácticas de gestión: una maquinaria de relaciones informativas y públicas que contribuyó a delinear las nuevas "realidades" de las naciones anfitrionas. El conocimiento geográfico aprovechó la inteligencia pacientemente recogida por concesionarios extranjeros de servicios públicos. Éstos suministraban elementos muy necesarios, como planos urbanos, estadísticas sobre condiciones sanitarias y detallados estudios demográficos. De manera análoga, los informes de campo de los inspectores ferroviarios y las compañías viales servían para corregir las imprecisiones de los mapas trazados por geógrafos y exploradores. ¿Cómo distinguir entre las

contribuciones hechas al conocimiento de la región por las investigaciones de la Sociedad Bíblica sobre alfabetización y lectura y las encuestas utilizadas por las compañías publicitarias (como J. Walter Thompson Co.) para evaluar las posibilidades de mercado de los automóviles de General Motors? Unas y otras eran aplicaciones de la ciencia a objetivos comerciales o religiosos y, al mismo tiempo, maneras de aprehender las realidades urbanas sudamericanas.

Emily Rosemberg ha mostrado cómo la YMCA se movió en los años 1920 hacia un programa internacional de servicio social para ayudar a su proyecto de conversión cristiana. Ese proceso de secularización e internacionalización, según Rosemberg, contribuyó a la difusión del "modo de vida americano" en América Latina (y también en Asia) tanto o más que el desarrollo de las comunicaciones (radio, periodismo, servicios de noticias).⁴ Muchas veces descontamos el papel de la religión en el avance de la hegemonía cultural norteamericana y en su auxiliar, la acumulación de conocimientos regionales. El caso de YMCA nos obliga a ser más cuidadosos. Porque fue esta institución la que experimentó por primera vez con métodos de encuestas (*social surveys*) para aplicarlos a la reforma de las sociedades receptoras —tanto en América Latina como en el Lejano Oriente—.

Las empresas norteamericanas en América del Sur producían representaciones textuales que contribuían al proyecto del conocimiento generalizado. Muchas son las instancias que podrían mencionarse de esta particular complicidad entre empresas de negocios y conocimiento. La Expedición Peruana de la Universidad de Yale (1911-1915), comandada por el arqueólogo e historiador Hiram Bingham, contó con múltiples apoyos empresariales. Aunque buena parte de la expedición fue financiada por la *National Geographic Society*, fueron empresas norteamericanas las que proveyeron a la expedición la logística y los contactos que hicieron posible el viaje del equipo de exploradores. Desde que salieron de New Haven hasta que instalaron campamento en Ollantaytambo, recibieron ayuda de empresas. Kodak Co. fue la que facilitó cámaras fotográficas, filme y equipos para revelar en el campo. Empresas del área de New Haven y New York (Waltham y Winchester) proveyeron armas e instrumentos de medición. La compañía W. R. Grace se encargó del transporte marítimo por el Pacífico (los barcos de la United Fruit Co. trans-

portaron a los exploradores en su trayecto Atlántico-Caribeño) y de los papeles de aduana. Ya en Perú, la Peruvian Corporation, una empresa que combinaba emprendimientos ferroviarios, mineros y de comercio, subsidió el pasaje en tren del grupo hasta Cuzco. Y es sabido que Bingham consultó a varios ingenieros de empresas mineras que operaban en la región (entre ellas, las de Guggenheim) acerca de las aleaciones de bronce encontradas en objetos incaicos.⁵

También es pertinente mencionar el proyecto del Relevamiento del Amazonas (*Amazonian Surveys*) promovido y financiado por Nelson Rockefeller desde la oficina del Coordinador de Asuntos Inter-Americanos. En 1941 y con el objeto de contrarrestar los planes de desarrollo amazónico del presidente Getúlio Vargas, Rockefeller propuso realizar una vasta investigación de los recursos y problemas del Amazonas.⁶ Después de Pearl Harbor, la escasez de un insumo estratégico (el caucho) dio urgencia a esta investigación. Rápidamente el Coordinador Rockefeller consiguió una apropiación de 200.000 dólares para que "un equipo de expertos en agricultura, poblamiento y enfermedades tropicales, transporte, nutrición y trabajo" estudiaran "la condición actual de la propiedad de la tierra en varios estados de la cuenca del Amazonas".⁷ Además de asegurar el control de una cuota de caucho para los Estados Unidos (y sus principales compañías, Firestone y Goodyear), el proyecto contemplaba estudiar la flora de la región, recogiendo plantas de futura utilidad medicinal. En el terreno, y viendo la dura vida de los *seringueiros* y la alta mortalidad entre los indígenas, J. C. King, el director del *survey*, propuso instalar una cadena de estaciones experimentales agrícolas (¡en la jungla!) para generar ideas para un vasto programa de desarrollo a implementarse al finalizar la guerra.

Los casos de dos agentes ferroviarios (uno en Bolivia, otro en el Amazonas) durante la primera década del siglo XX ayudarán a ejemplificar la compleja relación entre negocios y conocimiento en la era del imperio informal. En ambos casos, los empresarios-exploradores participaron personalmente en la producción, difusión o aplicación del conocimiento y dejaron una vasta colección de representaciones de los territorios y poblaciones atravesados por los nuevos ferrocarriles. En uno y otro ejemplo, colecciones de fotografías que representan los ne-

gocios como una actividad y un modo de ejercicio del poder potencian nuestra comprensión de la misión y el trabajo de estos exploradores. Uno de ellos llevó adelante una tarea etnográfica, mientras dirigía la construcción de un ferrocarril. El otro construyó una ciudad higiénica en medio de la selva amazónica, para resaltar el poder de la "medicina tropical" norteamericana, ella misma un producto de la expansión imperial anterior.

Rankin Johnson, un ingeniero norteamericano empleado por la Bolivia Railroad Co. (1906-1909), llevó a su fin la construcción del ferrocarril Antofagasta-Oruro, contribuyendo luego con sus servicios a la operación de venta de la línea a una compañía británica. Como a otros constructores estadounidenses, lo enorgullecía la eficiencia alcanzada por el proyecto en materia de reducción de costos y de tiempos de construcción. Pero lamentaba que el proyecto se hubiese llevado a cabo en un momento de grandes tensiones diplomáticas (Chile ocupaba parte del territorio boliviano) y en un lugar casi "vacío" de civilización (el ferrocarril atravesaba el desierto de Atacama). Aunque muy comprometido con el manejo de ese arduo proyecto, Johnson encontró tiempo para emprender una exploración etnográfica y arqueológica en la región, con la esperanza de llenar ese "vacío". Para ello utilizó sus habilidades de fotógrafo con un doble fin: documentar el progreso de la empresa y recoger impresiones del campesinado boliviano.⁸ Su primer "álbum" (dieciocho páginas de fotos numeradas, cada una con un epígrafe) puede leerse como un informe de negocios —como un reporte gráfico de los avances en la construcción de la línea—. ⁹ Contiene una detallada descripción visual del trabajo efectuado en el ferrocarril de Antofagasta (terrenos de las estaciones, andenes, plantas de destilación de agua, edificios administrativos, almacenes, barracones de los trabajadores), de la eficiente coordinación de los materiales y recursos disponibles (rieles de hierro, madera, vagones, locomotoras, tanques de agua, grúas) y del progreso generado por la nueva línea (cargamentos amontonados junto a los rieles, rebaños de llamas, pasajeros esperando en la estación, nuevos pueblos, técnicos norteamericanos y trabajadores indígenas en actividad). Las fotos de las minas de cobre y plata de los alrededores destacan la futura rentabilidad del proyecto. Otras fotografías actúan como señales o marcas históricas



Cuzco, Peru



In the streets of Cuzco.

Página del álbum de fotografías del ingeniero Rankin Johnson. El fotógrafo-ingeniero escribió "Cuzco, Perú" y "En las calles de Cuzco" debajo de las fotos.

Fuente: Rankin Johnson Papers, Carpeta Miscelánea, University of Pittsburgh Archives.



El party of Americans at Tiahuanaco



First train into Cuzco.

Arriba: Norteamericanos en las ruinas de Tiahuanaco (Bolivia), ca. 1908-1909. Fotografía tomada por el ingeniero Rankin Johnson.
Fuente: *Rankin Johnson Papers*, Carpeta 6B, University of Pittsburgh Archives.

Abajo: Llegada del primer ferrocarril a Cuzco, ca. 1910. Fotografía tomada por el ingeniero Rankin Johnson.
Fuente: *Rankin Johnson Papers*, Miscelánea, University of Pittsburgh Archives.

y recuerdan a los espectadores la realidad de la ocupación chilena, mientras que un tercer grupo muestra las actividades de los gerentes en las horas de ocio.

Un segundo álbum, titulado *Bolivia To-day, 1908*, estaba probablemente destinado a una audiencia más amplia. Las fotografías incluidas en él guardan poca relación con la construcción de ferrocarriles y representan, en cambio, una colección de vistas de los pueblos, el trabajo y las costumbres de Bolivia y Perú: indígenas con máscaras durante las "fiestas", gente común y corriente en las calles de Cuzco, escenas en los mercados de La Paz, las chozas de los campesinos en las aldeas de montaña y los trabajadores indios del ferrocarril.¹⁰ La intención de mostrar el "rostro humano" de Bolivia y Perú a los espectadores estadounidenses parece evidente. Además, las imágenes muestran con claridad las rígidas jerarquías raciales y de clase imperantes en el país. Las fotos de "cholos" y "cholitas" endomingados contrastan con las de campesinos indios en su visita a los pueblos durante los días de mercado. Las primeras, comparadas con las fotos de criollos de clase alta mientras se pasean por la plaza, señalan un dramático contraste en materia de bienestar y costumbres. Marcadores de diferencias raciales (donde la estratificación racial sirve como una solución al rompecabezas de la "mezcla de razas"), las fotografías también sugieren una identificación entre los norteamericanos y los bolivianos de clase alta en términos de consumo.¹¹ Las imágenes de interiores de casas de clase alta, con bibliotecas, pinturas, vajilla de loza y costosas tapicerías, señalan la existencia en Bolivia de un grado de refinamiento comparable con el encontrado en los hogares estadounidenses de clase media.

Otras fotografías muestran la dedicación de Johnson al proyecto etnográfico y etnológico. Algunas de ellas inscriben a los campesinos indígenas contemporáneos en el marco de una larga historia anterior a la conquista. Campesinos aymaras y quechuas aparecen dentro de antiguas ruinas, junto a ellas o sobre ellas, lo cual sugiere de manera inequívoca la mezcla de lo antiguo y lo contemporáneo en un primitivismo común. De particular interés son las imágenes que muestran a un arqueólogo norteamericano ("Hibbo") posando en las ruinas de Tiahuanaco. Al parecer, Johnson lo ayudó a desenterrar un cúmulo de huesos y cráneos indios del sitio.¹² Hay otras tomas en las que

Johnson aparece disfrutando de un día de campo, en las ruinas de Tiahuanaco, junto a visitantes norteamericanos (¿empresarios?, ¿ingenieros?, ¿académicos?). La participación de los norteamericanos —sugieren estas imágenes— no se limitaba a las interacciones autorizadas por las instrucciones y los programas de sus compañías. Además de ser ingeniero ferroviario, Johnson se consideraba un arqueólogo y etnógrafo aficionado cuyo trabajo podía contribuir a descifrar la antigüedad de la Sud-América andina y a documentar la presencia y las culturas indígenas contemporáneas. Esto requería relacionarse con los bolivianos más directamente de lo que exigía la eficaz conclusión de la línea ferroviaria. No obstante, a pesar de ese contacto cercano (una imagen muestra a Johnson rodeado de indígenas enmascarados), el ingeniero-etnógrafo fue capaz de mantener una identidad independiente, una distancia fundada en su origen nacional y su educación. Las fotografías dejan en claro que tanto él como otros ingenieros y gerentes pertenecían a una cultura diferente. Aunque aparecieran cazando con los “nativos” o charlando con ellos en un día de mercado, en privado eran lectores, miembros de una cultura literaria que se creía superior a otras. Johnson, después de todo, era graduado de la Sheffield Scientific School de la Universidad de Yale (B. A. de la clase de 1895).¹³ Y fue a partir de esta posición —como representante de una de las principales universidades de los Estados Unidos y hombre de cultura— que emprendió su proyecto fotográfico y comenzó a coleccionar reveladoras imágenes de la vida y el trabajo bolivianos.

Entre 1907 y 1912, otro residente de Filadelfia, Percival Farquhar, terminó el proyecto que Philip y Collins habían dejado inconcluso en 1878: la línea Madeira-Mamoré en la cuenca del Amazonas. Su plan era más ambicioso: apuntaba a la creación de un imperio privado que incluyera caucho, pasturas de ganado, transporte fluvial y ferroviario, muelles y almacenes y actividades de comercialización.¹⁴ Este imperio imaginado requería un nuevo centro de operaciones, una ciudad-compañía al estilo norteamericano (Porto Velho, situada en el corazón de la región amazónica), y un sistema de aprovisionamiento que no dependiera, como había sucedido en el intento previo, de la cooperación indígena.¹⁵ Más importante aún, el nuevo “enclave” de los negocios estadounidenses debía incorporar servicios propios de las ciuda-

des norteamericanas y la mejor atención médica disponible. El trabajo de una fuerza laboral importada, potenciado por el poder de la ciencia médica y la ingeniería de los Estados Unidos, produciría el milagro de un ferrocarril en medio de la selva amazónica.

Farquhar tuvo éxito donde sus predecesores habían fracasado. Pese a ataques de los indios Caripunas, reiterados accidentes y el secuestro de trabajadores por parte de los barones del caucho, el ferrocarril alcanzó finalmente su punto de destino, la estación de Guajará-Mirim, en abril de 1912. Parte del éxito se debía a la política india que el empresario implementó. Sabedor de que las compañías de caucho bolivianas habían esclavizado a los hombres y secuestrado a las mujeres indígenas, Farquhar amenazó con despedir a quienes acosaran a las muchachas Caripunas y distribuyó regalos entre los miembros de la tribu.¹⁶ Sus políticas sanitarias también tuvieron un papel importante en el triunfo del proyecto. Farquhar contrató al doctor Lovelace en Panamá para dirigir un grupo de seis enfermeras y doce médicos norteamericanos que atenderían en un moderno hospital recién construido. El empresario apelaba a los conocimientos adquiridos por la nueva "medicina tropical", consolidada luego de la experiencia estadounidense en Cuba y Panamá, para establecer una compañía moderna en la Amazonia. El sistema preveía: una dosis diaria de quinina, cuarentena para los trabajadores que recién ingresaban, el uso de mosquiteros y buenas dietas para los obreros. Estas prácticas permitían, a juicio de los expertos médicos, reducir los índices de rotación laboral y de mortalidad a niveles tolerables.¹⁷ Para terminar el ferrocarril, sin embargo, Farquhar debía convencer a inversores de Nueva York y Londres y políticos de Río de Janeiro sobre la factibilidad y rentabilidad de su proyecto. Y eso requería una intensa dosis de representaciones.

Con la intención de obtener muestras visuales del proyecto, Farquhar contrató al fotógrafo profesional Dana Merrill. Las fotografías tomadas por éste nos ayudan a entender la autorrepresentación del capital norteamericano en el exterior y también las condiciones del involucramiento entre Norteamérica y el Amazonas. Las fotos presentan el éxito del espíritu empresarial estadounidense en su intento de implantar una ciudad moderna en medio de la gran selva. Porto Velho era una prueba visible de la capacidad de la tecnología norteamer-

ricana de conquistar la naturaleza en condiciones muy desfavorables. Aquí había una ciudad-compañía, con todos los servicios modernos —energía e iluminación eléctricas, sistemas de agua corriente y desagües, un hospital, una planta elaboradora de hielo, una lavandería de vapor, una estación de radio inalámbrica, una imprenta que publicaba un semanario y una cancha de béisbol—, instalada en medio de la selva impenetrable. Más que un eslabón en el circuito productivo de la economía exportadora del caucho, Porto Velho era un espectáculo de modernidad al estilo norteamericano.¹⁸ Los dormitorios colectivos seguían los patrones arquitectónicos utilizados en el Canal de Panamá, con grandes pórticos protegidos y divisiones estrictas entre los sectores de ingenieros (la “casa de los cerebros”) y de trabajadores (el “manicomio”). Las comodidades civilizadas se utilizaban para albergar y agasajar a un grupo de norteamericanos educados que servían a su país en un lugar poco hospitalario. En las fotos, el cuerpo de ingenieros,



Construcción del Ferrocarril Madeira-Mamoré, ca. 1907-1912. Fotografía de los constructores (se ven las aplanadoras a vapor).
Fuente: F. Foot Hardman, *Trem Fantasma. A modernidade na selva* (1988), entre págs. 96 y 97.



Locomotora del Ferrocarril Madeira-Mamoré reconstruida en la década de 1980.

compuesto por estadounidenses blancos, posa con trajes blancos y junto a contratistas, inspectores del gobierno y otros huéspedes de la elite, contra un fondo de trenes, ceibas o barcos. Las escenas de construcción muestran a la empresa norteamericana en una interacción habitual con una naturaleza salvaje y peligrosa. Capataces y obreros dan pruebas de orgullo luego de haber derribado árboles gigantescos o abierto un camino de hierro en la selva. Gracias a su superioridad tecnológica, los norteamericanos parecen haber tomado posesión del Amazonas e instalado en medio de la selva una ciudad-fábrica-hospital estadounidense.¹⁹

En contraste con la iniciativa anterior, enmarcada en la modalidad de la exploración (tiroteos contra ejemplares naturales, enfrentamientos contra "nativos" hostiles), Farquhar describía su empresa como un logro de la religión, la ciencia y la administración modernas.²⁰ La conquista de los trópicos se había convertido —como lo mostraba la experiencia de la United Fruit y el Canal de Panamá— en una cuestión de control de la enfermedad, y ese control era, sobre todo, una hazaña de la ciencia médica. Un hospital con trescientas camas, un quirófano completo, laboratorio de diagnóstico, farmacia y granja eran el núcleo de un moderno aparato regulatorio que se extendía hacia

las profundidades de la selva. La clínica parecía una solución a la amenaza de la naturaleza contra la inversión extranjera. En realidad, la ciudad sanitaria no impidió una gran pérdida de vidas durante la construcción del ferrocarril, pero sirvió, sin embargo, para proyectar una imagen de progreso y un sistema de ejercicio del gobierno.²¹ Ahora, la canalización de los bienes de exportación hacia el mercado mundial podía restablecerse sobre nuevas bases: no con el modo depredador utilizado anteriormente contra los caucheros (*seringueiros*), sino un sistema más "humanitario", sensible a la salud de los trabajadores y la supervivencia de los "nativos". No obstante, las armas controladas por los hombres blancos servían como garantía última de orden. El control diario de la situación, por su parte, dependía



Indio Caripuna. Fotografía tomada por Dana Merrill, fotógrafo de la Cía. Ferrocarril Madeira-Mamoré ca. 1910. Los indios Caripunas habían atacado a los primeros constructores norteamericanos en 1878.

de un sistema de divisiones arquitectónicas dentro de la moderna ciudad-compañía. Los trabajadores estaban separados de los ingenieros y gerentes, los norteamericanos, de los criollos y los indios, y los recién llegados, de los trabajadores veteranos. Las mujeres (hasta 1912, cuando se permitió el ingreso de prostitutas de Barbados) se mantenían fuera del alcance de los hombres. Los norteamericanos —parecen decir las fotografías— sabían cómo mantener todo en su lugar.

En realidad, como indica Francisco Foot Hardman, el emprendimiento de Farquhar produjo importantes aportes al conocimiento médico o, mejor dicho, a las prácticas de control de enfermedades tropicales en la región amazónica. La empresa madre (la Brazil Railway Co.) publicó en 1913 una obra, *Construção de estradas de ferro em regiões insalubres*, en la que se resumían los consejos de médicos que habían trabajado en el ferrocarril (entre ellos está el famoso médico brasileño Oswaldo Cruz, contratado para hacer una inspección al dispositivo hospitalario de la empresa).²² Estos estudios ponían de manifiesto las altas tasas de morbilidad entre los obreros del ferrocarril, los problemas prácticos que debían enfrentar los médicos (como la negativa de los intendentes y las autoridades portuarias de la región de dejar desembarcar a buques que transportaban enfermos) y la importancia de ciertas enfermedades tropicales como la malaria y la fiebre amarilla. Ellos también contenían sugerencias sobre los métodos que parecían eficaces para combatir estas enfermedades: cuerpo médico especializado con poderes especiales, distribución de quinina, rígido control sanitario, rotación de trabajadores cada seis meses, etc. Es éste sin duda un conocimiento útil (la publicación va dirigida a los ingenieros y médicos de la empresa o de similares emprendimientos), pero que pretende contribuir a la ciencia médica en general y, por añadidura, a la marcha de la civilización occidental.²³ Los problemas del capital transnacional, en esta etapa de la economía-mundo, tenían mucho que ver con el reclutamiento, control y reparación de cuerpos, es decir, con la medicina. Por ello, los médicos de las empresas ferroviarias en el Amazonas constantemente destacaban sus "descubrimientos" como aplicables a toda la empresa colonial europea: en Sudáfrica, Egipto y la India.

Poco después de su terminación, el ferrocarril Madeira-Mamoré se convirtió en un fracaso comercial, dado que la compe-

tencia malaya ejerció una seria presión sobre los productos brasileños de caucho, desplazándolos de su posición privilegiada en el mercado mundial entre 1913 y 1919.²⁴ Además, una negativa campaña de prensa encabezada por periodistas brasileños impidió a Farquhar reclutar nuevos inversores u obtener algún alivio para sus deudas. Enfrentado con acusaciones de explotación y maltrato de la mano de obra indígena, el empresario contrató a un publicista para exaltar su imagen y publicó un folleto con fotografías de Merrill, así como informes sobre las finanzas del ferrocarril en varios idiomas.²⁵ El recuerdo del ferrocarril, construido en medio de feroces campañas de prensa y ayudado por las representaciones fotográficas, perduró más de lo que Farquhar y sus adversarios habían previsto. Mucho después de que aquél renunciara a sus inversiones brasileñas en la década de 1930, la "Loca Mary" (tal como se conocía la línea Madeira-Mamoré en los Estados Unidos) todavía formaba parte de la imaginación norteamericana sobre los trópicos. La *Madeira-Mamoré Association*, formada en Nueva York por sobrevivientes del proyecto de 1907-1912, conmemoraba anualmente la experiencia. En esas celebraciones, un grupo de estadounidenses instruidos recordaba el logro como una empresa costosa pero valedera, sólo comparable a la construcción del Canal de Panamá. Para ellos, la "Loca Mary" representaba la superioridad tecnológica y científica de "América" (Estados Unidos); esto es, las conquistas combinadas de la medicina tropical, la ingeniería ferroviaria y la arquitectura industrial.²⁶ Por otro lado, en el imaginario brasileño, este ferrocarril abandonado se convirtió con el tiempo en un "tren fantasma" (Foot Hardman, 1988). Aquello que había constituido un espectáculo de la modernidad capitalista en la selva (de forma similar a Fordlandia) pasó a tener una existencia fantasmagórica. Comenzó a asociarse con historias de muertos que regresan, almas en pena, muertos que viajan en barcos sin ser aceptados en ningún puerto.

Pero volvamos a la empresa del conocimiento; es decir, a la intersección entre empresas de negocios y emprendimientos del saber. Estos dos casos ilustran la importancia de las representaciones en la era del capitalismo corporativo y, al mismo tiempo, el compromiso de los capitalistas norteamericanos con la expansión de la ciencia y la tecnología de su país. Rankin Johnson, así como la compañía vial que construyó la carretera entre Lima y

El Callao, contribuyó con sus fotografías al proyecto arqueológico y etnográfico formulado en las universidades y los museos de los Estados Unidos. Percival Farquhar, por su parte, hizo un aporte a la aplicación y difusión de la medicina tropical. Ambos utilizaron las tecnologías representacionales más novedosas para informar sobre el progreso de los negocios y generar ilusiones de modernidad y antigüedad. La modernidad norteamericana instalada en la selva amazónica y en el desierto de Atacama; la antigüedad sudamericana expresada en las ruinas incas y los "nativos" caripunas. Sus representaciones proyectaron la imagen de una tecnología y una ciencia estadounidenses triunfantes que dominaban la naturaleza latinoamericana y comprendían a sus aborígenes. Queda por investigar el impacto de esas imágenes en las audiencias norteamericanas. Sabemos, empero, que en los Estados Unidos existían diversas comunidades de lectores ávidos de imágenes de indios peruanos y de las tierras vírgenes amazónicas. Esta curiosidad, al parecer, se extendía a los agentes del capital corporativo estadounidense en América del Sur, ya que algunos de ellos fueron proveedores de algunas de esas imágenes. La puesta en escena de la polaridad antigüedad/modernidad en los Andes y de la correspondiente polaridad naturaleza/ciencia en el Amazonas debe mucho a estos productores de representaciones, situados a medio camino entre los negocios y el conocimiento disciplinario.

NOTAS

¹ "Perú cuts road through Inca burial ground", en K. W. Miller (comp.), *South America: Continent of Opportunities* (Detroit: Evening News Association, 1925), p. 116.

² "Petroleum interests look below tropics", 15 de julio de 1924, en *ibíd.*

³ J. V. Fifer presenta a los exploradores ferroviarios de mediados del siglo XIX como los primeros "rastreadores" del imperio. William Wheelwright, el ingeniero ferroviario, lo mismo que los exploradores marítimos y fluviales Herndon y Gibbon, realizaron la tarea pionera de mapear la región (el Amazonas y el río de la Plata) y evaluar sus posibilidades de desarrollo (agricultura, transporte, comercio). Fifer, *United States Perceptions of Latin America*, capítulo 1.

⁴ Emily Rosemberg, *Spreading the American Dream* (1982), pp. 108-117.

⁵ Ricardo D. Salvatore, "Yale at Machu Picchu. Hiram Bingham, Peruvian Intellectuals and the Questions of Cultural Property" (mimeo).

⁶ Gerald Colby y Charlotte Dennett, *Thy Will Be Done* (New York: HarperCollins, 1995), pp. 133-149.

⁷ *Ibid.*, p. 138.

⁸ Papers of Rankin Johnson, 1895-1910, Archives of Industrial Society no. 65:1, University of Pittsburgh Libraries, Cajas 7 y 8.

⁹ Las fotografías parecen ilustrar los logros de la compañía y proyectos de cariz público. Para transmitir información confidencial —financiera, en especial—, la compañía ideó un sistema de telegramas codificados que sólo podían descifrar los directores e ingenieros en jefe.

¹⁰ Un grupo de imágenes siguen el proceso de producción del caucho, desde los cortes de los árboles hasta el embalaje del producto para su transporte por tren. Si bien forman parte del álbum (y, por lo tanto, están destinadas a la publicación), estas imágenes también pueden usarse con finalidades comerciales. El caucho constituía la mercancía más importante transportada por ese ferrocarril.

¹¹ Deborah Poole, en su libro *Vision, Race and Modernity. A Visual Economy of the Andean Image World* (Princeton: Princeton University Press, 1997), muestra cómo las imágenes fotográficas ayudaron a “ordenar” el nuevo paisaje social en la región por medio de cierta tipología visual-racial.

¹² Otra foto muestra a un grupo de “gringos” mientras disfrutaban de un picnic en las ruinas de Tiahuanaco.

¹³ En una carta a Hiram Bingham, del 3 de mayo de 1909, Johnson se refiere a las ruinas de un “palacio inca” y sugiere la posibilidad de conseguir piezas de museo para esa universidad.

¹⁴ Lo que sigue se basa en C. A. Gauld, *The Last Titan...*, *op. cit.*, capítulos 8 y 9.

¹⁵ Según el biógrafo Charles Gauld, Farquhar se veía como un constructor norteamericano de imperios y hacía comparaciones directas con la experiencia de los empresarios británicos en África. “Farquhar se imaginaba emulando las rentables líneas ferroviarias y fluviales del Congo Belga y haciendo de Porto Velho y Guajará-Mirim la Leopoldville y la Stanleyville de la cuenca amazónica. [...] Farquhar se describía como el Stanley o el Rhodes de la Amazonia, pero con relaciones al estilo cuáquero con los aborígenes.” Cf. *ibid.*, p. 129. La madera se importaba de Formosa, la carne, de la Argentina, y el carbón, de Inglaterra. Los trabajadores provenían del Canal de Panamá, eran contratados en Nueva York o enviados desde las zonas costeras de Brasil (entre estos últimos había inmigrantes griegos y españoles), y hacia 1910 llegaron a ser una fuerza de trabajo estable de seis mil a siete mil hombres.

¹⁶ Las fotografías de los Caripunas los muestran fuera del trabajo, solos o en compañía del fotógrafo, como una confirmación de la política de estricta separación propiciada por Farquhar. Cf. *ibid.*, p. 127.

¹⁷ “Tolerable” es, desde luego, un término relativo, pues entre 1907 y 1912 se sumaron al cementerio local mil quinientos cincuenta tumbas. Véase L. Werner, “All aboard to nowhere...”, *op. cit.*, p. 14.

¹⁸ C. A. Gauld escribe: “La ciudad-compañía era inequívocamente norteamericana, con sus calles despejadas y regulares y su electricidad, el aserrade-

ro, la planta de hielo, la panadería, la lavandería de vapor, teléfonos locales y dos estaciones principales". Cf. C. A. Gauld, *The Last Titan...*, *op. cit.*, p. 140.

¹⁹ Los trabajadores y el personal superior sólo aparecen juntos en la celebración del 4 de julio, en torno de una enorme bandera norteamericana cosida con una máquina Singer.

²⁰ Artículos periodísticos en los Estados Unidos y la visita del ex presidente Theodore Roosevelt a Porto Velho en 1913 contribuyeron a construir la proeza de Farquhar como un logro tecnológico y material de los estadounidenses.

²¹ La construcción del ferrocarril Madeira-Mamoré costó tres mil seiscientas vidas. Una fotografía incluida en el libro de Gauld muestra una enorme pila de huesos y cráneos humanos, resultado de años de malaria. Esta enfermedad recién se erradicó a principios de la década de 1940, gracias a la fumigación con DDT.

²² Foot Hardman, *Trem fantasma. A modernidade na selva* (San Pablo: Companhia das Letras, 1988), pp. 145-154.

²³ El informe reconoce que estos hallazgos serán centrales al "poblamiento de los trópicos".

²⁴ En realidad, la caída brusca de los precios del caucho comenzó entre fines de 1910 y mediados de 1911, posiblemente como resultado de una sobreinversión anterior. Pero fue la rápida expansión de las plantaciones asiáticas entre 1913 y 1919 lo que finalmente desplazó al caucho brasileño a un lugar marginal de la producción mundial. Barbara Weinstein, *The Amazon Rubber Boom, 1850-1920* (Stanford: Stanford University Press, 1983), pp. 213-220.

²⁵ Esta estrategia, común entre las compañías norteamericanas, resultaba particularmente útil cuando era preciso convencer a inversores extranjeros de poner dinero en aventuras al estilo de El Dorado.

²⁶ C. A. Gauld, *The Last Titan...*, *op. cit.*, p. 146.

Capítulo 7

Sud-América en el discurso imperial



Tres argumentos acerca de América del Sur constituyeron el legado de los primeros encuentros textuales de los norteamericanos (entre la post independencia y los últimos años del siglo XIX). Uno de ellos fue la disposición a ver la parte sur del continente como una tierra en perpetuo estado infantil, incapaz de alcanzar la madurez política necesaria para sostener gobiernos estables y democráticos. Otro argumento se relacionaba con la atípica mezcla racial de la región (el mestizaje), presentada como una notable y reveladora diferencia con respecto a Norteamérica, en donde --se sostenía-- se había evitado desde el comienzo el cruzamiento racial. El tercero, la preocupación por el atraso económico y la falta de civilización de la región, se fundaba en carencias materiales y culturales que los viajeros observaban. Casi inevitablemente, al tratar de explicar estos retrasos y carencias, los autores caían en los dos primeros argumentos: la inestabilidad política y la mezcla racial.¹ Vista como el suelo de convulsiones políticas recurrentes y de grupos raciales incapaces de sostener gobiernos republicanos estables, era común concluir que Sud-América estaba atrapada en una especie de conjuro que la sostenía en un perpetuo estado de infancia política, atraso económico y barbarie cultural.

Utilizadas durante el siglo XIX como fundamentos de un argumento mayor —la superioridad de la cultura y el conocimiento estadounidenses—, las denuncias de atraso económico, simplicidad cultural e inmadurez política de América del Sur perdieron fuerza y capacidad explicativa a principios del siglo XX. La acumulación de nueva información sobre la región, la

proyección de nuevas inquietudes por lo étnico-social y, de manera muy significativa, la multiplicación de emprendimientos académico-científicos sobre el subcontinente se tradujeron en un cuestionamiento de los estereotipos construidos en el siglo anterior. Fue entonces, en el entorno de la Primera Guerra Mundial, cuando las imágenes de la modernidad industrial y urbana de América del Sur llegaron a los centros de producción textual de Norteamérica. El “descubrimiento” de la aparente fascinación de la región por los bienes estadounidenses² señaló la emergencia de una nueva retórica imperial que invertía en las tecnologías de la persuasión y del consumo (la publicidad y las relaciones públicas) sus esperanzas de una incorporación duradera del subcontinente a la hegemonía “americana”.

En parte, como he sostenido antes, estos cambios estaban relacionados con la transformación de la naturaleza de la empresa norteamericana en el exterior, así como con el carácter de las tecnologías de la representación. La empresa transnacional norteamericana había conseguido radicarse más permanentemente en Sud-América y esto planteaba desafíos hasta entonces no imaginados: cómo adiestrar y disciplinar mejor la fuerza de trabajo local al ritmo industrial y cómo hacer que estos trabajadores comprendieran la lógica del salario-consumo. Como plantea Thomas O'Brien (1996), las empresas norteamericanas que se radicaron en las primeras décadas del siglo XX llegaron con una misión: reformar las sociedades receptoras de su inversión de acuerdo con los valores del capitalismo corporativo (eficiencia, individualismo, higiene y adquisitividad consumista). Paralelamente, la fotografía (las revistas ilustradas, las guías de viajes con fotografías, el uso de fotografías en periódicos) había acercado las realidades del subcontinente a la mirada y la imaginación norteamericanas. No sólo es claro que los lectores norteamericanos siguieron de cerca el *South-American tour* del secretario de Estado Elihu Root (1906) y luego el viaje del presidente Hoover (1928) por 21 países latinoamericanos, sino que también ciertas hazañas científico-populares crearon interés en el lector norteamericano medio. Sud-América se hizo presente ante sus ojos en los reportajes y noticias que recibieron de los viajes del piloto Lindbergh a México (diciembre de 1927), América Central y el Caribe (enero-febrero de 1928, septiembre de 1929) y Brasil y la Argentina (noviembre de 1930, octubre de 1931).³



El Congreso Panamericano (1906). Caricatura. El Secretario Elihu Root ofrece la torta del congreso a sus Invitados. Y todos éstos (pájaros) comienzan a cantar al unísono.

Fuente: J. J. Johnson, *Latin America in Caricature* (1980), ilustración N° 8, pág. 47.

Courtesy Boston Herald

Una cuarta serie de enunciados, que enfatizaban la necesidad de una mayor observación, medición e interpretación de la región, demostró ser la construcción más duradera sobre América del Sur. Este argumento reafirmó y mantuvo con vida el sueño de un conocimiento generalizado y comprensivo sobre la región. Instalado a mediados del siglo XIX como un subproducto de las expediciones de exploración, este discurso sobre el conocimiento ocupó un lugar hegemónico en el período 1910-1940, cuando la inversión directa norteamericana en la región se volvió más permanente y empezó a depender cada vez más de la ciencia y la tecnología. El presentar al subcontinente como un vacío de conocimiento —un territorio colonizable para la ciencia estadounidense— autorizaba intervenciones más abarcativas y penetrantes. Sólo con este nuevo recurso —el cono-

cimiento profundo y detallado de la región—, sostenían enunciadores provenientes de las corporaciones y de las universidades norteamericanas, la “conquista de los mercados” (las inversiones y el comercio) y la influencia cultural (la exportación del “modo de vida americano”) podrían mantenerse en el tiempo. Esta retórica fue el fundamento discursivo del Imperio Informal Norteamericano durante la época del primer Panamericanismo (1890-1945). Fue la fuerza legitimadora de un nuevo y más vasto proceso de expansión llevado a cabo en nombre de la filantropía, la educación, el cristianismo, el humanitarismo y la ciencia.

Discurso sobre la gobernabilidad

Desde la independencia, los norteamericanos percibieron a América del Sur como una tierra de caudillos, guerras civiles incesantes, bandolerismo y fragmentación política. Las “jóvenes repúblicas”, como los viajeros solían llamarlas, se asemejaban a “volcanes” prontos a entrar en erupción. Sus revoluciones sin motivaciones ideológicas o institucionales evidentes —aparte de la avidez por la riqueza rápida y el poder— eran tan numerosas y reiteradas que eran tomadas como fenómenos de la naturaleza (“terremotos”).⁴ La mayoría de los escritores de este período equiparaban la inestabilidad política —el rasgo más notorio de las “jóvenes repúblicas”— con la inmadurez o la inexperiencia políticas y, por ello, comparaban a estas jóvenes naciones con niños o adolescentes indisciplinados.⁵ Había evidentes excepciones a esta regla. Chile y Brasil, con sus soluciones Portaliana e imperial, a menudo recibían elogios por sus logros en materia de estabilidad política y gobernabilidad. Todas las demás naciones, en especial la Argentina, Uruguay, Perú y Bolivia, carecían de esa estabilidad. Las primeras dos décadas del siglo XX produjeron una reconsideración de ese estereotipo, un cambio relacionado, no con las modificaciones de la política interna de estos países, sino con la transformación de la naturaleza de la empresa norteamericana en América del Sur y de las tecnologías de representación.

Cuando Theodore Roosevelt visitó Buenos Aires en 1913, dijo a los miembros de la elite reunidos en el Teatro Colón que



Maestro de autogobierno. Caricatura. El Tío Sam ofrece una clase en la materia a sus alumnos latinoamericanos. Los alumnos cubanos son más indisciplinados que los de Hawaii, Puerto Rico y Venezuela.
Fuente: J. J. Johnson, *Latin America in Caricature* (1980), ilustración N° 87, pág. 217.

en esta parte del continente estaba en marcha una transformación comercial y cultural, un cambio trascendente que llevaría orden y progreso a algunos países, mientras que dejaría a otros en condición de atraso y desorden.⁶ La Argentina, con treinta

años de progreso ininterrumpido, había alcanzado cierto umbral de bienestar económico y estabilidad política que Roosevelt asociaba a la madurez. El país ya no era una "niña" necesitada de la protección de su hermano mayor sino una nación adulta en un pie de igualdad con los Estados Unidos. Es más, la Argentina, dijo Roosevelt a una audiencia inquieta por el expansionismo norteamericano, ¡por fin había alcanzado la madurez y la virilidad! Debido a ello, era necesario hacer una reinterpretación de la doctrina Monroe. Un país moderno como la Argentina, con estabilidad y orden, ya no necesitaba ser protegido; al contrario, podía colaborar para proteger a otros países de la región, aún víctimas del atraso económico y la inestabilidad política.

"Prominente entre las naciones es la vuestra, la República Argentina. No sólo es una de las grandes naciones libres del futuro, ya es una gran nación del presente. Por tamaño, estabilidad política, energía viril, desarrollo ordenado, respeto patriótico por sí misma y derecho al respeto de otros, se sitúa en un pie de entera igualdad con las otras *naciones libres de la humanidad*."⁷

La metáfora del niño que llega a la madurez se reprodujo casi en los mismos términos cuando el presidente electo Herbert Hoover visitó Buenos Aires en 1928.⁸ Los Estados Unidos, explicó Hoover en una entrevista publicada en *La Nación*, eran vistos con frecuencia como un hermano mayor que hacía de tutor de sus hermanos menores. Esto ya no era así, porque "en el continente americano no hay hermanos mayores y hermanos menores. Todos tienen la misma edad desde un punto de vista político y espiritual, y la única diferencia entre ellos es el diferente momento histórico de su progreso económico". Como Roosevelt, el nuevo presidente electo veía el crecimiento económico como la nodriza de la modernidad y la madurez política. Y lo mismo hacían otros representantes de la cultura estadounidense.

Misioneros evangélicos reunidos en un congreso celebrado en 1925 en Montevideo reconocieron la necesidad de abandonar la idea de "un contacto paternal" cuando trataban con las comunidades sudamericanas. Ahora los misioneros debían cultivar el "contacto fraternal" con los sudamericanos, porque éstos, a diferencia de los "atrasados" pueblos de África, mostraban ahora un nuevo orgullo racial y nacional.⁹ Aun los escépticos, que



La política de Buena Vecindad (1928). Caricatura. La doctrina Monroe ahora tiene un hermanito llamado "Buena Vecindad".
Fuente: J. J. Johnson, *Latin America in Caricature* (1980), ilustración N° 16, pág. 63.

veían esa retórica de la infancia, la madurez y la virilidad cómo el velo de la despiadada competencia imperial y del expansionismo económico, coincidían en la existencia de un dramático cambio discursivo en las primeras décadas del siglo.¹⁰ Las razones de ese cambio parecían evidentes a los observadores contemporáneos. Entre 1890 y 1920, América del Sur se integró a los circuitos del comercio norteamericano y recibió enormes volúmenes de inversiones financieras y directas. Como consecuencia, los autores encontraron otra metáfora más eficaz para describir la creciente integración de la región al imperio informal estadounidense: la seducción. Sud-América (al menos parte de ella, los ahora llamados países del "ABC") se convirtió en una consumidora moderna, fascinada con los bienes y la cultura de los Estados Unidos. La antigua tierra de volcanes y terremotos políticos, la incitante muchacha



"Hemisferio occidental." México atrapado en la nueva cooperación entre los Estados Unidos y Sud-América (1915). Caricatura. La Revolución Mexicana queda a un costado a raíz de la mediación de los países del ABC.
Fuente: J. J. Johnson, *Latin America In Caricature* (1980), ilustración N° 13, pág. 57.

de carácter inestable, era hoy una mujer madura que estaba muy atraída por el poder seductor del capital y la civilización norteamericanos.

En tanto la idea de una recientemente adquirida virilidad permitía pensar en nuevas posibilidades de colaboración hemisférica luego del abandono de la "diplomacia de las cañoneras" (*gun-boat diplomacy*), la imagen de una dama casadera cautivada por el consumo evocaba el potencial de una creciente cooperación en el terreno económico. La consolidación del imperio informal exigía un esfuerzo por vender máquinas de escribir, cosméticos, máquinas de coser, alimentos preparados, aparatos electrodomésticos, automóviles y combustible, para mencionar únicamente los productos más visibles. Esto requería a su vez una nueva actitud de los consumidores sudamericanos. Si las nuevas tecnologías de representación y de comercialización —la

publicidad y las relaciones públicas— podían moldear las preferencias de los consumidores, otro tanto podía decirse de la madurez política y “civilización” de los países. Manuales estadísticos, álbumes fotográficos, ferias internacionales, informes de científicos y diagnósticos de expertos (médicos, economistas, ingenieros y educadores) podían producir efectos o semblanzas de modernidad y civilización en ciertos países, al tiempo que documentaban el fracaso de otros países en la realización de aquellas metas. Juntos, los instrumentos modernos de representación y las nuevas metáforas de integración (seducción del consumo) desestabilizaron la certidumbre decimonónica acerca del infantilismo político y la ingobernabilidad de Sud-América.

Para países como Ecuador, Perú y Bolivia, el vocabulario de la infancia y la virilidad también había perdido vigencia, no porque hubieran llegado a la madurez y la modernidad sino por la razón inversa: parecían haber regresado a una época premoderna y feudal.¹¹ A partir de la segunda década del siglo XX, y bajo la influencia del Movimiento Progresista, el Evangelio Social y las imágenes ahora disponibles de la “verdadera” América del Sur, los viajeros estadounidenses descubrieron una nueva enfermedad que corrompía los huesos de las “jóvenes repúblicas”: el “terratentismo” (*landlordism*). La concentración de la propiedad de la tierra aparecía como el principal obstáculo para la democracia política y el progreso social en la región. Las mayorías indias, marginadas y explotadas, estaban fuera de la política y tenían escasas posibilidades de alcanzar una representación.

“Los indígenas, que en Ecuador, Perú y Bolivia constituyen más de la mitad de la población, están al margen con sus propias lenguas, costumbres y condición social, desprovistos de la más mínima ambición de controlar el gobierno; en rigor, se consideran afortunados si pueden escapar a su pestilente atención. [...] Aún en nuestros días la tierra [en los países de la costa occidental] está concentrada en grandes fincas, la población agrícola se encuentra en una situación de dependencia y estancamiento y no existe una clase de pequeños agricultores inteligentes e independientes como los que constituyeron la espina dorsal de la democracia en este país.”¹²

Las palabras del viajero y sociólogo Edward Ross imprimían pesimismo al futuro político y al progreso social de las "naciones indias" de los Andes. El "descubrimiento" del "terratenientismo" y de la condición cuasi servil de los indígenas modifica sustancialmente el discurso anterior sobre la gobernabilidad. En los países desprovistos de clase media y con una clase baja dependiente de los terratenientes, el gobierno popular era una utopía.¹³ En vez de ser vistos como "niños", las "naciones indias" de la costa del Pacífico se identificaban ahora con un mundo premoderno y feudal. Así, un presente de explotación, servilismo y exclusión política servía de contraste, de manera casi dramática, con la antigua gloria de la civilización inca, idealizada ahora como comunitaria, armónica y pacífica.

Discurso sobre la diversidad racial

Tan ubicuo como el discurso sobre la inmadurez política fue, en el siglo XIX, el reiterado predicamento sobre América del Sur como la tierra de la diversidad racial. En muchos relatos de ese siglo, Brasil aparece como un país diferente del resto, un país conformado por mayorías negras.¹⁴ Se veían negros en lo alto y en lo bajo de la escala social, se los describía trabajando en las ruidosas y desordenadas ciudades costeras, o retirados a la paz del campo, donde llevaban una vida indolente. Las discusiones sobre Brasil solían concentrarse en la esclavitud, el tratamiento y el bienestar de los negros y la índole de las relaciones raciales. Los demás países de Sud-América eran considerados como "racialmente mixtos". Aun antes de que se consolidara el discurso del racismo científico, el mestizaje entre blancos, indios y negros parecía explicar el acertijo del atraso sudamericano y la dificultosa asimilación de sus pueblos al mundo de la "civilización y el progreso". Con anterioridad a 1890, Perú, Ecuador, Bolivia, la Argentina y Uruguay, con sus frecuentes cambios de gobierno, su delincuencia incontrolada y su pobreza extendida, daban muchos argumentos a quienes creían que el progreso económico y la estabilidad política estaban íntimamente relacionados con la raza. Chile, por contraste, mostraba un predominio de los blancos en la mezcla, una situación que se

estimaba coherente con la pujante economía, la estabilidad política y lo cultivado de los modales del país.

Estas caracterizaciones, íntegramente fundadas en especulaciones y pruebas superficiales (las "impresiones" de los viajeros, por ejemplo), comenzaron a ser objeto de cuestionamientos en el nuevo siglo, cuando un tropel de observadores científicos volvió a visitar la región. Entonces se descubrió la antigüedad y persistencia de culturas indígenas, un aspecto que socavó las certidumbres del paradigma de la "mezcla racial". Bien se podría argumentar que el interés de la ciencia norteamericana en los Andes, por ejemplo, fue constante; que de Squier (1863-1869) a Bandelier (1892-1894) se mantuvo la misma inquietud arqueológica y etnológica con respecto a Perú y Bolivia.¹⁵ O podría sostenerse que el interés científico sobre la región amazónica fue igual en los tiempos de Herndon y Gibbon (1853-1854) que en la época de Percival Farquhar (1910-1912). Pero tanto la intensidad de las exploraciones como la resonancia de estas investigaciones fueron sustantivamente diferentes en el nuevo siglo. Cuando Hiram Bingham descubrió la "ciudad perdida" de Machu Picchu (1911), la noticia, esparcida ampliamente por los periódicos y las revistas de divulgación científica, pronto adquirió una dimensión épica. La gente comparaba a Bingham con Pizarro, como si los Estados Unidos hubiesen ganado ya la batalla por el "redescubrimiento científico" del subcontinente.

La idea de una "antigüedad americana" comparable a la descubierta por Europa (Egipto, Atenas, Cartago, Roma) estimuló la organización y el financiamiento de nuevas expediciones y excavaciones más ambiciosas. Y esto redundó en un súbito aumento del número de publicaciones científicas. Hacia 1920 ya se había formado un denso campo de estudios llamado "arqueología andina" que rápidamente comenzó a desplazar su centro de interés hacia la antropología.¹⁶ Algo similar podría decirse de la geografía, la geodesia y las otras ciencias naturales que ayudaron a entender mejor el problema de la "antigüedad americana".¹⁷ Este interés en la antigüedad del hombre en las Américas vino acompañado por una renovada curiosidad en la problemática indígena. Cuanto más antiguas se descubrían las culturas originarias, más preocupante aparecía el problema de la exclusión política y cultural de los pueblos indígenas. Curiosamente, las exploraciones arqueológicas trajeron a la luz la "cuestión indígena", es decir, la visible presen-

cia de enteras naciones indígenas viviendo dentro —y al margen— de Estados-naciones dominados por mestizos y blancos.

El redescubrimiento de lo indígena comprometía la integridad del discurso de la mezcla racial, abriendo nuevas posibilidades de interpretación. Ahora era posible hablar de identidades nacionales dentro de la región. El geógrafo Isaiah Bowman, profesor de Harvard y director de la Sociedad Geográfica Americana, no descubría nada nuevo cuando afirmaba, en 1914, que América del Sur era una tierra de diversidad racial y nacional.

“Así como podemos distinguir a un escocés de un irlandés o a un persa de un armenio, podemos diferenciar a un peruano de un chileno o a un colombiano de un brasileño. No sólo hay diferencias de habla según los lugares, sino también costumbres ligeramente distintas que parecen tener su origen tanto en el tipo de territorio en el cual la gente se ha establecido como en la provincia de España o Portugal de la cual provienen.”¹⁸

Por esa época, más que una réplica del lugar común decimonónico, esta afirmación constituía un reconocimiento de la limitación del concepto de raza como principio interpretativo del subcontinente. La distinción entre la “raza anglosajona” y la “raza latina” ya no representaba un límite claramente definido, pues había latinoamericanos con rasgos anglosajones y viceversa.¹⁹ La inmigración europea había complicado la asociación facilista entre mezcla racial y degeneración, habitual entre los autores del siglo XIX. Aunque todos los latinoamericanos eran en alguna medida descendientes de españoles, indios y africanos, existía una gran diversidad nacional de temperamento, costumbres y sociabilidad. Dicha diversidad, a juicio de Bowman, correspondía más estrechamente a los factores ambientales que a la composición racial.²⁰

En la era del Panamericanismo, el concepto de raza llegó a utilizarse como un valor positivo; como un factor de unificación y no de separación de las Américas. Los oradores del Primer Congreso Científico Panamericano celebrado en Santiago de Chile, en 1908, destacaban que la recién nacida hermandad hemisférica entre los científicos tenía que ver con la herencia racial común de América del Norte y América del Sur. Todos eran hi-



Las manzanas de la Buena Voluntad (1934). Franklin D. Roosevelt ofrece estas frutas a América Latina. Caricatura. Fuente: J. J. Johnson, *Latin America in Caricature* (1980), ilustración N° 96, pág. 235.

jos del matrimonio entre Europa y América.²¹ Las elites (blancas) sudamericanas aceptaban gustosas esa idea, porque podían reivindicar su descendencia directa de lo mejor de la cultura europea sin renunciar a su herencia "americana".²² El término "latino" evocaba una genealogía que se adecuaba mejor a las orgullosas élites sudamericanas que la etiqueta de la "raza mixta": las raíces de la modernidad cultural y el vigor económico de la región, éstas pretendían, podían encontrarse en la Italia renacentista, la Francia ilustrada o la antigua Roma. Esta nueva genealogía permitía suspender de manera oportuna la cuestión de la raza en países cuyo ingreso al proceso de rápida modernización económica excluía a los negros, indios y mestizos. De manera irónica escribía J. Frank Normano sobre esta pretensión de las elites sudamericanas:

“¡América Latina! ¡Pertener al linaje de los viejos romanos, a la antigua cultura de la humanidad, a los lugares artísticos de Italia y a Francia, que es el segundo hogar de todo hombre culto! La idea es seductora y despierta el apre-

cio de cualquier sudamericano, aun de quienes residen en el remoto interior del continente.”²³

Para este observador norteamericano, ésta era una idea engañosa porque significaba ignorar o silenciar a negros, indios y mestizos, quienes constituían las mayorías de este sub-continente ahora sacudido por los vientos de la industrialización y el huracán de la Gran Depresión.

En otros casos, la misma mezcla racial asumía una connotación positiva. La industrialización y la expansión de los mercados para los bienes norteamericanos en América del Sur alimentaron el optimismo acerca del futuro de las relaciones raciales. Brasil llegó a ser visto como un país que experimentaba con una singular “democracia racial” que lo asimilaba a un “crisol de razas” (una visión establecida por Gilberto Freire en la década de 1920 y basada en impresiones previas de observadores estadounidenses del período posterior a la Guerra de Secesión).²⁴ Es decir, el país que por sus tensiones raciales tenía mayor similitud con el sur de los Estados Unidos se abrió casi mágicamente a la posibilidad de una “democracia racial”; una valoración positiva que el discurso de la mezcla racial no había tenido en el siglo XIX.

Luego de 1910, las visiones raciales de América del Sur cedieron ante la presión de agentes explicativos más sólidos. Los rubros de exportación se convirtieron en la clave para entender la vida, las costumbres y las inclinaciones de los sudamericanos. La modernización económica había generado una diversidad nueva y más amplia: aquella asociada a la producción para exportación (café, caucho, nitratos, cobre, lana, petróleo, etc.). Era esta dinámica exportadora la que atraía a trabajadores y empresarios de todos los rincones del mundo: comerciantes alemanes, caucheros indios, pastores galeses, agentes cafetaleros ingleses, propietarios navieros estadounidenses. El problema era ahora la asimilación de grupos nacionales y étnicos a un país determinado. Por otra parte, en el interior subdesarrollado, lejos de las ciudades portuarias o los enclaves extranjeros, la raza aún era importante, pues allí la opresión racial y la explotación económica conspiraban contra el “progreso” de la mayoría campesina indígena.²⁵ Podemos decir que en esas regiones la raza reapareció en el momento en que observadores norteamericanos (siguiendo la senda esta-

blecida por Hiram Bingham y los fotógrafos sociales) redescubrían la "pureza" de la cultura india, resistente a un siglo de "progreso" europeo-criollo y a tres siglos de dominación/aculturación española. Con la ayuda del poder de la fotografía y estimulados por preocupaciones nuevas (el Movimiento Progresista, el evangelio social y diversas formas del radicalismo), los nuevos relatos deconstruyeron la imagen de Perú, Ecuador y Bolivia en cuanto países constituidos por "razas mixtas", y la reemplazaron por la imagen de "naciones indígenas" cuyos pueblos, aunque dormidos, estaban prontos a levantarse contra la injusticia y subvertir el frágil orden conservador.

Quienes escudriñaban el corazón de la América del Sur andina preveían la eclosión de problemas sociales y raciales en un futuro no muy distante. Valorando el fruto de las investigaciones científicas en la región, E. A. Ross trataba de reanimar la cuestión de la raza. Mientras Cuzco, Machu Picchu y otros sitios arqueológicos tenían grandes posibilidades de convertirse en centros turísticos —y, por lo tanto, en parte de la cultura de consumo norteamericana—, los indigenistas de Perú y Bolivia construían un nuevo fermento revolucionario.²⁶ La cultura andina, aparentemente fijada, clasificada y conquistada por el conocimiento norteamericano (momificada o embalsamada, depositada en museos), parecía volver a la vida, y con creces. Los norteamericanos —sugería Ross— tal vez debían observar una vez más el terror grabado en los rostros de las momias para comprender el poder de siglos de opresión colonial y poscolonial. La América andina todavía estaba allí, en las pequeñas aldeas pobladas por "indios de raza pura", con su superstición católica cercana al paganismo, sus antiguos atuendos y costumbres, y su temor y aprensión atávica hacia el hombre blanco.²⁷ Como las civilizaciones antiguas (Ross comparaba a los andinos con Egipto, Babilonia, los hititas, los etruscos y los chinos), estaban preparados para deshacerse en el momento menos pensado de sus cadenas y desorganizar violentamente una estabilidad política basada en la represión, la corrupción y la explotación.²⁸

Curiosamente, en la era del turismo, el consumo masivo y el Panamericanismo, la raza podía reinstalar la imagen de algunas repúblicas sudamericanas como "volcanes dormidos". En el momento mismo en que la apertura del Canal de Panamá prometía la integración comercial del hemisferio, el espectro del

conflicto racial planteaba interrogantes sobre la posibilidad y deseabilidad de la modernización económica en las naciones andinas.²⁹ La visión romántica de los pueblos andinos propuesta por los observadores norteamericanos populistas y progresistas ponía en tela de juicio un discurso centenario sobre la diversidad racial y presentaba, en vez de un compuesto racial degenerado, una compacta y pujante cultura étnica enfrentada al capitalismo estadounidense.³⁰

No obstante, esta visión fue una vertiente menor de la máquina representacional del imperio durante el apogeo del Panamericanismo. Predominaba la convicción de que el intercambio comercial podría superar los conflictos raciales. De manera gradual y pacífica sería posible establecer democracias raciales o, al menos, gobiernos más sensibles a las demandas de sus poblaciones indias y negras. También se pensaba que una mejora en las relaciones hemisféricas podría provocar cambios drásticos en las actitudes e impulsos de los individuos antes clasificados como de "raza mixta". Los argumentos humanistas y científicos apuntaban hacia una transformación que pudiera, de hecho, superar las "tendencias de la raza".³¹

Las nuevas tecnologías de la visión (la fotografía), que hacían evidentes paisajes urbanos extremadamente diversos y modernos, y las estadísticas, que reflejaban el progreso de la producción, el intercambio y el consumo, desestabilizaron y cuestionaron el intento decimonónico de trazar un mapa de América del Sur según las razas. Ya no se podía, en base a estas evidencias, presentar la correlación habitual entre "razas inferiores" y atraso económico y político. Porque había naciones "mestizas" que estaban creciendo y otras que no. Entretanto, en el núcleo del imperio, la ciencia transformaba el concepto de raza en una cuestión de herencia y genes, ya no constante sino maleable. A medida que la eugenesia se convertía más y más en una ciencia experimental, la composición racial de América del Sur podía estudiarse en sus "verdaderas" dimensiones: podían medirse en la sangre, el color de la piel y la estructura ósea de los sudamericanos. Los experimentos de Charles Davenport en su laboratorio eugenésico de Long Island habían socavado los cimientos de todo concepto de raza basado en la pigmentación de la piel o la geografía: las poblaciones cambiaban constantemente y la paleta resultante de colores de piel decía poco sobre las propen-

siones y el comportamiento. Hacía falta un nuevo concepto de "rasgos hereditarios" que fueran mensurables y maleables.

Discurso sobre el progreso y la modernidad

Durante el siglo XIX la idea de progreso se asoció a la raza. Como se creía que la mezcla racial producía una degeneración de la estirpe nacional, el progreso se veía a menudo como algo externo y artificial, que se desarrollaba precariamente en ciudades portuarias y en zonas costeras bajo el impacto beneficioso del intercambio con el exterior. Las naciones que mostraban progreso económico eran, entonces, las más abiertas al comercio exterior: Chile y Brasil tenían, en este aspecto, mejores notas que las naciones rioplatenses o los países andinos. Los países que exhibían un mayor grado de mezcla racial eran asociados, en general, a la existencia de gobiernos inestables, primitivismo cultural y resistencia al cambio. Los observadores latinoamericanos y sus pares extranjeros, en especial los norteamericanos, compartían la identificación de las ciudades con la civilización y de las zonas rurales con la barbarie. Durante la época que Hirschman llamó la "era de la autoincriminación", la idea de implantar la modernidad en el "interior" rural e incivilizado de América del Sur era tenida como algo cercano a una imposibilidad.³² La consolidación de un Imperio Informal Norteamericano en la región modificó esa visión. Los observadores comenzaron a recusar la asociación entre mezcla racial, atraso y primitivismo, y a reconocer la modernidad como una realidad alcanzada por algunos países, mientras redescubrían la "indianidad" de la América del Sur "interior".

Durante la década de 1920, una época de consolidación de la hegemonía estadounidense en el sistema panamericano y de intensificación de las inversiones de ese origen en la región, el aparato representacional produjo imágenes que señalaban tanto los logros generados por el capitalismo norteamericano como los límites impuestos por las "naciones indias" al proyecto del progreso. Por una parte, estaban los enclaves de modernidad producidos por la empresa extranjera, "*company-towns*" cuyo diseño, administración y servicios reflejaban las promesas de progreso hechas por el capital social estadounidense a las zonas

“atrasadas” del interior.³³ En el mismo plano —postulados como promesas de progreso— había mercados urbanos como Buenos Aires o Río de Janeiro, cuya sofisticación, hábitos de consumo y modernidad general sorprendían a los norteamericanos. En una posición simétricamente opuesta se encontraban las ruinas incas y otros sitios arqueológicos que servían para construir el territorio de ciertos países (Perú, Ecuador y Bolivia) como un espacio marcado por el contraste entre un pasado remoto y glorioso y un presente de pobreza, corrupción y opresión.³⁴ Estratégicamente distribuidas, la modernidad y la antigüedad suscitaban nuevas inquietudes acerca de la diversidad de América del Sur, una característica ignorada por representaciones anteriores.

Las *company-towns* modelo funcionaban como un espectáculo de modernidad corporativa. Su instalación en medio de selvas, montañas o desiertos mostraba la capacidad del capital norteamericano de vencer los obstáculos más imponentes de la naturaleza. En su viaje de 1930 a América del Sur, la norteamericana Agnes Rothery vio Fordlandia, un pueblo modelo construido por Henry Ford a orillas del río Amazonas en 1928, como un espectáculo de esas características. En la década de 1860, durante el auge del caucho, Manaos había sido el símbolo de la modernidad; con “su teatro de ópera y sus aceras de mosaico” y sus “fachadas de estuco”, representaba una época anterior de precios altos, bonanza efímera y prodigalidad en el gasto. A fines de la década de 1920, la forma más avanzada del capital estadounidense (el Fordismo) mostraba a América del Sur otro tipo de emplazamiento productivo, uno que combinaba procesos de producción internacionalmente integrados (caucho, neumáticos, automóviles), plantaciones científicamente organizadas y una ciudad diseñada y equipada con las comodidades típicas del modo de vida norteamericano (electricidad, agua corriente, instalaciones sanitarias, hospital, escuelas, cantinas y cines).³⁵ Las fotografías tomadas por los viajeros en los enclaves mineros transmitían un mensaje similar. Una foto que ilustra *Rediscovering South America* (1945), un libro de Harry Frank, muestra el pueblo minero de Sewell en el norte de Chile, construido por la Braden Copper Company, como una maravilla iluminada y con calles escalonadas, en medio de los Andes. Las luces y la nieve dan al lugar la limpieza de un pueblo suizo,

mientras el paralelismo y la simetría del diseño expresan el orden alcanzado por el sistema norteamericano.³⁶ Porto Velho, la ciudad higiénica de Farquhar, también se planeó como un espectáculo de modernidad; en este caso, una evidencia de la proeza producida por la nueva asociación entre la arquitectura industrial y la medicina tropical. En contraste con estas modernas ciudades de aire y diseño norteamericano, había otras ciudades de Sud-América que se caracterizaban por su sabor "antiguo", "católico" y "español" (Rothery aplica estos adjetivos a La Paz, Quito y Lima, respectivamente) y muchas "aldeas indígenas" que parecían no haber sido afectadas por el paso del tiempo.³⁷ Aunque denotara ciertos aspectos "modernos" (algunos automóviles, luces eléctricas, edificios de departamentos), La Paz aún se veía "antigua" por sus casas bajas, sus llamas en las calles y su población de indios y cholos.³⁸

Artículos periodísticos norteamericanos escritos a mediados de la década de 1920 destacaban la modernidad de ciudades como Río de Janeiro y Buenos Aires. Se trataba de ciudades de gran elegancia, buenas maneras, intenso tránsito automovilístico y sofisticadas zonas de compras. En este aspecto, eran similares a las grandes ciudades de los Estados Unidos, aunque más peligrosas debido a su "alocado tráfico" y más tentadoras por sus cafés, la fascinación por la moda francesa y una multitud de actividades de esparcimiento. Estas ciudades eran emblemáticas de la nueva relación entre los consumidores latinoamericanos y los productores norteamericanos de bienes modernos. Buenos Aires recibía el calificativo de "ostentosamente rica"; era la sede de dos teatros de ópera y decenas de bibliotecas públicas; sus calles "hormigueaban de tránsito" y los tranvías sumaban su estrépito a una metrópoli ya ruidosa y bulliciosa. Río de Janeiro era presentada como una ciudad cosmopolita comparable a París, con sus parques, su distrito comercial en el que se destacaban la moda y la frivolidad, y su intenso tránsito de automóviles.³⁹ En ambos casos, autos, tranvías e intenso tránsito urbano parecían los principales marcadores de modernidad: anticipaban una era de consumo masivo y, al mismo tiempo, ponían a los observadores extranjeros frente a los límites de su difusión; esto es, los sectores medios y las grandes ciudades.

A principios del siglo, el geógrafo Isaiah Bowman había hablado de las ciudades portuarias como ámbito de la moderni-

dad. Los puertos y las mercancías contribuían a caracterizar mejor la condición de las repúblicas sudamericanas, en una gradación que mostraba la simplicidad o complejidad de los modos de vida de sus habitantes.⁴⁰ La afluencia de población, capitales e instituciones modernas a las zonas productoras de bienes exportables había generado diversidad en los paisajes de ciudades, pueblos y campos, y esa diversidad exigía una observación más atenta a las diferencias entre países y regiones. Fotógrafos, viajeros y reporteros de principios del siglo XX tomaron ese consejo al pie de la letra y produjeron imágenes de América del Sur que hacían hincapié en la diversidad.⁴¹ Estas imágenes, de cierto modo, “redescubrían” Sud-América, agregando dos nuevas dimensiones al retrato existente de la región: los problemas sociales y la cuestión indígena.

La nueva “visión social” del subcontinente cuestionaba el supuesto del “progreso” desde un punto de vista novedoso.⁴² Ahora, los coloridos mercados, la tecnología extranjera y la opulencia de los ricos ya no eran señales suficientes de progreso: mientras los países carecieran de educación popular, sanidad pública, códigos laborales, prisiones modernas y acceso de los pobres a la justicia, no había un “verdadero progreso social”.

“Es fácil dar la impresión de progreso: con la mera firma de un contrato con una empresa extranjera se consiguen ferrocarriles, telégrafos, tranvías, obras portuarias, iluminación eléctrica, suministro de agua, parques, teléfonos, etc. Pero las verdaderas pruebas de progreso social son cosas como una educación popular eficaz, la sanidad pública, un sistema penal ilustrado, el control del alcoholismo, la protección del trabajo y la provisión de justicia para los humildes, bendiciones que no pueden comprarse al contado a un contratista extranjero o concretarse gracias a la acción de unos pocos hombres doctos en las altas esferas, sino que requieren la cooperación inteligente de muchos dedicados funcionarios públicos, apoyados por una opinión pública vigilante.”⁴³

Los artículos periodísticos, si bien principalmente interesados en las cuestiones de la inversión extranjera, la tecnología y la aceptación local del progreso (o el grado de conservadurismo de la cultura), también se ocupaban en ocasiones de la “cuestión so-

cial". La presencia de peones que trabajaban para saldar deudas en las fincas costeras peruanas, la explotación de inmigrantes en las *fazendas* cafetaleras paulistas o el alcoholismo de los trabajadores migratorios del norte de la Argentina se convirtieron en parte de la "imagen" de América del Sur. En este aspecto, la reproducción de fotografías en primer plano de sujetos indios contribuyó a esta reconsideración; tal vez, tanto como la proyección del progresismo, el evangelio social y otras ideologías de reforma social.

Cuando esas huellas de progreso (carreteras, ferrocarriles, pueblos mineros, tranvías eléctricos) atravesaban zonas de tradición, reporteros y autores de libros de viajes impartían a sus lectores lecciones de historia y etnología. En esas excursiones, textos e imágenes volvían a dar vida a antiguas glorias hoy inmovilizadas en ruinas. El interés suscitado en Norteamérica por las "ciudades perdidas" y las "ruinas incas" se confirmaba en las fotografías incluidas en libros de viajes, artículos de diarios y revistas e informes científicos. En ellas, los sujetos indígenas aparecen una y otra vez transportando pesadas cargas, posando frente a "antiguas ruinas", bailando en ocasiones festivas. Ellas transmitían a los lectores norteamericanos, de forma aparentemente "directa", la rústica, monótona y sufrida vida de pueblos que, a pesar de su antigua tradición, se veían ahora empobrecidos e impotentes frente al progreso. Museos y ferias mundiales reforzaban este "descubrimiento" exhibiendo la cultura indígena como algo congelado en el pasado remoto, una supervivencia que contrastaba con la modernidad tecnológica y económica de las economías exportadoras. Diversas representaciones destacaban que los indios habían progresado poco y nada desde la "época de los incas".⁴⁴ A esto contribuían las fotografías que mostraban a los indígenas en sus "atuendos incas". En estas imágenes podemos leer una identificación compasiva con los oprimidos, pero también una invitación a los reformadores y los capitales norteamericanos a romper la inercia del pasado.

En las "naciones indias", la posibilidad de un "progreso real" dependía del capital extranjero y de la ayuda externa para la reforma educativa. Se decía que peruanos y bolivianos daban la bienvenida al capital extranjero porque éste les ayudaba a dominar mejor la naturaleza hostil (montañas, ríos, quebradas, desiertos). En las ciudades de estas naciones se advertían lentos

cambios de actitud con respecto a la modernización. Sólo reformas educativas eficaces podían transformar gradualmente la capacidad y los puntos de vista de quienes se encontraban en la base de la escala social (indios y mestizos).⁴⁵ Así, el mismo discurso que autorizaba la recolección y exhibición de elementos de la América andina en los Estados Unidos indicaba la necesidad de la educación norteamericana en la región para arraigar ideas progresistas en la tierra del conservadurismo. La yuxtaposición de imágenes de enclaves productivos modernos y de sociedades urbanas y de imágenes de las "naciones indias" sometidas a la explotación, la pobreza y la ignorancia implicaba la necesidad, compartida por diversos productores textuales del norte, de reexaminar América del Sur bajo la lente de las nuevas tecnologías disciplinarias y representacionales.

Discurso sobre el conocimiento

El producto más perdurable de la máquina textual del imperio informal fue un conjunto de enunciaciones concernientes a la posibilidad misma de conocer América del Sur: una serie de dudas y críticas con respecto a la naturaleza de las evidencias relacionadas con el subcontinente, a las inferencias más apropiadas y a la perspectiva y el marco interpretativo para analizar la región. El conocimiento de Sud-América fue una empresa colectiva, acumulativa e inestable, desafiada a cada paso por nuevas maneras de ver, relatos más penetrantes o categorías y mediciones más científicas. Los más diversos agentes de la empresa del conocimiento compartían la convicción de que ciertos aspectos de América del Sur (su geografía, sus ciudades, su producción, sus pueblos indígenas, sus patrones de consumo, su sistema bancario, etc.) habían sido insuficientemente estudiados en el pasado y era preciso contar con mayor información sobre ellos.⁴⁶ La región podía aprehenderse, y las nuevas intervenciones legitimarse, únicamente en el terreno delineado por las nuevas "evidencias" (textos e imágenes), clasificadas y utilizadas de acuerdo con los principios de la ciencia.

A partir de los crudos instrumentos de los viajeros decimonónicos (el relato romántico y la recolección desorganizada de "hechos"), la observación de América del Sur había avanzado

grandes pasos, ganando en exactitud y profundidad. La expedición exploratoria de 1838-1842 había propuesto el proyecto del conocimiento generalizado y para concretarlo se había embarcado en una iniciativa de clasificación etnográfica, filológica y biológica que prometía una mejor comprensión de los pueblos aborígenes, las costumbres y las formas de gobierno de la región. En comparación con este intento, la información contenida en los relatos de viajes parecía torpe, subjetiva y poco concluyente.⁴⁷ De manera similar, los geógrafos, inspectores ferroviarios, cateadores de depósitos de petróleo, economistas y médicos del siguiente período (1870-1920) desplazaron el terreno de investigación hacia nuevas disciplinas y agregaron nuevas exigencias de precisión y medición. En la década de 1920, cuando las cuestiones "social" e "indígena" cobraron importancia a ojos de los observadores norteamericanos, se demandaron nuevas y más detalladas pruebas sobre los sujetos subalternos para completar el conocimiento de América del Sur.⁴⁸ Hacia la década de 1930 otras disciplinas, como la economía y la psicología, reivindicaron su papel en la empresa colectiva de conocer América del Sur.

Para J. Frank Normano, un economista opuesto a las caracterizaciones rápidas y optimistas de América del Sur planteadas por sus contemporáneos a fines de la década de 1920, el subcontinente era aún un "desierto de conocimiento", una tierra que todavía se hacía preguntas importantes sobre su identidad, un territorio que necesitaba grandes dosis de investigación.

"Ni en la propia América del Sur ni en el extranjero se ha hecho hasta ahora intento alguno de responder la pregunta que Sarmiento, una de las grandes mentes del continente, formuló hace unos ochenta y cinco años: '¿Qué es América? ¿Qué somos?'. Desde el punto de vista científico, quizá más aún que en el plano económico, América del Sur sigue siendo un desierto con oasis cerca de la costa. Resta hacer un redescubrimiento definitivo, no por medio de peregrinajes proféticos, las visitas de estadistas o la elocuencia de los banquetes, sino en el estudio."⁴⁹

En contra de las interpretaciones psicológicas que trataban de reducir a los sudamericanos a lugares comunes del siglo XIX

(niñez política y primitivismo debido a la mezcla racial), ahora planteados con ropajes freudianos, Normano exigía un mejor estudio de la economía de la región. Esto ocurría después de las intervenciones del economista Edwin Kemmerer dando consejos a los bancos centrales de la región y luego de décadas de acumulación de estadísticas económicas sobre Sud-América.

Un conjunto similar de argumentos sirvió de justificación al proyecto expansionista del Panamericanismo. Para William E. Curtis, primer director de la Oficina Internacional de la Unión Panamericana, América del Sur todavía era una *terra incognita*. Bajo su dirección (1890-1893), el organismo se propuso que el ciudadano norteamericano conociera mejor América Latina, para lo cual publicó libros sobre capitales, comercio y transporte y lanzó, en 1891, el popular *Handbook of the American Republics*. Su sucesor, William A. Reid (designado como jefe de publicaciones), continuó la tarea y trató de poner al alcance del público, y en "forma manejable", una enorme masa de información estadística.⁵⁰ Los esfuerzos de Reid y Curtis por producir y poner en circulación imágenes estadísticas, narrativas y visuales de América Latina se originaban en el mismo constructo cultural: la existencia de un vacío de conocimiento que, si se llenaba con rapidez, podía contribuir a producir una mejor comprensión de los pueblos de ambas Américas. Este mejor conocimiento mutuo, ellos creían, ayudaría a consolidar y aumentar las relaciones comerciales entre los americanos del norte y del sur.⁵¹

La filantropía privada (en este período estrechamente asociada a la política exterior estadounidense) formuló la ampliación de su colaboración con América del Sur en términos muy similares. En 1914, con el apoyo de la *Carnegie Institution*, un grupo de profesores universitarios norteamericanos visitó América Latina. Su misión era promover los objetivos de la recién creada *American Association for International Conciliation* (AAIC), una entidad que procuraba alcanzar una rápida apropiación cognitiva de "las otras repúblicas americanas" por medio de intercambios de experiencia y cooperación científica. Los contactos personales y la posibilidad de obtener relatos de "testigos oculares" sobre la situación y perspectivas del sur se presentaban como elementos clave en la reconstrucción de la cooperación hemisférica. La iniciativa estaba orientada por la necesidad de entender mejor América del Sur.⁵² Como decla-

raba Harry Bard, uno de los enviados culturales de la AAIC: "El objeto previsto era asegurar la presencia, en diversas y muy variadas instituciones educativas, de los Estados Unidos, de *hombres que hubieran visto América del Sur con sus propios ojos*, que hubiesen hablado con sus personalidades representativas y que pudieran referirse con cierta autoridad a los problemas y actividades de las otras repúblicas americanas".⁵³

Los escritores norteamericanos que criticaban las políticas intervencionistas de su país coincidían en la misma necesidad de mayores conocimientos sobre el subcontinente. El predicador, educador e historiador Samuel G. Inman, autor de influyentes obras de crítica de las políticas exteriores estadounidenses, difundió la idea de que los extensos malentendidos en torno de las diferencias culturales entre los latinoamericanos y los norteamericanos eran un obstáculo para la mejora de las relaciones. En consecuencia, dedicó parte de su vida a enseñar la cultura y la historia de América Latina a los estadounidenses, en la Universidad de Columbia y en otras instituciones influyentes en la política exterior norteamericana, como el Comité de Cooperación con América Latina.⁵⁴

La prensa también construyó su propia actividad como parte de la empresa del conocimiento. En 1928, al preparar a los lectores para la cobertura de la "gira de buena voluntad" de Hoover, el *Saturday Evening Post* recurrió al mismo lugar común: "Para la mayoría de los norteamericanos América del Sur es una *terra incognita*".⁵⁵ Los periodistas, por tanto, tenían la responsabilidad de llenar la brecha e informar sobre la vida y la política de las repúblicas sudamericanas, para que los estadounidenses pudieran entender la importancia de la gira del presidente electo. Mientras Hoover dedicaba un día a cada uno de los diez países elegidos, un grupo de prensa de veintisiete reporteros y fotógrafos traducía para el público de los Estados Unidos la "condición" de cada nación, apelando a los estereotipos tradicionales que hablaban de aldeas soñolientas, repúblicas bananeras, gobiernos acosados por la corrupción, grandilocuentes estadistas hispanos y nativos hospitalarios. Esos periodistas escribían como si estuvieran descubriendo un mundo enteramente nuevo, hasta entonces oculto por los intereses empresariales, las manipulaciones de los políticos y la apatía pública.⁵⁶

Los misioneros evangelistas estadounidenses también comprobaron que podían mejorar enormemente su trabajo si realizaban encuestas sociales de las ciudades y zonas rurales latinoamericanas.⁵⁷ Sus actividades misioneras exigían conocimientos adicionales sobre los pobres, las condiciones habitacionales y laborales, el desempleo, los salarios y la salud y la sanidad públicas, información inexistente en América del Sur. Por lo tanto, los evangélicos alentaron la capacitación de personas con formación en sociología y servicio social, emprendieron amplias encuestas sobre la pobreza y el catolicismo y comenzaron a estudiar las prácticas sudamericanas de lectura. Sus visiones de la sociedad civil en materia de organización, delito, alcoholismo, infancia y educación popular siguen siendo hasta hoy valiosas contribuciones a “nuestro” conocimiento de América del Sur.

Qué decir entonces de las investigaciones de mercado (*surveys*) realizadas por la empresa de publicidad J. Walter Thompson en Buenos Aires, Río de Janeiro y San Pablo en las décadas de 1930 y 1940. Ellas estaban orientadas a identificar el perfil del consumidor sudamericano, es decir, las preferencias de los sectores medios de la región. Estas encuestas revelaron valiosos detalles sobre los hábitos de compra de los sudamericanos —información que sirvió a las empresas para atemperar la resistencia y ansiedad que generaba en el público la avanzada diplomática, económica y militar de los Estados Unidos sobre América Latina—. Pronto estos creativos publicitarios encontraron la síntesis para comprender a cada país en ficciones nacionales ya establecidas: el *gaucho* y la literatura gauchesca podían representar a la Argentina.⁵⁸ Si esto era así, sólo era necesario coleccionar monturas, dibujos de figuras de *gauchos* y sobre todo obras literarias costumbristas y gauchescas.⁵⁹

NOTAS

¹ Ricardo D. Salvatore, “North American Travel Narratives and the Ordering/Othering of South America (c. 1810-1860)”, *Journal of Historical Sociology* 9:1 (marzo de 1996).

² Hasta entonces los hombres de negocios descontaban que las elites sudamericanas preferían manufacturas europeas.

³ A. Scott Berg, *Lindbergh* (1998), pp. 172-177; 208-209.

⁴ R. D. Salvatore, "North American Travel Narratives...", *op. cit.*

⁵ John Johnson (1980) ha mostrado cómo esta matriz de interpretación continuó siendo aplicada por la prensa norteamericana (en sus caricaturas) a las nuevas dependencias formales del imperio: Cuba, Puerto Rico y las Filipinas.

⁶ "Pero los tiempos han cambiado. Algunas de las naciones latinoamericanas han crecido con pasmosa velocidad hasta llegar a una situación de desarrollo político consolidado y ordenado, prosperidad material, voluntad de hacer justicia a otros y fuerza potencial para pretenderla de ellos. Estas naciones pueden imponer el orden interior y ganarse respeto en el exterior." Emilio Frers, *American Ideals. Speeches of the President of the "Museo Social Argentino", Dr. Emilio Frers, and of Col. Theodore Roosevelt at the Banquet Given in the Colon Theatre, Buenos Aires, November 12, 1913* (Buenos Aires: Museo Social Argentino, 1914), p. 23.

⁷ En este respecto, la Argentina y los Estados Unidos eran iguales: "No somos colonias, somos naciones, hemos alcanzado la condición de la edad viril". Frers, *op. cit.*, pp. 24 y 27; la bastardilla es mía.

⁸ Metáforas relacionadas con la familia también se utilizaban para presentar el ascenso a la jerarquía de naciones de ex colonias como Australia y Canadá. Abundaban en esos casos las referencias a la Madre Imperial, las colonias hijas y la virilidad de la nación. Véase Chris Prentice, "Some problems of response to Empire in settler post-colonial societies", en C. Tiffin y A. Lawson (comps.), *De-Scribing Empire...*, *op. cit.*, pp. 45-58.

⁹ El informe sobre la opinión pública rezaba: "Esto conduce a otra reflexión, a saber, que, al difundirse en los pueblos latinoamericanos una nueva sensibilidad nacional y racial, el trabajador prudente del extranjero sustituirá la idea de un *contacto paternal* con la gente por la de un *contacto fraternal*. Al tratar con los llamados pueblos atrasados, como los de África, tal vez sea lícito que el misionero asuma una actitud paternal con las personas puestas bajo su cuidado. Esa actitud, sin embargo, provocará un daño incalculable en una comunidad latinoamericana, al inclinar el sentimiento general de ésta contra el trabajo de la Iglesia". Cf. R. Speer *et al.*, *Christian Work...*, *op. cit.*, p. 44.

¹⁰ "El continente es objeto de una representación constante como un *niño prodigio*", escribía J. F. Normano. "Sin embargo, el *niño ha crecido* y ahora está en edad casadera. Y los pretendientes de dudosas intenciones requiebran a la nueva Helena con frases e ideas expresadas en un estilo adaptado a su carácter sudamericano." J. F. Normano, *The Struggle for South America...*, *op. cit.*, p. 15.

¹¹ La metáfora de los niños latinos que lloraban, gritaban y mostraban mal comportamiento también era clave en la comprensión norteamericana de América Central y el Caribe. Véase J. Johnson, *Latin America in Caricature*, *op. cit.*

¹² Edward Alsworth Ross, *South of Panama* (Nueva York: Century, 1915), p. 331.

¹³ "El obstáculo perpetuo a la mejora de la vida política en América del Sur es la falta del elemento que en Europa se conoce como 'clase media' [...] Pretender encontrar un buen gobierno popular en la América del Sur tropical sería como pedir peras al olmo." *Ibid.*, pp. 332-333.

¹⁴ R. D. Salvatore, "Yankee merchants in South America...", *op. cit.*

¹⁵ Eduardo Núñez, "Los viajeros de tierra adentro, 1860-1900", *Journal of Inter-American Studies* 2:1 (enero de 1960).

¹⁶ Ya en 1912, el arqueólogo inglés T. A. Joyce se quejaba de que los norteamericanos y otros europeos, principalmente los alemanes, estaban superando a Inglaterra en el conocimiento arqueológico de Sud-América. Más importante, Joyce veía que la densidad de las exploraciones se había intensificado desde comienzos del siglo, de modo que sólo Venezuela y Colombia podían considerarse "territorios vírgenes" desde el punto de vista de la exploración arqueológica. T. A. Joyce, *South American Archaeology* (New York: Hacker Art Books, 1969). [Publicado por primera vez en 1912 por G.P. Putnam's Son, Nueva York.]

¹⁷ En 1910 el científico argentino Florentino Ameghino presentó la tesis de que existió en la Pampa un "homo Pampaeus" originario del período Terciario. Para rechazar tal absurda teoría, Alex Hrdlicka, uno de los científicos más prestigiosos de los Estados Unidos, hizo observaciones en la Pampa, las que fueron publicadas en 1912 en su libro *Early Man in South America*. Véase J. M. Adovasio y Jake Page, *The First Americans. In Pursuit of Archaeology's Greatest Mystery* (Nueva York: Modern Library, 2003), pp. 191-193.

¹⁸ I. Bowman, *South America...*, *op. cit.*, p. 7.

¹⁹ *Ibíd.*, pp. 7-8.

²⁰ "Aunque los blancos de América del Sur son en su mayor parte descendientes de españoles y portugueses, su carácter no es en modo alguno semejante. Algunos son hijos de las amplias pampas o praderas de la Argentina; otros llevan una vida retirada en la vastedad montañosa de los Andes; en los bosques abundantes en caucho de las húmedas tierras bajas amazónicas hay asentamientos aislados que, aún hoy, reciben escasas visitas del hombre blanco, mientras que en los risueños valles del centro de Chile, donde el clima es templado, viven los enérgicos chilenos." *Ibíd.*, p. 6.

²¹ F. Sagasti y A. Pavez, "Ciencia y tecnología en América Latina a principios del siglo XX: Primer Congreso Científico Panamericano", *Quipu*, 6(2), mayo-agosto de 1989, en especial pp. 197-198.

²² En su discurso de bienvenida al ex presidente Theodore Roosevelt, el doctor Emilio Frers, argentino, decía lo siguiente: "Nosotros, los pueblos de América Latina, descendientes como somos de los pueblos del sur de Europa, hemos heredado los elementos étnicos que constituyen los tipos español, italiano o francés, una mezcla de iberos, celtas o galos con godos, lombardos, francos u otras razas germánicas, que fueron las fundadoras de esos grandes pueblos de España, Francia e Italia cuyos nombres llenan las páginas de la historia. Como en otra oportunidad similar a la presente, querría recordarles que la heterogeneidad étnica siempre se manifiesta en la historia como una condición de la grandeza de un pueblo. Pero el suelo y el clima conspiran contra ella generando homogeneidad, de modo que la heterogeneidad sólo se produce dinámicamente en virtud de la interpenetración de los pueblos que se han desarrollado en medio de la severidad de climas helados y los que se formaron en la opulencia de climas tórridos o templados. Se trata de un fenómeno natural similar a la corriente del Golfo, que mantiene de manera tan maravillosa el equilibrio físico y biológico entre los continentes". E. Frers, *American Ideals...*, *op. cit.*, p. 10.

²³ "Sin embargo, en este caso la Península Ibérica es intencionalmente excluida de esa pertenencia a la noble familia latina que remonta su genealogía a miles de años atrás. El principio racial se toma como el fundamento de esa distinción. La población mixta del continente sudamericano se declara de pura raza latina. El negro de Bahía, el indio del Chaco boliviano o del Paraguay, los araucanos en Chile y los innumerables mestizos que pueblan el continente, son tolerados en silencio o ignorados." J. F. Normano, *The Struggle for South America...*, *op. cit.*, p. 75.

²⁴ Luego de viajar por el Amazonas en vísperas de la Gran Depresión, la visitante norteamericana Agnes Rothery escribió: "Hombres de piel roja, negros, blancos rubios y blancos morenos, y ahora amarillos. Brasil los absorbe a todos y los asimila a su manera: el más conspicuo y completo ejemplo de un país donde la igualdad de razas avanza sin disputas, antagonismos ni prejuicios". Agnes Rothery, *South America: The West Coast and the East* (Boston y Nueva York: Houghton Mifflin, 1930), p. 287.

²⁵ Como E. A. Ross señaló en 1914 acerca de las repúblicas de la costa del Pacífico: "Los despóticos blancos simplemente sometieron a los nativos y los explotaron. Así, el orgullo, el desdén por el trabajo, la casta, el parasitismo social y el autoritarismo en la Iglesia y el Estado ciñeron la sociedad sudamericana y la caracterizaron. Mucho tiempo deberá pasar aún antes de que fuerzas modernas como la industria, la democracia y la ciencia sean capaces de transformarla". E. A. Ross, *South of Panama*, *op. cit.*, p. vii.

²⁶ *Ibíd.*, pp. 66-67.

²⁷ *Ibíd.*, pp. 72-73.

²⁸ "En los últimos tiempos ha habido un movimiento general de los indígenas bolivianos en procura de recuperar las tierras de las que fueron despojados de manera gradual. Han estallado conflictos y, aunque el gobierno castigó a los cabecillas, existe la sensación de que, mientras prosiga la explotación de los indios, los bolivianos vivirán 'en el cráter de un volcán dormido'." *Ibíd.*, p. 89.

²⁹ Para Ross, la apertura del Canal de Panamá implicaba la probable llegada de más inmigrantes de Asia y, por ende, una mayor posibilidad de conflictos raciales. *Ibíd.*, p. 91.

³⁰ Los campesinos andinos, considerados como un "pueblo sin necesidades", podían resistir con facilidad la tentación de las mercancías norteamericanas. Ross señalaba: "Uno imagina entonces un pueblo con escasas necesidades, poco dado a la guerra y la aventura, amante de su hogar, tan industrioso como los habitantes de un hormiguero, que, cubierto con atuendos de estopa, cargó tierra sobre la espalda, talló piedras, levantó muros y excavó zanjas, satisfecho si el día de trabajo traía un puñado de frijoles o un doble puñado de maíz tostado. Sólo las ocasionales festividades religiosas, con bailes y una orgía de chicha, daban color al gris de una existencia laboriosa". *Ibíd.*, pp. 78-79.

³¹ Robert Bacon, representante designado del *Carnegie Endowment for International Peace*, expresaba con entusiasmo esta convicción: "Enfrentamos actitudes e impulsos sólidamente establecidos en la naturaleza humana a través de un desarrollo de millares de años, y lo máximo que una generación puede esperar es promover el cambio gradual de los *patrones de conducta*. Todas las

estimaciones sobre ese trabajo y sus resultados deben expresarse, no en términos de una vida humana, sino de la larga vida de las naciones. Sin embargo, por poco notorios que sean los resultados inmediatos, no puede haber objeto más noble del esfuerzo humano que el ejercicio de una influencia sobre las *tendencias de la raza*, a fin de que ésta se mueva, sin importar su lentitud, en dirección de la civilización y la humanidad y alejándose de la brutalidad insensata". Robert Bacon, *For Better Relations with Our Latin American Neighbors. A Journey to South America* (Washington, DC: Carnegie Endowment for International Peace, 1915), p. 4.

²⁵ Véase Albert O. Hirschman, "The Political Economy of Latin American Development", *Latin American Research Review* 22 (Septiembre 1987).

²⁶ Sobre la naturaleza conflictiva de estas "company towns" y las economías de enclave, véase Th. O'Brien, *The Revolutionary Mision* (1996); y Catherine LeGrand, "Living in Macondo. Economy and Culture in a United Fruit Company Banana Enclave in Colombia", en G. Josephy, C. LeGrand y R. Salvatore, eds., *Close Encounters of Empire* (1998), pp. 333-368.

²⁷ La misma estrategia representacional, dice Michael Adas, se empleaba en el redescubrimiento orientalista de la India. El contraste entre las glorias antiguas y las ruinas modernas señalaba sin equívoco alguno la existencia de un período de la historia en el cual el progreso de la civilización se había detenido. El influjo de la ciencia occidental, durante el apogeo de la Ilustración, redescubrió la antigüedad india y la puso al servicio del proyecto de la superioridad científica de Occidente. Véase Michael Adas, *Machines as the Measure of Men* (Ithaca y Londres: Cornell University Press, 1989), en especial pp. 95-107.

²⁸ A. Rothery, *South America...*, *op. cit.*, pp. 285-286.

²⁹ Harry A. Frank, *Rediscovering South America* (Filadelfia y Nueva York: J. B. Lippincott, 1943).

³⁰ El epígrafe correspondiente a La Paz dice: "La antigua ciudad de La Paz, capital *de facto* de Bolivia, ha adoptado recientemente un aspecto muy moderno". El aspecto moderno de la ciudad aludía, por supuesto, a la presencia de automóviles, luces eléctricas y algunos edificios de apartamentos.

³¹ Harry A. Franck, *Vagabonding Down the Andes* (Nueva York: Century Co., 1917), pp. 500-508.

³² "Two million traffic dodgers in Buenos Aires", 10 de febrero de 1924, y "Sunny Rio: Beautiful, bizarre, unique", *Detroit News*, 7 de octubre de 1923, en K. W. Miller (comp.), *South America...*, *op. cit.*, pp. 1-7 y 23-28.

³³ "En Pará están el cauchero, el hombre que recoge huevos de tortuga para ganarse la vida, el comerciante alemán que intercambia bienes manufacturados por caucho en bruto. En Bahía los almacenes tienen cacao, tabaco y azúcar. En Santos el aire está cargado con el aroma del café, y buques de todos los países del mundo en los que se bebe la infusión atestan los muelles. Los buques graneleros que bajan el Paraná desde Rosario, así como los vapores surtos en los muelles de Buenos Aires, nos hablan de los extensos establecimientos agrícolas y estancias y de los espacios indómitos de las pampas argentinas, mientras los barcos de la costa sur transportan grandes cargamentos de lana llevados a Río Gallegos y Puerto Madryn por los solitarios

criadores de ovejas de las desoladas planicies de grava de la Patagonia." Del mismo modo, los nitratos caracterizaban una enorme zona de Chile, el azúcar y el algodón, la costa de Perú, y el cacao, la vida de muchos ecuatorianos. Véase I. Bowman, *South America...*, *op. cit.*, p. 11.

⁴¹ Véase Robert Levine, "Images of progress..." (1989).

⁴² Una "visión social" similar se adoptó para México en la década de 1930, cuando los estudiosos norteamericanos, bajo la influencia del populismo y el socialismo (Frank Tannenbaum y Joseph Freeman, por ejemplo), comenzaron a describir a su vecino del sur como una tierra en la que imperaban la comunidad y la solidaridad, el lugar donde el arte y la política aún podían producir visiones radicales del futuro. Véase Mauricio Tenorio, "Viejos gringos: radicales norteamericanos en los años treinta y su visión de México", *Secuencia*, 21, septiembre-diciembre de 1991, pp. 95-116.

⁴³ E. A. Ross, *South of Panama*, *op. cit.*, p. 334.

⁴⁴ "El indio está situado en el peldaño más bajo de la escala social boliviana, pues, al igual que en los tiempos del Estado comunista inca, sigue siendo hoy el labrador de madera o el transportador de agua [...] Los indios [...] realizan toda clase de trabajos bastos o mentales; indios del altiplano que conducen tropillas de llamas cargadas de combustible u otros fletes y las manejan diestramente en medio del tránsito con advertencias cortantes pero dichas en voz baja; indios que se acuclillan en la cuneta con su eterno hilar cuando ninguna otra cosa apremia; indios acuclillados en el mercado a la espera de clientes que compran el montón lastimosamente microscópico de frijoles, papas u otros productos esparcidos ante ellos sobre una manta; indios de los valles bajos, de pelo largo y aspecto afeminado, que regatean por el precio de un utensilio que no valdría ni cinco centavos en la poderosa moneda de los Estados Unidos; indios que trotan impasibles sobre los cantos rodados con una carga a la espalda que pondría de rodillas a un hombre blanco. Entre otras actividades, comparten con sus servidores mudos, la llama y el burro, la tarea del transporte público; y en La Paz, uno no muda los muebles de su casa en un camión, sino sobre la espalda de seres humanos." "La Paz blames everything on the altitude", *Detroit News*, 13 de abril de 1924, en K. W. Miller (comp.), *South America...*, *op. cit.*, pp. 15-22 (la cita corresponde a la p. 19).

⁴⁵ "Ancient Perú progresses conservatively", 25 de mayo de 1924, en *ibíd.*, pp. 101-106.

⁴⁶ El discurso sobre la constante necesidad de un "redescubrimiento" también estaba presente en los relatos de los viajeros ingleses. Véase Ricardo D. Salvatore, "Re-Discovering Spanish America. Uses of Travel Literature about South America in Britain", *Journal of Latin American Cultural Studies* 8:2 (noviembre de 1999).

⁴⁷ Aunque la mayoría de los viajeros anteriores a 1870 se afanaban por presentar sus relatos sobre América del Sur como una representación fiel de los "hechos", la mayoría de lo que catalogaban como "pruebas" era el resultado de "impresiones", primeras notas sobre fenómenos imperfectamente observados, interpretados con apresuramiento y narrados mucho tiempo después de sucedidos.

⁴⁸ Las encuestas sociales realizadas por la *Rockefeller Foundation* en Perú

como base para sus proyectos sanitarios y de investigación médica contenían más información sobre los pobres del país que la obtenida hasta entonces.

⁴⁹ J. F. Normano, *The Struggle for South America...*, *op. cit.*, p. 16.

⁵⁰ J. V. Fifer, *United States Perceptions...*, *op. cit.*, pp. 153-156.

⁵¹ Curiosamente, esta endeble teoría de las relaciones hemisféricas fue el punto central de los argumentos y las políticas del siguiente director de la Unión Panamericana, Leo S. Rowe.

⁵² Las metas declaradas de la AAIC eran: "Reunir y difundir información confiable; alentar los intercambios de estudiantes y docentes y la reciprocidad de visitas de hombres y mujeres representativos, para promover el estudio de los idiomas oficiales, la literatura, la historia, las leyes, las instituciones, las prácticas sociales, etc., de diferentes repúblicas; estimular la creación de institutos especiales con finalidades tanto sociales como intelectuales y culturales, y por último, establecer y mantener relaciones estrechas con todas las demás organizaciones o instituciones con las cuales sea posible la cooperación práctica de conformidad con estos lineamientos". Cf. Harry E. Bard, *Intellectual and Cultural Relations Between the United States and the Other Republics of America* (Washington, DC: Carnegie Endowment for International Peace, 1914), p. 1.

⁵³ H. Bard, *Intellectual and Cultural Relations...*, p. 1.

⁵⁴ S. E. Sharbach, *Stereotypes of Latin America...*, *op. cit.*, pp. 58-64.

⁵⁵ *Ibíd.*, p. 107.

⁵⁶ "Por un lado, el cuerpo de prensa de Hoover reaccionó como si hubieran descubierto un mundo enteramente nuevo; sin embargo, se apoyaban en preconceptos que, según sabían, sus lectores podrían reconocer." *Ibíd.*, p. 179.

⁵⁷ Véase R. Speer *et al.*, *Christian Work...*, *op. cit.*

⁵⁸ Véase R. D. Salvatore, "Yankee Advertising in Buenos Aires" (2005).

⁵⁹ No parece casual, entonces, que uno de los más conspicuos coleccionistas de arte y literatura gauchesca, así como de monturas pampeanas, fuese al mismo tiempo un promotor líder de los Estudios Latinoamericanos. Me refiero a Edward Larocque Tinker.

Conclusiones



En *The Imperial Archive* (1993), Thomas Richards nos dice que hacia 1860 los británicos comenzaron a imaginar un imperio unido por la información: el alcance de la hegemonía y el poder británicos sólo resultaba aprehensible en su totalidad como una reunión centralizada de información sobre las colonias —una acumulación que tenía su punto de concentración en el Museo y la Biblioteca Británicos—.¹ “Los británicos recogían en todo el planeta información sobre los países que sumaban a su mapa. Medían y cartografiaban. Realizaban censos y producían estadísticas. Hacían vastas listas de aves. Luego incorporaban los datos recogidos a una cambiante serie de clasificaciones. En realidad, con frecuencia no podían hacer mucho más que reunir y reunir información, pues cualquier control civil preciso, del tipo posible en Inglaterra, estaba descartado.”² En un breve lapso, el imperio produjo una cantidad de información más grande que en toda su historia y creó un enorme cuerpo de instituciones consagradas a su colección, procesamiento y difusión: museos, universidades, oficinas de agrimensura, sociedades geográficas, etc. Así, el *sueño del conocimiento generalizado* —la fantasía de que, de algún modo, era posible convertir todos esos fragmentos de información en un sistema de conocimiento— se transformó en el soporte ideológico del imperio, las bases imaginarias del Estado colonial.³ Las disciplinas científicas (geografía, biología, física, metalurgia, etc.) participaron en ese sueño, ideando diversas maneras para llevar a cabo el ordenamiento deseado. Las novelas contribuyeron a difundir esta ideología, al presentar a los lectores británicos la naturaleza, los usos y los límites del archivo imperial.⁴

Una similar ansiedad por acumular conocimiento caracterizó al Imperio Informal Norteamericano durante su largo proceso de formación. La empresa del conocimiento, un conjunto de argumentos que postulaban la búsqueda del conocimiento como el requisito de cualquier intervención estadounidense en el exterior, fue el constructo ideológico más perdurable de ese imperio. Con cambios, este argumento cultural acompañó la transición del capitalismo norteamericano de la fase comercial/industrial a la era del consumo de masas. De hecho, la búsqueda de nuevos conocimientos activó y legitimó muchas de las intervenciones estadounidenses en América del Sur y puede rastrearse con facilidad en una multiplicidad de representaciones. La ciencia desempeñó un papel clave en la formulación y ejecución del proyecto. No hace falta sino recordar la importancia de la obra de William Prescott sobre la historia del Perú, la primera misión científica de Wilkes y sus colaboradores, la expedición astronómica de Gillis, el descubrimiento de Machu Picchu por Hiram Bingham, las iniciativas de Isaiah Bowman para publicar mapas y manuales de la región y a los muchos arqueólogos y etnógrafos que visitaron la región antes de 1930.⁵ Otros mediadores culturales (novelistas, viajeros, misioneros, empresarios, etc.) también participaron en el proyecto y legitimaron sus intervenciones sobre la base de los aportes hechos por sus observaciones a la empresa del conocimiento.

Esa empresa del conocimiento compitió con otros sueños de orden y expansión en la organización del repertorio ideológico del imperio informal. La obsesión con la raza, el mito de la máquina, la ansiedad por controlar la energía sexual y el sueño de los paraísos de mercancías se han sugerido como hilos conductores comunes que articulan las numerosas representaciones del imperio.⁶ Sin embargo, se ha prestado escasa atención a las interconexiones de estos distintos puntos de vista. Es hora de empezar a entender los regímenes que organizan y despliegan diferentes representaciones del imperio si se aspira a comprender de algún modo el "imperialismo". Sólo podremos explicar las visiones rivales del imperio informal y los hilos comunes que las conectan si examinamos las aventuras expansionistas a la luz de estos regímenes, maquinarias o sistemas de ordenamiento.

Una diversidad de prácticas representacionales adoptadas por los estadounidenses convergieron para constituir América

del Sur como un espacio textual donde se pudieran proyectar las inquietudes de una cultura comercial en expansión, como una inmensa fuente de pruebas para convalidar teorías y proposiciones de la ciencia y como un confuso conjunto de vistas que debían exhibirse en museos, ferias y álbumes fotográficos. El imperio informal produjo un crecimiento radical de las representaciones de América del Sur e hizo que la región fuera más legible y aprehensible para el vasto público creado en el Norte por el capitalismo corporativo y la cultura del consumo masivo. Hombres de negocios, científicos, misioneros y diplomáticos contribuyeron a esta empresa colectiva que tomó su impulso de los exploradores científicos y los viajeros comerciales de mediados del siglo XIX. Nuevas tecnologías de observación y reproducción colaboraron en la transición, cuestionando impresiones pasadas del subcontinente y poniendo la diversidad y las peculiaridades de sus habitantes, recursos y cultura más cerca de la mirada de los norteamericanos. De una América Latina genérica surgió una región diferente, "América del Sur", con huellas de modernidad y antigüedad, un nuevo híbrido ya no representable como un indio, un otro absoluto, incapacitado para el progreso y la civilización. El Panamericanismo activó el despliegue de una nueva ideología para la incorporación de América del Sur a la órbita de los Estados Unidos: un aspecto era la posibilidad de asimilación cultural a través de la penetración en los mercados; otro, una mayor cooperación institucional y profesional entre los ciudadanos del norte y el sur. Curiosamente, ambas formas de involucramiento se conceptualizaron como partes de la empresa del conocimiento.

En una variedad de representaciones —los escritos de los mercaderes aventureros que visitaban la región luego de la independencia, las instrucciones dadas a los miembros de la expedición científica de 1838-1842, los informes de las misiones enviadas por la *Carnegie Institution* durante la Primera Guerra Mundial—, la justificación de la expansión de las investigaciones norteamericanas sobre América del Sur siguió un patrón similar. En primer lugar, los enunciadores declaraban que ni la anexión colonial ni el saqueo, y ni siquiera la acumulación de ganancias comerciales, eran los verdaderos objetivos del proyecto expansionista, y sugerían en cambio que el principal móvil de la empresa era la adquisición de nuevos conocimientos y

los efectos derivados de éstos. Este argumento, formulado de numerosas maneras, contribuyó a establecer la conexión entre conocimiento e imperio al afirmar que el buen imperio moral no debía convalidarse por medio de la conquista o la agresión imperial sino por el poder del conocimiento o, mejor, la actividad del conocer. Si una nueva forma de experiencia técnica podía captar a América del Sur en su verdadera dimensión —rezaba el argumento—, no habría necesidad alguna de una intervención militar directa. Los diplomáticos y comerciantes informados fomentarían comunicaciones e interacciones pacíficas con los vecinos del sur y un público con mejores conocimientos elegiría gobiernos comprometidos con la paz, el comercio y la humanidad.

La empresa del conocimiento fue el más importante discurso unificador de las intervenciones de muchos mediadores culturales norteamericanos. Se trató, hasta cierto punto, del lenguaje de la autoridad del imperio informal. Nuevas investigaciones o la difusión del conocimiento existente autorizaban la presencia de exploradores, coleccionistas, fotógrafos, estadísticos y agentes comerciales, y de ese modo se naturalizaba la inclusión de América del Sur dentro de la esfera de las preocupaciones e inquietudes estadounidenses. El conocimiento era el territorio virtual del imperio informal, el instrumento para poner el subcontinente del sur bajo la mirada de "América": un "complejo exhibicionario" (Tony Bennett) al servicio de la expansión de los negocios estadounidenses en el exterior, pero también una forma imaginada de ejercicio del gobierno (basada en la inducción del consumo, la publicidad y las tecnologías visuales) que era la sustancia misma de la revolución del consumo masivo en los Estados Unidos. No es de sorprender, entonces, que la representación de la actividad empresarial en América del Sur fusionara en una las dos motivaciones, interés y conocimiento. Agentes ferroviarios e ingenieros reunían pruebas para el proyecto de historia natural y también fotografías destinadas a elaborar etnografías "más realistas" del subcontinente. Las empresas en el extranjero eran el vehículo de los logros científicos y tecnológicos de "América" y, por consiguiente, sostenían que sus actividades eran una y la misma con las tareas de geógrafos, estadísticos, etnólogos, naturalistas y otros científicos. Otro tanto hacían educadores, economistas, criminólogos y misioneros evangelistas.

Toda intervención norteamericana en América del Sur parecía justificada por la empresa del conocimiento. Luego de que los argumentos sobre las repúblicas infantiles, el primitivismo indígena y la mezcla racial —puestos en entredicho por la presencia masiva de inmigrantes europeos, modernos y ruidosos centros urbanos, una industrialización incipiente, formas modernas de agitación laboral y políticas estatales reformistas— parecieran perder su eficacia para explicar las “realidades” sudamericanas, el proyecto del conocimiento siguió orientando nuevas intervenciones. Empresa verdaderamente colectiva que atravesaba las culturas de los Estados Unidos —memorias de Emerson, conferencias en bibliotecas mercantiles, informes de la *Smithsonian Institution*, instrucciones a expedicionarios, etc.—, hacia la época del Panamericanismo el proyecto había logrado poner a América del Sur en exhibición permanente.

NOTAS

¹ Thomas Richards, *The Imperial Archive. Knowledge and the Fantasy of Empire* (Londres y Nueva York: Verso, 1993).

² *Ibíd.*, p. 3.

³ En la práctica, dados su volumen y su diversidad, la información recogida en las muchas colonias era inmanejable incluso para un ejército de expertos, pero la idea de que era posible convertirla en un ordenamiento coherente del mundo siguió alimentando el sueño imperial. “El conocimiento generalizado era la idea de que el conocimiento era singular y no plural, completo y no parcial, global y no local, y que todos los conocimientos resultarían, en última instancia, concordantes en un único gran sistema de conocimiento.” *Ibíd.*, p. 7.

⁴ El mito del archivo imperial se situaba en el Tíbet, un Estado archivístico donde se reunía y procesaba el conocimiento del mundo. Desde *Kim*, de Kipling, hasta *Horizontes perdidos*, de Hilton, las novelas discutían los problemas de la transformación del conocimiento obtenido en fuentes locales en un conocimiento global y sistemático. *Ibíd.*, capítulo 1.

⁵ Instituciones educativas y científicas de los Estados Unidos (y de Europa) tuvieron una intensa participación en la construcción de imágenes latinoamericanas. Así, nuestros estudios de viajeros, novelistas y redactores de libros y diarios deberían complementarse con nuevos exámenes del papel de la cultura universitaria como ámbito para la construcción de América Latina.

⁶ Véase E. Cheyfitz, *The Poetics of Imperialism...*, *op. cit.*; David Noble, *American by Design: Science, Technology, and the Rise of Corporate Capitalism*

(Nueva York: Oxford University Press, 1977) [traducción castellana: *El diseño de Estados Unidos. La ciencia, la tecnología y la aparición del capital monopolístico* (Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1987)]; Reginald Horsman, *Race and Manifest Destiny: The Origins of American Racial Anglo-Saxonism* (Cambridge: Harvard University Press, 1981) [traducción castellana: *La raza y el Destino Manifiesto. Orígenes del anglosajonismo racial norteamericano* (México: Fondo de Cultura Económica, 1985)]; Robert Rydell, *All the World's a Fair: Visions of Empire at America's International Expositions, 1876-1916* (Chicago: University of Chicago Press, 1984), y los artículos de A. Kaplan y D. Pease (comps.), *Cultures of United States Imperialism*, *op. cit.*

Referencias bibliográficas



- Adas, Michael, *Machines as the Measure of Men* (Ithaca: Cornell University Press, 1989).
- Ansell-Pearson, Keith, Benita Parry y Judith Squires, eds., *Cultural Readings of Imperialism. Edward Said and the Gravity of History* (Londres: Lawrence & Wishart, 1997).
- Arnove, Robert, ed., *Philanthropy and Cultural Imperialism* (Boston: G.K. Hall, 1980).
- Bhabha, Homi K., "The other question... Homi K. Bhabha reconsiders the stereotype and colonial discourse", *Screen* 24:5 (1983).
- "Of mimicry and man: The ambivalence of colonial discourse", *October* 28 (primavera de 1984), pp. 125-133.
- Bacon, Robert, *For Better Relations with Our Latin American Neighbors. A Journey to South America* (Washington, DC: Carnegie Endowment for International Peace, 1915).
- Baird, Spencer F., "Report on American explorations in the years 1853 and 1854", en *Ninth Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution* (Washington: B. Tucker, 1855).
- Bacon, Corine, *South America. Topical Outlines for Twenty Club Meetings with Bibliography* (White Plains, NY: H.W. Wilson, 1917).
- Bancroft, Hubert, H., *The Book of the Fair. An Historical and Descriptive Presentation of the World's Science, Art, and Industry as Viewed Through the Columbus Exposition at Chicago in 1893*, 2 vols. (Chicago y San Francisco: Bancroft Co., 1893-1895).
- Bard, Harry E., *Intellectual and Cultural Relations Between the United States and the Other Republics of America* (Washington, DC: Carnegie Endowment for International Peace, 1914).
- Barrett, John, "South America—Our Manufacturers' Greatest Opportunity", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 34 (Noviembre de 1909), pp. 520-531.
- Batchelor, Ray, *Henry Ford. Mass Production, Modernism and Design* (Manchester: Manchester University Press, 1994).
- Bennett, Tony, "The exhibitionary complex", en N. Dirks, G. Eley y S. Ortner,

- eds., *Culture/Power/History* (Princeton: Princeton University Press, 1994), pp. 123-154.
- Berg, A. Scott, *Lindbergh* (Nueva York: Berkley Books, 1998).
- Berger, Mark T., *Under Northern Eyes: Latin American Studies and US Hegemony in the Americas 1898-1990* (Bloomington: Indiana University Press, 1995).
- Berman, Edward H., *The Ideology of Philanthropy* (Albany: State University of New York Press, 1983).
- Bowman, Isaiah, *South America: A Geography Reader* (Chicago y Nueva York: Rand McNally, 1915).
- Braverman, Harry, *Labor and Monopoly Capital. The Degradation of Work in the Twentieth Century* (Nueva York: Monthly Review Press, 1974).
- Britton, John A., *Carleton Beals. A Radical Journalist in Latin America* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1987).
- Brooks, David, "U.S. Marines, Miskitos, and the hunt for Sandino. The Río Coco patrol in 1928", *Journal of Latin American Studies* 21:2 (1989).
- Brown, Bill, "Science fiction, the world's fair, and the prosthetics of empire, 1910-1915", en A. Kaplan y D. Pease, eds., *Cultures of United States Imperialism* (Durham: Duke University Press, 1993).
- Burns, Bradford E., *Eadweard Muybridge in Guatemala, 1875: The Photographer as Social Recorder* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1987).
- Carpenter, Frank G., *South America* (Nueva York: American Book Co., 1915).
- Castañeda, Quetzil E., *In the Museum of Maya Culture* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996).
- Chandler, Alfred D., *The Visible Hand: The Managerial Revolution in American Business* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1977).
- Chartier, Roger, "El mundo como representación", *Historia Social* 10 (primavera-verano de 1991).
- Cheyfitz, Eric, *The Poetics of imperialism. Translation and Colonization from The Tempest to Tarzan* (Nueva York-Oxford: Oxford University Press, 1991).
- Colby, Gerald, con Charlotte Dennett, *Thy Will Be Done. The Conquest of the Amazon: Nelson Rockefeller and Evangelism in the Age of Oil* (Nueva York: HarperCollins, 1995).
- Comaroff, John and Jean Comaroff, *Ethnography and the Historical Imagination* (Boulder-Oxford: Westview, 1992).
- Conn, Steven, *Museums and American Intellectual Life, 1876-1926* (Chicago: Chicago University Press, 1998).
- Coriat, Benjamín, *El taller y el cronómetro: Ensayo sobre el Taylorismo, el Fordismo y la producción en masa*, 9ª edición (Madrid: Siglo XXI, 1993).
- Craig, Neville, *Recollections of an Ill-fated Expedition to the Headwaters of the Madeira River* (Filadelfia: J.P. Lippincott Co., 1907).
- Cueto, Marcos, ed., *Missionaries of Science. The Rockefeller Foundation & Latin America* (Bloomington: Indiana University Press, 1994).
- De-Wind, Josh, *Peasants Become Miners: The Evolution of Industrial Mining Systems in Perú, 1902-1974* (Nueva York-Londres: Garland, 1987).
- Drake, Paul W., *The Money Doctor in the Andes. The Kemmerer Missions, 1923-1933* (Durham: Duke University Press, 1989).

- Edwards, William H., *Voyage Up the River Amazon* (Nueva York: Appleton & Co., 1847).
- Etherton, Percy T. y V. Barlow, *The Trail of the Conquerors* (Londres: Jarrold Publishers, 1936).
- Ewen, Stuart, *All Consuming Images. The Politics of Style in Contemporary Culture* (Nueva York: Basic Books, 1988).
- Fifer, J. Valerie, *United States Perceptions of Latin America 1850-1930. A 'New West' South of Capricorn?* (Manchester: Manchester University Press, 1991).
- Foot Hardman, Francisco, *Trem fantasma. A modernidade na selva* (San Pablo: Companhia das Letras, 1988).
- Franck, Harry A., *Rediscovering South America, by Harry A. Franck, Random Wanderings of Panamá to Patagonia...* (Filadelfia y Nueva York: J.B. Lippincott, 1943).
- *Vagabonding Down the Andes* (Nueva York: Century Co., 1917).
- Frers, Emilio, *American Ideals. Speeches of the President of the Museo Social Argentino, Dr. Emilio Frers and of Col. Theodore Roosevelt at the Banquet Given in the Colón Theatre, Buenos Aires, November 12, 1913* (Buenos Aires: Museo Social Argentino, 1914).
- Gamble, Clive, "Archaeology, history and the uttermost ends of earth—Tasmania, Tierra del Fuego and the Cape", *Antiquity* 66:252 (septiembre de 1992).
- Gauld, Charles A., *The Last titan: Percival Farquhar, American Entrepreneur in Latin America* (Stanford: Institute of Hispanic and Luso-Brazilian Studies, 1964).
- Greenblatt, Stephen, *Marvellous Possessions. The Wonders of the New World* (Chicago: University of Chicago Press, 1991).
- Gruber, Jacob W., "Horatio Hale and the development of American Anthropology", *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. 111 (1967).
- Hale, Horatio, *Ethnography and Philology*, en *United States Exploring Expedition...* vol. 6 (Filadelfia: Lea y Blanchard, 1846).
- Hales, Peter B., *William Henry Jackson and the Transformation of the American Landscape, 1843-1942* (Filadelfia: Temple University Press, 1988).
- Hall, Catherine, "White visions, black lives: the free villages of Jamaica", *History Workshop* 36 (1993).
- Haskell, Daniel H., *An address delivered before the Boston Mercantile Library Association, January 3, 1848* (Boston: Mercantile Library Association, 1848).
- Hasse, Adelaide R., *Reports of Explorations Printed in the Documents of the United States Government* (Nueva York: Burt Franklin, 1899).
- Hegeman, Susan, "Shopping for identities: 'A Nation of Nations' and the weak ethnicity of objects", *Public Culture* 3:2 (primavera de 1991).
- Henry, Joseph, "Second Annual Report of the Secretary of the Smithsonian", en *Third Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution* (Washington: Trippin & Streeter, 1849), pp. 10-21.
- Herndon, William L. y Lardner Gibbon, *Exploration of the Valley of the Amazon, made under direction of the Navy Department* (Washington: Robert Armstrong, 1853-1854).
- Hirschman, Albert O., "The Political Economy of Latin American Development", *Latin American Research Review* 22 (septiembre de 1987).

- Horsman, Reginald, *Race and Manifest Destiny: The Origins of American Racial Anglo-Saxonism* (Cambridge: Harvard University Press, 1981).
- Jameson, Fredric, "Cognitive mapping", en Cary Nelson y Lawrence Grossberg, eds., *Marxism and the Interpretation of Culture* (Urbana: University of Illinois Press, 1988), pp. 353-355.
- Jenkins, David, "Object lessons and ethnographic displays: Museum exhibitions and the making of American anthropology", *Comparative Studies in Society and History* 36:2 (abril de 1994).
- Johnson, John, *Latin America in Caricature* (Austin: Texas University Press, 1980).
- *A Hemisphere Apart* (Baltimore: Johns Hopkins Press, 1990).
- Jones, Peter, "Museums and the meanings of their contents", *New Literary History* 23:4 (otoño de 1992).
- Joseph, Gilbert M., *Revolution from Without. Yucatán, México and the United States, 1880-1924* (Durham: Duke University Press, 1988).
- Joseph, Gilbert, Catherine LeGrand y Ricardo Salvatore, eds., *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations* (Durham: Duke University Press, 1998).
- Joyce, T. A., *South American Archaeology* (Nueva York: Hacker Art Books, 1969).
- Kohl, Johan G., "Substance of a lecture delivered at the Smithsonian Institution on a collection of charts and maps of America", en *Smithsonian Report for 1849*, pp. 88-103.
- La Botz, Dan, *Edward L. Doheny: Petroleum, Power, and Politics in the United States and México* (Nueva York: Praeger, 1991).
- Leach, William, *Land of Desire: Merchants, Power and the Rise of a New American Culture* (Nueva York: Vintage Books, 1993).
- Lears, T. J. Jackson, *Fables of Abundance. A Cultural History of Advertising in America* (New York: Basic Books, 1994).
- *No Place of Grace. Antimodernism and the Transformation of American Culture, 1880-1920* (Chicago: University of Chicago Press, 1981).
- Levine, George, "By knowledge possessed: Darwin, nature and Victorian narrative", *New Literary History* 24:1 (primavera de 1993).
- Levine, Robert, "Images of progress in nineteenth-century Latin America", *Journal of Urban History* 15:3 (mayo de 1989).
- Livingston, James, *Pragmatism and the Political Economy of Cultural Revolution* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1994).
- Lutz, Catherine A. y Jane L. Collins, *Reading National Geography* (Chicago: Chicago University Press, 1993).
- Meisel, Max, *A Bibliography of American Natural History*, vol. 2 (Nueva York: Premier Publishing, 1926).
- Menand, Louis, *The Metaphysical Club. A Story of Ideas in America* (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2001).
- Mercantile Library of Philadelphia, *Essays on the History & Growth of the Mercantile Library Co., Phila. & its Capabilities for Future Usefulness* (Filadelfia: J.B. Rodgers, 1867).
- Mignolo, Walter D., *Local Histories/Global Designs. Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking* (Princeton: Princeton University Press, 2000).

- Miller, Karl W., *South America: Continent of Opportunities* (Detroit: Evening News Association, 1925).
- Miller, Rory, "The historiography of informal empire in Latin America", en W. Roger Louis, ed., *Oxford History of the British Empire*, vol. 5 (Oxford: Oxford University Press, 1999), pp. 437-449.
- Nearing, Scott y Joseph Freeman, *Dollar Diplomacy; a Study of American Imperialism* (Nueva York: Viking Press, 1925).
- Noble, David, *American by Design: Science, Technology, and the Rise of Corporate Capitalism* (Nueva York: Oxford University Press, 1977).
- Normano, J. Frank, *The Struggle for South America: Economy and Ideology* (Londres: Allen & Unwin, 1931).
- Núñez, Eduardo, "Los viajeros de tierra adentro, 1860-1900", *Journal of Inter-American Studies* 2:1 (enero de 1960).
- Núñez Falcón, Guillermo, "The manuscripts collection of the Latin American Library, Tulane University", ensayo presentado a la reunión anual de SALALM, Salt Lake City, 2 de junio de 1994.
- O'Brien, Thomas F., *The Revolutionary Mission. American Enterprise in Latin America, 1900-1945* (Nueva York: Cambridge University Press, 1996).
- Orton, James, *The Andes and the Amazon, or, Across the Continent of South America*, 3a. edición (Nueva York: Harper, 1875).
- Pease, Donald E., "New perspectives on U.S. culture and imperialism", en A. Kaplan and D. Pease, eds., *Cultures of United States Imperialism* (Durham: Duke University Press, 1993), pp. 22-37.
- Pérez, Louis A., *The War of 1898. The United States & Cuba in History and Historiography* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1998).
- Philbrick, Nathaniel, *Sea of Glory. America's Voyage of Discovery. The U.S. Exploring Expedition 1838-1842* (Nueva York: Viking, 2003).
- Pickering, Charles, *The Races of Men: And their Geographical Distribution*, vol. 9 de United States Exploring Expedition... (Filadelfia: C. Sherman, 1848).
- Poesch, Jessie, *Titian Ramsay Peale, 1799-1885, and His Journals of the Wilkes Expedition* (Filadelfia: American Philosophical Society, 1961).
- Poole, Deborah, *Vision, Race and Modernity. A Visual Economy of the Andean Image World* (Princeton: Princeton University Press, 1997).
- "Equivalent images: *Carte de visite* and photography in the Andes" (mimeo).
- Porte, Joel, *Representative Man: Ralph Waldo Emerson and His Time* (Nueva York: Columbia University Press, 1988).
- Porter, Glenn, *The Rise of Big Business, 1860-1910* (Arlington Heights: AHM Publishing Corp., 1973).
- Prakash, Gyan, "Writing post-orientalist histories of the Third World: Perspectives from Indian historiography", *Comparative Studies in Society and History* 32 (abril de 1990).
- "Postcolonial criticism and Indian historiography", *Social Text* 31/32 (1992).
- Prentice, Chris, "Some problems of response to Empire in settler post-colonial societies", en C. Tiffin y A. Lawson, eds., *De-Scribing Empire. Post-colonialism and Textuality* (Nueva York-Londres: Routledge, 1994), pp. 45-58.

- Rich, John L., *The Face of South America, an Aerial Traverse* (Nueva York: American Geographical Society, 1942).
- Richards, Thomas, *The Imperial Archive. Knowledge and the Fantasy of Empire* (Londres-Nueva York: Verso, 1993).
- Roseberry, William, "Hegemony and the language of contention", en G. Joseph and D. Nugent, eds., *Everyday Forms of State Formations* (Durham: Duke University Press, 1994).
- Rosemberg, Emily S., *Spreading the American Dream. American Economic and Cultural Expansion 1890-1945* (Nueva York: Hill and Wang, 1982).
- *World War I and the Growth of the United States Predominance in Latin America* (Nueva York-Londres: Garland, 1987).
- Ross, Edward A., *South of Panamá* (Nueva York: Century, 1915).
- Rodgers, Daniel T., *The Work Ethic in Industrial America, 1850-1920* (Chicago: University of Chicago Press, 1978).
- Rothery, Agnes, *South America: The West Coast and the East* (Boston y Nueva York: Houghton Mifflin, 1930).
- Rydell, Robert, *All the World's a Fair: Visions of Empire at America's International Expositions, 1876-1916* (Chicago: University of Chicago Press, 1984).
- *World of Fairs. The Century-of-Progress Expositions* (Chicago y Londres: University of Chicago Press, 1993).
- Sagasti, Francisco y A. Pavez, "Ciencia y tecnología en América Latina a principios del siglo XX: Primer Congreso Científico Panamericano", *Quiipu* 6:2 (mayo-agosto de 1989).
- Said, Edward W., *Orientalism* (Nueva York: Vintage Books, 1979).
- Salisbury, Ethel I., *From Panamá To Cape Horn; a South American Reader* (Yonkers, NY: World Book Company, 1927).
- Salvatore, Ricardo D., "North American Travel Narratives and the Ordering/Othering of South America (c. 1810-1860)", *Journal of Historical Sociology* 9:1 (marzo de 1996).
- "Ansiedades y prácticas culturales de comerciantes norteamericanos a mediados del siglo XIX", *Prismas. Revista de Historia Intelectual* 2 (1998).
- "Re-Discovering Spanish America. Uses of Travel Literature about South America in Britain", *Journal of Latin American Cultural Studies* 8:2 (noviembre de 1999).
- "Yankee Advertising in Buenos Aires" *Interventions: International Journal of Postcolonial Studies*, 7: 2 (julio de 2005).
- Schneirov, Matthew, *The Dream of a New Social Order. Popular Magazines in America, 1893-1914* (Nueva York: Columbia University Press, 1994).
- Schoultz, Lars, *Beneath the United States. A History of U.S. Policy Toward Latin America* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1998).
- Schwartz, Rosalie, *Pleasure Island. Tourism and Temptation in Cuba* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1997).
- Sharbach, Sarah E., *Stereotypes of Latin America. Press Images and U.S. Foreign Policy, 1920-1933* (Nueva York-Londres: Garland, 1993).
- Slemon, Stephen, "The scramble for post-colonialism", en Chris Tiffin y Alan Lawson, eds., *De-Scribing Empire. Post-colonialism and Textuality* (Nueva York-Londres: Routledge, 1994), pp. 15-32.

- Slotkin, Richard, "Buffalo Bill 'Wild West' and the mythologization of the American empire", en Amy Kaplan and Donald Pease, eds., *Cultures of United States Imperialism* (Durham: Duke University Press, 1993), pp. 164-181.
- Speer, Robert *et al.*, *Christian Work in South America*, 2 vols. (Nueva York: F.H. Revell, 1926).
- Spivak, Gayatri Chakravorty, "The Rani of Simur", en F. Baker *et al.*, *Europe and Its Others* vol. I (Colchester: University of Essex, 1984), pp. 125-134.
- Tenorio, Mauricio, "Viejos gringos: radicales norteamericanos en los años treinta y su visión de México", *Secuencia* 21 (septiembre-diciembre de 1991).
- *México at the World's Fairs. Crafting a Modern Nation* (Berkeley y Los Ángeles: University of California Press, 1996).
- Trouillot, Michel-Rolph, *Silencing the Past. Power and the Production of History* (Boston: Beacon Press, 1995).
- Weinstein, Barbara, *The Amazon Rubber Boom, 1850-1920* (Stanford: Stanford University Press, 1983).
- Werner, Louis, "All aboard to nowhere. The Mad Mary", *Americas* 42:4 (1990).
- Whisnant, David E., *Rascally Signs in Sacred Places* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1995).
- Whitbeck, R. H., *Economic Geography of South America* (Nueva York: McGraw-Hill, 1936).
- Wilgus, A. Curtis, "Source Materials and Special Collections dealing with Latin America in Libraries of the United States," Inter-American Conference in Bibliography, La Habana, Cuba, noviembre 5, 1934.
- *The Histories of Hispanic America. A bibliographical essay* (Washington: Pan American Union. Bibliographic Series, N° 9, 1932).
- *Maps Relating to Latin America in Books and Periodicals* (Washington: Pan American Union. Bibliographic Series, N° 10, 1933).
- Wilkes, Charles, *United States Exploring Expedition During the Years 1838-1842, Under the Command of Charles Wilkes* (Filadelfia: C. Sherman, 1844-1874).
- Wilkins, Mira, "Multinational oil companies in South America in the 1920s: Argentina, Bolivia, Brazil, Chile, Colombia, Ecuador and Perú", *Business History Review* 48:3 (otoño de 1974).
- *The Maturing of Multinational Enterprise: American Business Abroad from 1914 to 1970* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press).
- Williams, Rosalind, "The dream world of mass consumption", en C. Mukerji y M. Schudson, eds., *Rethinking Popular Culture* (Berkeley y Los Ángeles: University of California Press, 1991), pp. 198-235.
- Yaeger, Gene, "Porfirian Commercial Propaganda: México in the World Industrial Expositions", *The Americas* 34:2 (octubre de 1977).

Reconocimientos



Varias instituciones públicas y privadas han autorizado la reproducción de las imágenes que ilustran este libro. Nuestro reconocimiento se extiende a: Centro Histórico Naval (Washington) por la reproducción del retrato del Almirante Charles Wilkes (pág. 83); Patricia M. Collado, de Eastman Kodak Company (Rochester, Nueva York), por el permiso para utilizar la publicidad de la cámara fotográfica Kodak en la Exposición Pan-Americana de 1901 (pág. 40); *Boston Herald* (Boston, Massachusetts) por permitirnos reproducir la caricatura publicada en 1906 “Cuando la torta se abrió y los pájaros comenzaron a cantar” (pág. 145); Pioneer Press de St. Paul, Minnesota, por su permiso para usar la caricatura de Charles L. Bartholomew “Unidos nos mantenemos”, publicada por el *St. Paul Daily News* en 1915 (pág. 150); División Manuscritos y Archivos de la Universidad de Yale por el uso de la fotografía de Charles Lindbergh y Juan Trippe (pág. 66), tomada del “Archivo Fotográfico Lindbergh”; Karen Lightner, curadora de la Colección de Impresos y Fotografías de la Biblioteca Libre de Filadelfia, por la posibilidad de reproducir imágenes de la Exhibición del Centenario de 1876 (págs. 42, 44 y 45); Andrea Cavalheiro, de la División de Difusión Cultural del Museo Paulista de la Universidad de San Pablo, por poner a disposición fotografías del Ferrocarril Madeira-Mamoré (págs. 91, 93, 135, 136); William A. Krusen, por permitir la reproducción de fotografías tomadas de su libro *Flying the Andes* (págs. 67, 69, 71, 73); American Geographical Society por su permiso para utilizar imágenes del libro de John L. Rich, *The Face of South America* (págs. 105, 113, 114, 115, 116 y 117); Archives Service Center de la Universidad de Pittsburgh por permitirnos reproducir cuatro fotografías de los Papeles de Rankin Johnson, 1895-1910, AIS 65:1 (págs. 130 y 131).

Índice de ilustraciones



Ruta de viaje de los "motoristas" norteamericanos Pleiss y Lanks (1942)	20
Portadas de libros sobre Sud-América	22-23
Publicidad de las cámaras Kodak plegables de bolsillo	40
Exhibición del Centenario, Filadelfia, 1876	42
Salón de Agricultura de la Exhibición del Centenario, Filadelfia, 1876	44
Muestra de Brasil en la Exhibición del Centenario, Filadelfia, 1876	45
Muestras de México en la Exposición Colombina Mundial, Chicago, 1893	47
Exposición Colombina Mundial, Chicago, 1893. Cargadores de Sud-América	51
Edificio de Brasil en la Exposición Colombina Mundial, Chicago, 1893	53
Portada de <i>Seeing South America</i> , Unión Panamericana (1923)	65
Charles Lindbergh y Juan Trippe (1929)	66
Mapa de ruta de <i>Panagra Express</i> (1941)	67
Pan American Airways en La Paz, Bolivia	69
Avión DC-3 de Pan American Airways en Santa Cruz, Bolivia, ca. 1939-1940	71
Portada de <i>Manual de Estudios Latinoamericanos</i> (1936)	72
Avión DC-3 de <i>Panagra Express</i> en La Paz, Bolivia, en la temprana década de 1940	73
Almirante Charles Wilkes. Retrato	83
El Ferrocarril Madeira-Mamoré en la jungla amazónica	91
Locomotora abandonada en la selva	93
Plano de vuelos para tomas aéreas de Sud-América	105
Vista aérea de campos cercanos a Quito	113
Vista aérea de la zona cercana a Iquique	114
Vista aérea de sierras cercanas a Río de Janeiro	115
Vista aérea de las Cataratas del Iguazú	116

Vista aérea del cementerio de la Chacarita en las afueras de Buenos Aires	117
Página del álbum de fotografías del ingeniero Rankin Johnson	130
Norteamericanos en las ruinas de Tiahuanaco (Bolivia), ca. 1908-1909	131
Llegada del primer ferrocarril a Cuzco	131
Construcción del Ferrocarril Madeira-Mamoré, ca. 1907-1912	135
Locomotora del Ferrocarril Madeira-Mamoré reconstruida en la década de 1980	136
Indio Caripuna retratado por Dana Merrill, fotógrafo de la Cía. Ferrocarril Madeira-Mamoré ca. 1910	137
El Congreso Panamericano (1906). Caricatura	145
Maestro de autogobierno (Tío Sam). Caricatura	147
La política de Buena Vecindad (1928). Caricatura	149
Hemisferio Occidental (1915). Caricatura	150
Las manzanas de la Buena Voluntad (1934). Caricatura	155

Índice general



Agradecimientos	7
Introducción	9
1. Imperio y representaciones	19
2. Exhibiciones	39
3. Textos e imágenes: reproducción	57
4. Comerciantes, exploraciones, conocimiento	77
<i>La cultura mercantil y el conocimiento útil</i>	78
<i>Exploraciones científicas, museos y conocimiento general</i>	82
<i>Fracaso en el Amazonas</i>	90
5. Cultura de consumo, capitalismo corporativo	101
6. Entre la ciencia y los negocios	125
7. Sud-América en el discurso imperial	143
<i>Discurso sobre la gobernabilidad</i>	146
<i>Discurso sobre la diversidad racial</i>	152
<i>Discurso sobre el progreso y la modernidad</i>	159
<i>Discurso sobre el conocimiento</i>	164
Conclusiones	175
Referencias bibliográficas	181
Reconocimientos	188
Índice de ilustraciones	189

)

Esta edición de 3.000 ejemplares
se terminó de imprimir en
Primera Clase Impresores S.H.,
California 1231, Bs. As.,
en el mes de mayo de 2006.

En América Latina, la expansión económica y la influencia cultural de Estados Unidos no hubiera sido posible sin una proliferación de publicaciones y nuevos conocimientos sobre la región en campos de las ciencias sociales y las humanidades. El libro enfatiza la naturaleza representacional de la expansión norteamericana, y examina la importancia que tuvieron los textos y las imágenes en la construcción de la visibilidad comprensiva que necesitó el Imperio Informal. Se añade a esto la noción de "negocios-conocimiento", es decir, la interacción recurrente de motivaciones y emprendimientos de negocios con la búsqueda de conocimiento emanada de las universidades, las bibliotecas y los museos estadounidenses. Con un rigor y una objetividad afirmados por la idoneidad y limpidez de sus instrumentos de análisis, **Imágenes de un imperio** restablece el papel central de la empresa del conocimiento en la constitución de las razones y la misión de los Estados Unidos (sus inversiones, su política exterior, su modo de vida) en América Latina. Muestra en particular cómo la construcción de Sud-América como un territorio para la proyección del capital, la experiencia práctica, los sueños y el poder norteamericanos requirió una vasta serie de representaciones, canalizadas con inusual energía en la producción de imágenes y textos que revelan a veces de manera paradójica o contrastante postulaciones y contenidos imperceptibles para los lectores. Un libro exigente que permite acceder a inusitadas y sutiles formas de dominación y conquista. Un libro que brinda herramientas para re-pensar el proceso de construcción de hegemonía del Imperio Americano en América Latina.

